
US OPEN
RIVALES y mentirosas
MÓNICA BENÍTEZ

RIVALES Y MENTIROSAS
MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2026 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Aviso legal
Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este material puede ser reproducida, distribuida, transmitida o almacenada en ningún formato ni por ningún medio, ya sea físico, digital, electrónico o mecánico, sin la autorización previa y expresa de la autora. Esto incluye, pero no se limita, a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabaciones o cualquier forma de reproducción.
Este material no puede ser utilizado, en su totalidad o en parte, con fines comerciales sin el consentimiento previo y por escrito de la autora. Asimismo, quedan prohibidas la traducción, adaptación, transformación o cualquier otra modificación de este material sin autorización expresa de la autora.
La distribución no autorizada de este material en plataformas digitales, redes sociales o cualquier otro medio en línea constituye una violación de los derechos de autor y será perseguida conforme a la ley.
Todos los personajes, situaciones y eventos descritos en este libro son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.
Para consultas sobre permisos o autorizaciones, por favor, comuníquese con mbenitezlibros@gmail.com
Registro: 01/07/2026

https://monicabenitez.es
Twitter: @monicabntz
Instagram: mbenitezlibros
https://www.facebook.com/monicabntz
Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Capítulo 1

Leire Cobos llega justo a tiempo y golpea con un revés cruzado que su contrincante rusa apenas ve venir, la pelota bota muy cerca de la línea y, durante una fracción de segundo, ella contiene la respiración, pero de inmediato el juez anuncia que ha entrado, lo que significa que Leire acaba de ganar el Roland Garros.

El estadio explota como si todos llevaran dos horas conteniendo el aliento y ella se queda quieta al fondo de la pista, con el brazo todavía levantado hasta que al fin sonríe y respira con brusquedad mientras recupera el aliento. Se endereza y mira a su rival, que se está acercando a la red. Leire hace lo mismo para saludarla, pero mientras camina sus ojos se desvían un instante hacia el palco. Solo hay una mirada que le interesa ver entre todas las mujeres que hay allí, pero están todas levantadas aplaudiendo y comentando entre ellas, y Leire no tiene más tiempo.

Llega a la red, estrecha la mano de su rival y camina hacia el lateral, donde abre su mochila y, antes de beber agua, se quita las muñequeras y vuelve a echar una mirada hacia el palco antes de abrazarse a su entrenador.

Un minuto después, la jugadora observa la copa con los ojos muy abiertos y el pulso todavía acelerado. Es más grande de lo que recordaba y la levanta sonriendo hacia el público y, en esta ocasión, sí que se permite detener la mirada un momento en el palco de las jugadoras, donde no necesita esforzarse para localizarla porque los ojos verdosos de Kate Brogan están fijos en ella. El corazón le da un vuelco y su estómago se contrae con un pellizco que le corta cualquier pensamiento. Es una reacción automática, algo que no controla y que a veces la pone demasiado nerviosa.

Leire se muerde los labios ante la intensidad de su mirada y está segura de que, de estar en otra parte, Kate le guiñaría un ojo, pero es imposible saber dónde están apuntando las cámaras y ambas saben que deben ser comedidas, porque la rivalidad entre ellas es tan conocida que siempre están en boca de todos los periodistas en cada

torneo que juegan, y un despiste podría desatar un escándalo para el que Leire todavía no está preparada.

—Gracias a mi equipo, a mi padre... y al público de París —dice cuando le ponen el micrófono delante, mientras abraza la copa contra su pecho.

En esta ocasión, es incapaz de mirar hacia el palco porque sabe que los ojos verdes que brillaban hace un momento ahora es probable que hayan dejado de hacerlo.

Minutos después, al fin puede ir al vestuario para darse una ducha, cambiarse y marcharse a descansar después de un partido que la ha dejado agotada. Algunas jugadoras que se han quedado en París para ver la final entran a felicitarla, pero a Leire solo le interesa la que lo hace justo cuando todas las demás salen: la pelirroja de nacionalidad australiana que está junto a la puerta.

Kate entra y la entorna porque sabe que Leire se pondrá nerviosa si la cierra del todo, y se queda ahí, conteniendo una sonrisa mientras la observa caminar hacia ella.

La ganadora se coloca justo detrás de la puerta, en un ángulo donde alguien que pase por el pasillo no puede ver nada, y se detiene frente a su compañera y rival.

—Enhorabuena —susurra Kate, y la comisura de la pelirroja se curva un poco, lo que le dibuja dos líneas finas a los lados que fueron lo primero que llamó la atención de Leire. Lo segundo fue la sonrisa simpática de la tenista y lo tercero esa forma de mirarla que siempre la ha hecho sentir como la persona más importante para Kate Brogan.

—Gracias, tú también jugaste...

Kate se pega a ella tras mirar a un lado y a otro escaneando el vestuario, le pone una mano en la mejilla y le da un beso rápido en los labios. No es así como le gustaría hacerlo; ella querría haber podido bajar a la pista cuando Leire ha ganado, haberla abrazado y felicitado allí mismo, susurrándole al oído cuánto la quiere y lo orgullosa que está de ella, pero las cosas son como son entre ellas y no le queda más remedio que conformarse con esto.

—A mí me eliminaron en semifinales, no te quites protagonismo —la mirada de Leire se pierde en las pecas que hay en su nariz y sus mejillas, otra cosa que añadió a la larga lista de detalles que le gustan de la tenista pelirroja.

Kate se aparta sin perder su sonrisa, dejando espacio entre ambas y abriendo un poco más la puerta para que cualquiera que pase pueda ver que solo son dos jugadoras hablando. Leire siente un nudo de ansiedad oprimirle todo el pecho, porque a sus treinta y un años todavía no ha encontrado la fuerza ni la valentía para decirle al mundo que le gustan las mujeres y, sobre todo, que está enamorada de esta en particular.

—Nos vemos, Leire —dice Kate, y en esta ocasión sí que le guiña un ojo antes de salir.

La jugadora sonríe y suspira de forma profunda, como si con la marcha de Kate algo se hubiera quedado vacío en su interior. Es una sensación que tiene siempre y que tampoco puede controlar, pero que no suele detenerse a analizar en profundidad porque si lo hace, se sentirá más miserable de lo que ya se siente cuando ve a esa mujer alejarse porque todo lo que de verdad desea Leire es que permanezca a su lado, aunque el miedo no le permita tenerlo. Exhala, cierra la puerta y al fin se desnuda para poder darse una ducha que le quite todo el sudor de encima, y de paso, que se le enfríe lo que Kate le ha dejado encendido con ese beso ridículamente corto.

Leire no deja de sonreír en la rueda de prensa. Las felicitaciones llegan por todas partes y ella las agradece antes de responder a todas las preguntas.

La sala es enorme y la jugadora española es incapaz de contar todas las sillas frente a ella. Ha llegado tres minutos tarde a propósito, porque sabe que el protocolo acortará el turno de preguntas para terminar a la hora establecida. No es que sea una desagradecida, pero estos eventos siempre la inquietan porque, aunque la mayoría de las preguntas siempre son sobre el deporte en sí, otras suelen ser para pedir su opinión sobre el juego de otras compañeras o hacer algún comentario, y Leire prefiere evitarlas porque fue así como ella y Kate se convirtieron en carnaza sin verlo venir.

Fue Leire la que hace seis años dijo —sin maldad— que su objetivo era ganar a Kate Brogan y, a partir de ahí, todas las entrevistas a una y otra incluyen alguna pregunta sobre una rivalidad que no existe.

—Leire, en los últimos tres Grand Slams tus cruces con Kate Brogan en las ruedas de prensa han generado más interés que los propios partidos. ¿Cómo definirías vuestra relación fuera de la pista?

Ahí está la pregunta que no podía faltar y a ella se le seca la boca de golpe cuando escucha su nombre. Leire tarda unos segundos en responder, porque primero sonríe —con un gesto ensayado que siempre hace cuando le hablan de alguna compañera— y todos los periodistas se contagian de su risa.

—Kate es una gran rival. Nos respetamos dentro de la pista —hace otra pausa, buscando la valentía en su interior, pero de nuevo no la encuentra—, pero fuera de ella, realmente no nos conocemos.

Baja la mirada porque, aunque Kate no está ahí, Leire sabe que está viendo la rueda de prensa en otra sala y, a pesar de que la pelirroja nunca dice nada, ella es muy consciente del daño que le hace con esos comentarios que reducen lo que tienen a nada.

Al fin termina todo y camina hacia el coche que la llevará al hotel con la bolsa de deporte en una mano y las gafas de sol protegiendo sus ojos marrones —tan claros— que Kate le dice que a veces parecen un bálsamo de aceite. Se ha recogido su melena oscura en una coleta alta y viste unos pantalones de chándal con una camiseta de una de las marcas que la patrocinan.

El teléfono le suena justo cuando sube a la parte trasera del coche y ella descuelga.

—Hola, papá —saluda, y en su voz se nota el cansancio que arrastra.

—Has resuelto muy bien el segundo set —dice Bruno Cobos sin saludarla—, aunque el revés cruzado lo fallaste tres veces. Lo tengo todo apuntado; cuando vaya, lo hablamos, hay que resolver eso antes de Wimbledon.

Leire asiente, con la mirada fija en el reposacabezas que tiene delante mientras contiene las ganas de decirle que él no es su entrenador, que el único papel que necesita que ejerza con ella es el de padre.

—De acuerdo —responde sin más.

—Bien, descansa.

Su padre cuelga y ella aprovecha que tiene el teléfono en la mano para abrir la aplicación de mensajes. Busca el nombre de Kate y entra en su conversación. El último mensaje es de la pelirroja deseándole suerte antes del partido.

«Déjale claro quién es la mejor en este torneo»

Leire pasa el dedo sobre la pantalla y sonríe con cariño.

A la tenista le encanta su profesión y disfruta los torneos de una forma que ni siquiera sabría explicar, pero, como todo, siempre hay una parte negativa y la que ella no soporta de todo esto son las cenas oficiales con los patrocinadores, como esta a la que ha tenido que asistir por la noche.

—Es una lástima que no ganaras el Open de Australia; con la victoria de hoy habrías sumado dos de los cuatro Grand Slams y serías candidata a ganar —dice Isaac Melero, sentado a su derecha.

A Leire a veces le da la sensación de que su agente es un poco torpe cuando hace este tipo de comentarios sin sentido. Ella ya sabe perfectamente a lo que puede optar y a lo que no, y siempre le ha molestado la gente que se lamenta de cosas del pasado que no se pueden cambiar. Claro que le hubiera gustado ganar en Australia, pero no lo hizo porque se enfrentó a Kate en la final, y Kate en su país es implacable, es como si la energía de su tierra se apoderara de ella y la volviera invencible, y la prueba está en que la pelirroja ha ganado siete de las nueve veces que lo ha jugado.

La tenista no contesta y ataca el postre como si no hubiera comido en todo el día. Apenas ha tocado la cena porque tiene más cansancio que hambre y lo único que quiere es subir a su habitación y tumbarse, pero por poca hambre que tenga, si se trata de un dulce es incapaz de resistirse.

—Mañana tendré la primera reunión con Costel; vamos a hablar de la renovación del contrato de patrocinio.

Leire deja de comer, sintiéndose turbada por un momento.

—¿Renovación?

—Sí, este mes se cumple el fin de los cinco años por los que firmaste.

Leire se queda muy quieta, mirando el trozo de pastel de chocolate que hay en su cuchara mientras su mente piensa en esa marca. El contrato del que habla Isaac le proporcionó diez millones de euros a lo largo de esos cinco años, de los cuales la mitad fue en efectivo y la otra se utilizó para invertir en ella, en su ropa, equipamiento, traslados privados, hoteles y cualquier cosa que la tenista necesitara durante los torneos.

Fue sin duda un contrato increíble, pero a Leire le gustaría no haberlo firmado, o eso se dice para justificar su cobardía.

—¿Han hecho una oferta o los has contactado tú?

—La han hecho ellos por otros diez millones, pero ahora no eres la misma tenista que antes, tus números son mucho mejores y eso hay que pagarlo.

Isaac da un lametón a su helado y Leire aparta la mirada, asqueada, y decide que para ella la cena ya ha llegado a su fin, y también este día agotador, aunque una parte de ella desea que no lo haya hecho del todo.

Capítulo 2

—Hola, cielo —saluda Diane Park —la entrenadora de Kate— al mismo tiempo que se inclina y le besa la cabeza.

Kate levanta la mirada y sigue a la mujer hasta que se sienta frente a ella.

—Hola, Diane.

—¿Quieres otra? —pregunta la entrenadora, al ver casi vacía la botella de agua con gas que la jugadora ha pedido.

—No, estoy bien así.

—¿Vas a ir? —aunque parece una pregunta, en realidad no lo es; Diane sabe perfectamente que Kate solo está haciendo algo de tiempo hasta que Leire la avise.

—Tal vez.

Diane hace una mueca con los labios y Kate baja la mirada a su copa de agua.

—¿Cómo te encuentras? —sigue la mujer, cambiando el tema para no incomodar a la jugadora, aunque este también lo hace.

Kate se aprieta la goma de la coleta y después se pasa el dedo sobre la ceja izquierda, siguiendo la línea de la cicatriz que se la atraviesa. Es un gesto inconsciente que hace siempre que está nerviosa, se siente incómoda o está demasiado eufórica, y Diane lleva los suficientes años a su lado como para saber que ahora es lo segundo.

—Bien, no me duele —afirma la pelirroja.

La jugadora no ha mentido, pero cada vez que piensa en ello se le cierra la garganta. Estaba haciendo un buen torneo, había llegado a semifinales y todos la señalaban a ella —junto a Leire— como las dos candidatas más posibles para jugar la final, pero Kate llegó justa a una pelota tras una carrera casi imposible, apoyó el pie delantero para frenarse y este patinó hacia delante —nada que no le hubiera pasado otras veces—, pero en esta ocasión sintió un pinchazo en la espalda que la dejó sin aliento, y también sin la capacidad de jugar al cien por ciento porque el dolor ya no se lo permitía, así que, a pesar

de ir ganando con ventaja, acabó perdiendo y, como consecuencia, eliminada del torneo.

—No vamos a ir a Berlín para el WTA 500, volveremos a casa para que el doctor Faruk te vea de nuevo y, si te da el visto bueno, iremos a Wimbledon —decide Diane.

Kate levanta la mirada de golpe.

—Acepto lo de Alemania, pero no voy a perderme un Gran Slam por esto —protesta la jugadora.

—Y yo no voy a discutirlo ahora. Veremos a Faruk y hablamos después. La resonancia mostró un leve desplazamiento de una vertebra…

—Un desplazamiento ridículo —Kate arruga la frente—, y el dolor no es tan exagerado como para que sea algo más grave.

—Me da igual lo que mostrara entonces. Dijo que volvieras si te volvía a doler a pesar de la fisioterapia y la infiltración, así que iremos —zanja Diane, y Kate sonríe y la mira con todo el cariño que le tiene porque esta mujer de cincuenta y ocho años es como una segunda madre para ella.

Lleva con Diane como entrenadora desde que empezó a competir de forma profesional. Siempre se han entendido bien, Diane no suele agobiarla y ella no es una jugadora con exigencias imposibles, así que se toleran a la perfección, pero lo que Kate más admira de ella es lo buena que es guardando un secreto —dos en el caso de Kate—, porque Diane es la única persona que sabe hasta qué punto puede ser grave su lesión, y también la única que sabe lo que pasa entre ella y Leire.

—Acaba de salir —dice Diane, cuando ve que la puerta del salón privado del fondo se abre y Leire avanza escaneando el comedor principal del hotel con un vistazo rápido hasta que las ve.

Le hace un gesto con la cabeza a la entrenadora para saludarla y sigue caminando hasta la puerta lateral de salida para coger el ascensor y subir a su planta.

A Kate se le acelera el pulso ante el anuncio. Es algo que no puede evitar, al igual que la expansión de su sonrisa.

—Anda, vamos —ordena Diane.

Las dos mujeres se levantan, salen por otra de las puertas y cogen los ascensores de la recepción, pero el resultado es que también se bajan en la quinta planta y Diane sale por delante de Kate —como ha hecho otras veces— para asegurar que el pasillo está vacío y nadie ve

a la jugadora entrando en la habitación de la que se supone que es su mayor rival. Diane le hace un gesto con la cabeza y la jugadora corre hasta la puerta y la golpea cuatro veces de forma suave.

Leire abre de inmediato porque ella también estaba pendiente y esperando este momento con las mismas ganas que la pelirroja.

—Hola —sonríe Kate cuando Leire la pega a la pared tras haber cerrado la puerta.

—Te he echado de menos —responde la jugadora española, acariciando los costados de la pelirroja con los dedos mientras acerca su boca para besarla.

Kate le pone una mano en la nuca y continúa el beso con la lentitud y la calma de saber que conoce cada rincón de esa boca y que ellas disfrutan los besos que van despacio, porque hace mucho tiempo que pasaron del ansia viva a esto, a besos tranquilos que bajan de los labios al cuello, a las sonrisas de la otra sobre el oído y a las manos cálidas que exploran cuerpos centímetro a centímetro.

—Debes de estar cansada —dice Kate cuando se separan mientras Leire la coge de la mano y la guía hasta la cama.

—Exhausta lo define mejor.

La española se deja caer sobre el colchón con los brazos extendidos y un sonoro resoplido de placer al tumbarse. Kate se ríe y se coloca a su lado, apoyando la cabeza en el codo mientras la observa.

—No tenemos que hacer nada, podemos solo dormir —susurra, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

—¿No te importa? —pregunta Leire.

La pelirroja niega con la cabeza. A ella lo único que le importa es estar aquí, pasar tiempo con ella porque cuando estás enamorada disfrutas de cualquier momento al lado de esa persona sin necesidad de otra cosa que sentir su calor. Kate baja la mirada un momento cuando recuerda el comentario de Leire en la rueda de prensa.

«Fuera de ella, en realidad no nos conocemos».

—Lo siento —murmura Leire como si estuviera leyendo sus pensamientos.

No es que tenga esa habilidad, pero la que sí tiene es la de leer las expresiones de Kate, porque son tres años haciendo esto, viéndose en habitaciones de hotel durante los torneos, entrando a escondidas y saliendo del mismo modo. Tres años de echarse de menos cuando una está en Australia y la otra en España, y en todo este tiempo

limitado, Leire ha aprendido a conocer a esta mujer mejor que a sí misma.

—Siento lo que he dicho, me vi acorralada y solté lo primero que se me pasó por la cabeza.

Kate la mira de reojo y después observa sus propias manos. Siente una ligera opresión en el pecho, algo que siempre aparece en momentos así, que se instala en su cuerpo y se niega a salir cuando no es capaz de digerir que hace tiempo que las disculpas empiezan a parecerle insuficientes. A veces se siente como un objeto, el juguete favorito de Leire que la tenista disfruta en silencio y esconde solo para ella.

—Eh, nena… —Leire se gira hacia ella y le pasa una mano por el cuello.

La pelirroja siente un escalofrío que le recorre la piel desde la nuca hasta los pies, y se odia por no ser capaz de acabar con esto a pesar de que le hace daño, porque imaginarse sin Leire en su vida es algo para lo que no parece estar preparada.

—Llevamos juntas tres años, Leire —susurra sin mirarla.

—Lo sé, pero no estoy lista, y sabes que nunca te he pedido nada, no te he cortado las alas ni exigido exclusividad.

Kate esboza una sonrisa triste y niega con la cabeza. Por supuesto que no se lo ha exigido, es ella la que simplemente no puede hacerlo, ¿cómo va a acostarse con otras mujeres si está enamorada de ella?

—A lo mejor me gustaría que lo hicieras, que no te diera igual lo que pueda hacer con otras —Kate se levanta de la cama y hace una mueca de dolor al incorporarse.

—Claro que me importa, Kate, me moriría de celos si lo haces, y de tristeza, pero no puedo ser tan egoísta, no puedo pedirte que hagas algo cuando todavía no puedo darte todo lo que me pides.

La española también se levanta y se acerca a ella, que se ha apoyado en la cómoda.

—Sé que siempre te digo lo mismo —Leire se frota las manos, nerviosa—, pero es complicado, ya lo sabes. Estoy en el mejor momento de mi carrera…

—No importa, Leire, dejemos el tema —la corta Kate, que prefiere que no termine una frase que lo único que deja claro es que para Leire es más importante su carrera que lo que siente por ella.

—¿Cómo está tu espalda? ¿Te sigue doliendo? —se interesa Leire.

—Casi nada, en un par de días estaré como nueva —la tenista australiana decide no boicotearse ahora que está con ella, prefiere disfrutar del poco tiempo que tienen juntas y martirizarse cuando esté sola.

—Me alegro —Leire la coge de la mano y la lleva hasta la cama de nuevo—, porque ya no estoy tan cansada.

La sonrisa de Kate se curva un poco y aparecen esas líneas en sus comisuras que son la perdición de la española.

—Me encantan estas rayitas —susurra besando el extremo derecho de su boca.

Kate ladea la cara buscando sus labios y se sienta a los pies de la cama cuando Leire la empuja con suavidad por los hombros. Su piel se eriza, su abdomen se tensa y el burbujeo estalla bajo su vientre cuando su rival se pone de rodillas y le baja los pantalones hasta los tobillos.

—Llevo pensando en ti todo el día —confiesa, mientras tira también de las bragas hacia abajo.

La pelirroja trata de contener un jadeo de pura necesidad, pero le resulta imposible porque cuando Leire la roza, su cuerpo colapsa y su mente se apaga. No la invaden pensamientos intrusivos; en momentos así solo es capaz de ver la parte buena, que es todo lo que siente con esta mujer, una conexión profunda que a sus veintinueve años no ha experimentado con nadie más y que está segura de que no volverá a sentir bajo el tacto de una piel que no sea la de Leire Cobos.

Leire le sube las piernas sobre sus hombros, le agarra los muslos con fuerza y Kate se deja caer hacia atrás, con el cuerpo temblando y la respiración entrecortada cuando la lengua y los labios de la tenista española se deleitan con cada rincón de su intimidad hasta volverla loca de placer.

—Así, cariño —gimotea Kate, que después se muerde los labios y resopla contra su puño.

Leire no se detiene, sabe el punto exacto en el que está y también lo que a la pelirroja le gusta que haga cuando está al borde del orgasmo, así que la penetra, hunde los dedos hasta el fondo y los deja ahí, llenándola, y le basta apretar su clítoris con la lengua para que su cuerpo convulsione y la pelirroja se deshaga de placer con múltiples espasmos que ella siente contra sus labios.

—En Alemania podríamos intentar cuadrar un día y quedarnos en un Airbnb —empieza Leire cuando ambas están bajo las sábanas,

abrazadas, desnudas y satisfechas—, juntas, para comer y para todo. Algo normal entre las dos, sé que no es mucho, pero…

—No voy a Alemania —la interrumpe Kate, que por un momento piensa en exigirle a Diane que siga con la agenda que tenían planeada.

Ha soñado con pasar un día entero con Leire durante meses, porque al principio a ella también le valían estos encuentros, era divertido, incluso morboso, y ambas se reían cuando terminaban de hacer el amor y se miraban.

—Rivales y mentirosas —murmuró una vez Leire—. Hemos dejado que se crean que somos rivales cuando es mentira.

Kate estuvo de acuerdo, pero cuando comenzó a enamorarse de Leire la cosa cambió. A ella ya no le sirve esa descripción; esa solo era válida para esas dos tenistas que una noche de hace tres años acabaron en la habitación de una de ellas sin tener claro qué había pasado para que llegaran a eso, y tuvieron un encuentro tan bueno que empezaron a repetirlo siempre que coincidían.

—¿Por qué no? —Leire se incorpora sobre su brazo y la mira.

Nota algo incómodo que le aprieta por detrás del esternón. No lo había sentido antes y se dice que es un simple malestar provocado por el cansancio que acumula.

—Vuelvo a Australia. Si no quiero que el malestar del otro día vaya a más, necesito descansar unos días.

Kate lleva semanas preguntándose a sí misma por qué no le cuenta la verdad a Leire, por qué no es capaz de decirle que tiene una lesión mucho más seria de lo que se piensa y que no puede jugar la mayoría de los partidos si no la infiltran antes, y la única explicación que encuentra es que no se atreve porque toda su historia gira en torno a este deporte, no existe sin él, y eso la angustia de tal modo que no quiere hablar de nada que pueda ser un obstáculo entre ellas, porque Kate siempre se pregunta qué pasaría si necesita parar unos meses como Diane insiste en que haga: ¿Leire seguiría ahí? ¿Continuarían los mensajes diarios? ¿Propondría verla en otro contexto?

—Pero iré a Wimbledon.

Leire asiente. Quiere decirle que para Wimbledon falta mucho —aunque sean apenas un par de semanas—, que se había mentalizado en verla todos los días y que la noticia acaba de dejarla con un vacío que no sabe explicar, pero ¿tiene derecho a decirlo? Haría que Kate

se sintiera mal, y bastante soporta la pelirroja a su lado con lo poco que recibe como para que ella se lamente por algo.

—Vale —Leire le pone la mano en la mejilla y le da un beso suave en los labios—. Descansa para que ese dolor desaparezca del todo. Te echaré mucho de menos.

La abraza y las dos cierran los ojos, sabiendo que cuando Leire se despierte, Kate ya no estará en la habitación. Porque así es siempre entre ellas: encuentros fortuitos y clandestinos con huidas antes del amanecer.

Capítulo 3

—Hola, papá —dice Leire cuando un chófer la deja en la entrada de su casa de Madrid, situada en La Moraleja.

Ha volado desde París a primera hora de la tarde junto a Isaac en un avión privado pagado por Costel, la principal marca que la patrocina.

Se dan un abrazo que no es frío, pero tampoco es todo lo cálido que a la jugadora le gustaría porque la relación con su padre siempre ha sido un poco distante. No porque haya pasado nada entre ellos, sino porque su madre era la que mantenía a la familia unida y, cuando murió, ellos no supieron cómo llegar el uno al otro y nunca han tenido la confianza que Leire habría querido.

—¿Qué tal, Isaac? —pregunta Bruno Cobos, extendiendo la mano hacia el representante de su hija cuando ella se aparta.

—Siempre feliz después de una gran victoria —responde el hombre, inflado como si el partido lo hubiera ganado él.

Leire, todavía con su macuto en el suelo, los observa entrar en su casa y a veces siente que la única intrusa que hay es ella. Su padre suele vivir ahí cuando ella está de viaje para ocuparse del mantenimiento, y está tan acostumbrado a la casa que a veces se comporta como si fuera suya y no de su hija. E Isaac es de esas personas que siente que todos los espacios le pertenecen, así que ahora están sentados en uno de los sillones del salón mientras su padre le sirve una copa de coñac.

—Bueno, ¿comenzamos? —Isaac lo pregunta después de mirar la hora en su Rolex y cruzar una pierna sobre otra para acomodarse.

Bruno se sienta en otro de los sillones y ambos miran a la tenista, que está de pie en la entrada del salón. A Leire le gustaría poder llegar a su casa y estar sola para darse una ducha y tirarse en el sofá hasta la hora de la cena, pero desde que juega de forma profesional, apenas ha controlado los tiempos de su vida, y si su representante propone una reunión nada más llegar, simplemente se hace.

Elige el sofá y se sienta en el medio a la espera de que todo acabe cuanto antes para poder descansar y escribirle a Kate, a pesar de que esta sigue en el avión de vuelta a Australia y no le responderá hasta mañana.

—Tengo las nuevas propuestas de Costel —anuncia Isaac—; tras las reuniones, al final he conseguido que mejoren el contrato anterior.

Leire mira entre uno y otro, observando el regocijo de su agente cuando lo cuenta y la sonrisa satisfecha de su padre.

—Ofrecen catorce millones durante otros cinco años.

Bruno Cobos silba y a Leire no le extraña; ella también está sorprendida. Tiene treinta y un años, está en una edad donde muchas empiezan a retirarse. Pocas se quedan en el circuito más allá de los treinta y cinco, y si Costel ofrece un contrato de cinco años, es porque apuestan a que ella será una de esas.

—Todavía tengo que cerrar algunas cláusulas, pero si todo va bien, está hecho. Podremos firmar en unos días.

—¿Qué cláusulas? —pregunta la jugadora.

—En principio son las mismas que hasta ahora. Imagen pública cuidada, ningún comportamiento que pueda dañar la imagen de la marca y ese tipo de cosas, pero quiero leer para asegurarme de que no han añadido nada más que te perjudique de algún modo. El incumplimiento de alguna de ellas podría llevar al fin de la colaboración, y eso no nos interesa.

—Por supuesto —concuerda su padre, pero ella se queda callada, sintiendo que tiene la garganta algo cerrada.

Leire piensa en Kate; es lo primero que le viene a la cabeza tras escuchar esas cláusulas en las que siempre se ha excusado para sí misma por ser una cobarde. Decide no esperar y saca su teléfono para escribir un mensaje.

«Ahora estás volando y espero que dormida; yo acabo de llegar a Madrid y ya me tienen atrapada en una reunión. Anoche me lo pasé muy bien y te echaré de menos. Serán dos semanas muy largas hasta Wimbledon. Escríbeme cuando llegues».

Por un momento, piensa en añadir un icono con un corazón o alguna carita mandando un beso, pero al final solo envía el texto sin añadir florituras. Nunca lo hace —aunque siempre esté tentada— porque esa es su manera de recordarse que esto es solo una aventura que se ha alargado más de lo que esperaba y que acabará en algún

momento. Así es como se miente siempre sobre sus sentimientos, porque es el único modo que conoce que le permite no odiarse a sí misma por ser tan cobarde.

Hablan durante un rato más sobre el contrato hasta que Isaac al fin se marcha y solo se quedan ella y su padre.

—¿Por qué has cancelado el torneo de Alemania? —pregunta Bruno sin darle tregua—. Sabes que es bueno para que no pierdas el ritmo.

Ella lo mira y se muerde los labios. Quiere explicarle que no quiere estar allí si no está Kate, que el único motivo por el que se apuntó fue para poder pasar tiempo con ella, y que sin la pelirroja allí prefiere estar en casa. También le gustaría responderle que por qué no le pregunta si está cansada, o por qué no la felicita por haber ganado el Roland Garros, pero como hace siempre con todo lo que le importa, se lo guarda y no es capaz de vocalizarlo.

—No quiero forzarme tanto antes de Wimbledon. El torneo me dejó exhausta y aquí tengo mi propia pista para entrenar. Por las mañanas vendrá Salva —Salva es el entrenador personal de Leire, con quien ya ha acordado las horas de entrenamiento mientras esté en su casa—; vendrá todas las mañanas, y por la tarde vendrán Marta, Sara y Joel para que echemos algún partido.

—Tus amigos no tienen tu nivel, Leire; jugar con ellos será para ti como pasear por la cancha, no te ayuda.

—Me mantiene activa, que es suficiente; no necesito entrenar al cien por ciento las veinticuatro horas del día.

El tono le sale molesto, aunque no lo haya pretendido. Sabe que su padre no tolera mucho a sus amigos —con los que está unida desde el colegio—, sobre todo porque Joel es gay y Marta, además de ser su mejor amiga, también es la ex con la que su padre descubrió que le gustaban las mujeres. De aquello hace muchos años; fue un romance tonto de instituto cuando ambas se estaban descubriendo. Duró apenas unos meses antes de que se dieran cuenta de que la relación no funcionaba —básicamente porque Marta no quería esconderse y Leire no estaba preparada para salir del armario, y todavía no lo está —; lo dejaron y siguieron siendo amigas, incluso esa relación se fortaleció, pero antes de que acabara lo que había entre ellas, su padre las vio en el jardín cuando se despidieron antes de que Leire entrara en casa. No le montó ningún número; bastó solo su mirada para que Leire se hiciera más pequeña y comprendiera que había

hecho lo correcto al no querer hacer partícipes a los demás de lo que de verdad sentía.

—Además —añade, inclinándose hacia delante porque de repente se siente incómoda en su propia casa—, Isaac estuvo de acuerdo cuando se lo propuse.

—Hablando de Isaac —corta su padre—, la renovación con Costel es importante para tu carrera y ya sabes cuáles son las cláusulas. Deberías pensar en dejarte ver con alguien; una mujer soltera durante tantos años puede generar dudas. Marlon Archer, el tenista, se acaba de retirar como ya sabrás, y se ha mudado aquí a Madrid; es perfecto para…

—No pienso salir con él, papá —asegura tajante, preguntándose por qué le ha permitido hablar tanto sobre el tema.

—¿Sigues viéndote con ella? —espeta él, y Leire traga saliva.

De nuevo, quiere protestar, decirle que ella tiene un nombre, que se llama Kate Brogan y que a ella le basta con verla sonreír para que su mundo se ilumine, pero como siempre no dice lo que piensa y deja que todo se le vaya enquistando por dentro.

—Estoy cansada, papá; ¿podemos dejarlo por hoy?

Él frunce los labios y se pasa una mano huesuda por su pelo canoso. Bruno Cobos es alto y demasiado delgado, pero es un hombre bastante atractivo de tan solo cincuenta y dos años porque la tuvieron muy jóvenes; su atractivo, sin embargo, no sirve de nada porque Bruno sigue enamorado de su mujer fallecida y es incapaz de rehacer su vida.

—Te he llenado la nevera para estos días —explica al levantarse—, y he pedido que te traigan tu hamburguesa preferida para esta noche. El repartidor vendrá sobre las nueve, pero si la quieres antes puedo llamar y…

—A las nueve es perfecto, papá, gracias —Leire se acerca y le besa la mejilla.

Bruno tiene cosas malas, pero también tiene otras buenas que hacen que su hija lo quiera con locura a pesar de la distancia emocional que hay entre ellos.

—No se lo digas a Isaac o me acusará de traidor por hacer que te saltes la dieta —pide mientras su hija lo acompaña a la puerta para despedirlo.

Capítulo 4

—Cuando pare de llover te saco, te lo prometo —Kate se inclina sobre Banjo, el perro que lleva seis años en su familia y que ahora mueve la cola desesperado frente a la puerta de la cocina que da al jardín.

La tenista aterrizó ayer y ahora está en la casa de sus padres en Melbourne, como hace siempre que vuelve a su país.

Kate nunca ha llegado a comprar ninguna propiedad en Australia a pesar de la insistencia de sus padres en que debe tener algo allí. Ella se dice que es porque prefiere estar acompañada cuando llega agotada de los viajes y los torneos, pero lo cierto es que no planea vivir en su país cuando se retire.

Le gusta mucho Europa, donde tiene raíces irlandesas porque sus padres son de la zona norte de Dublín. Emigraron a Australia hace cuarenta años y allí nacieron sus dos hijos, Conor y Kate, pero ella tampoco tiene intención de vivir en Irlanda porque, de haberlo hecho, habría comprado algo allí en lugar de hacerlo en Madrid y Madeira.

Su primera compra fue en las Azores hace seis años. Una villa moderna con una piscina infinita donde suele pasar sus vacaciones. Le encanta estar allí, desconectada de todo. La otra la compró hace dos años en Madrid, en una urbanización llamada La finca. Una zona ultra privada con seguridad muy alta que es su campamento base cuando está en Europa jugando torneos. Kate no se miente, quería una casa en España desde hacía tiempo, aunque no tenía preferencia por ninguna ciudad en concreto y el único motivo por el que eligió Madrid fue para estar más cerca de Leire, pero eso no sirvió de mucho porque la española tiene tanto miedo de que las descubran que jamás ha ido a visitarla ni ha invitado a la pelirroja a su casa de La Moraleja.

—Toma, te vendrá bien para despejarte —dice su madre, entregándole un café mientras ella sigue junto a Banjo en la puerta del jardín, mirando cómo la lluvia golpea las baldosas y resbala por

las hojas de los árboles de la propiedad como si estuviera tan desesperada como él por salir.

—Gracias —Kate coge la taza y la deja sobre el mármol para subirse la cremallera de la sudadera hasta arriba.

Lo que más le cuesta cuando viene es adaptarse al cambio de temperatura, porque el mes de junio en París es caluroso y marca la entrada del verano, pero en Melbourne es invierno y, además de hacer frío, se pasa la mitad de los días lloviendo.

—¿Has podido descansar? —se interesa su madre.

Kate trata de reprimir un bostezo, pero no lo logra.

—Bastante —miente, porque las casi veinticuatro horas de vuelo siempre la dejan tan exhausta que después le cuesta mucho dormir.

La tenista empieza a prepararse una tostada cuando se oye la puerta principal y el perro sale corriendo. Kate escucha la voz de su hermano Conor saludando a Banjo y su mirada se ilumina. Se levanta despacio, porque durante el vuelo hubo varias turbulencias y eso le hizo resentirse de la espalda, y ahora le da miedo cualquier movimiento brusco que pueda hacer.

—Aquí estás —Conor aparece en la cocina vestido de bombero y abre los brazos para envolver a su hermana cuando ella —a pesar del dolor— salta sobre él.

Su hermano es tres años mayor que ella y desde pequeño tuvo claro que quería ser bombero.

—¿Estás trabajando? —pregunta Kate, sonriendo mientras lo observa.

—Sí, aunque nada interesante. Ahora vamos a un colegio para hacer un simulacro de incendio y le he pedido a Tommy que parase aquí un momento para poder verte.

—Pues aprovecha y come algo, que estás muy flaco —ordena su madre—, y dile a Tommy que entre, yo no te he educado para que dejes a tus amigos en la calle.

—Tenemos prisa, mamá —protesta él, y se gira hacia Kate—. Así que perdiendo en París, ¿eh? —comenta burlón—. ¿Qué pasó? ¿La rusa te asustó con su mirada intimidante?

—No seas imbécil —se queja Kate—, me hice daño en la espalda y no quise forzar.

Conor frunce el ceño y su madre, que estaba abriendo la nevera, se gira hacia ellos.

—¿Otra vez? —pregunta su hermano, preocupado.

—No es nada, el fisio dijo que con unos días de reposo era suficiente, por eso no he ido a Alemania.

Kate se siente incómoda consigo misma al mentirle a su familia. En su casa todos saben que empezó a tener molestias hace un año y medio, pero no saben que esas molestias a veces la dejan sin respiración, que le impiden jugar como debería y que están apareciendo con más frecuencia de lo que ella sabe que es normal.

—¿Qué dice Diane sobre esto? —pregunta su madre.

—Nada, mamá. No hay de qué preocuparse, a mi edad todos los deportistas comienzan a sentir dolor en alguna parte del cuerpo. No tengo veinte años.

—Bueno —Conor la abraza de nuevo y le besa la cabeza—. Cuídate y aprovecha para no hacer nada estos días; el fin de semana vendré y me quedo a dormir, así tendremos tiempo para ponernos al día.

Kate sonríe y asiente. Realmente ya lo saben todo sobre la vida del otro porque suelen hablar un rato por videollamada cada tres o cuatro días, aunque nunca le ha contado nada de Leire.

Por la tarde —y tras una siesta de tres horas que no se esperaba cuando se tumbó en el sofá— Kate ha aprovechado que no llovía para salir a dar un paseo con Banjo. Le encanta hacerlo siempre que puede, dejar que sea el perro quien la guíe y lanzarle la pelota en el parque hasta que se agota, y después sentarse en algún banco mientras él se entretiene mordisqueando alguna rama a su lado.

Ha estado hablando un rato con Leire, que la ha llamado en cuanto se ha levantado porque la diferencia horaria es de ocho horas y siempre aprovechan las pequeñas franjas que tienen. La ha notado preocupada, pero cuando le ha preguntado, la española ha asegurado que estaba bien, así que las dos se han mentido mutuamente porque ella también le ha dicho que se encontraba perfectamente cuando en realidad se ha resentido varias veces al agacharse a recoger la pelota.

Llega a su casa y se muerde el labio cuando ve el coche de Diane en la puerta.

—Lo siento, me he olvidado por completo de que habíamos quedado —se disculpa en cuanto entra, poniendo su cara de cordero degollado que nunca falla con esta mujer.

Que esté de vacaciones forzadas no significa que no vayan a hacer nada; las sesiones de trabajo donde repasan los juegos de Kate o de sus contrincantes son algo que pueden hacer.

—Me he dado cuenta —murmura Diane, sentada al lado de su madre en el sofá.

Kate se quita la chaqueta y le hace un gesto a su entrenadora para que la siga. La casa familiar es grande y su padre adecuó una de las habitaciones vacías para que sirviese de despacho cuando Kate se reúne con Diane para sus sesiones de trabajo, un espacio donde puedan estar tranquilas y concentradas. Tiene un sofá pegado a la pared frente a una pantalla grande, y una mesa de trabajo y dos sillas justo al lado de la ventana.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Diane cuando ella cierra la puerta.

—Bien, he dormido bastante después de comer —responde la jugadora, y se gira ante el silencio de su entrenadora.

—No te he preguntado eso y lo sabes, Kate.

La pelirroja traga saliva, angustiada, y Diane no necesita nada más para saber que tiene dolor.

—Venga, siéntate aquí —pide, señalando el sofá mientras ella pone un vídeo en el televisor.

La entrenadora coge su libreta llena de anotaciones por todas partes que solo ella entiende y, tras ver el primer vídeo —que ella ya ha visto varias veces antes de venir—, le muestra a Kate todo lo que le parece relevante.

—El dolor de espalda te está cambiando la velocidad del saque. Has perdido potencia…

—¿Y qué quieres que haga? —la corta Kate de forma brusca.

Diane la mira y la jugadora golpea el sofá con la cabeza varias veces antes de disculparse, porque jamás le ha hablado así.

—Lo siento, es que esto me está agobiando mucho.

—Lo sé, cielo —asiente Diane—, por eso quería hablar contigo.

—¿De qué? —Kate se gira hacia ella, subiendo las piernas dobladas al sofá.

—Tienes una carrera brillante, Kate, ganaste un Grand Slam a los veintidós y acumulas cientos de victorias y títulos. No necesitas seguir.

—¿Qué? —pregunta la jugadora, confundida.

—Hablo de que podrías plantearte la retirada. Sé que todavía tienes energía para seguir jugando, pero ese dolor está apareciendo con demasiada frecuencia y me da miedo que se convierta en una lesión permanente si no te detienes a tiempo.

Kate necesita unos segundos para procesar lo que le ha dicho mientras la congoja se le instala en la garganta y su cuerpo entero se pone tenso.

—No pienso retirarme, Diane. Gané el Open de Australia y llegué a la semifinal de París…

—Y perdiste porque el dolor no te dejó continuar —le recuerda la entrenadora.

—Y para eso hemos parado, ¿no? Para que me recupere en estos días…

—Escucha, Kate —insiste la mujer, poniéndose más seria—, soy la menos interesada en que te retires, me haces ganar mucho dinero y gracias a ti puedo seguir haciendo lo que siempre he querido, pero te quiero, y me importa lo que te pase por encima de todo. Tienes veintinueve años y toda la vida por delante…

Las lágrimas silenciosas de Kate detienen el discurso de Diane, que se inclina para pasarle los dedos por las mejillas.

—Sé que es algo muy difícil de encajar para ti —susurra—, solo quiero que empieces a pensar en ello como una posibilidad, ¿de acuerdo?

Kate asiente, pasándose los dedos por los párpados.

—Vamos a ver qué dice el doctor Faruk cuando vayamos a verlo; quizá esto de ahora no tenga que ver con la lesión anterior y haya una solución —comenta Diane, tratando de animarla.

Kate se recuesta contra ella cuando la mujer la abraza, y siguen viendo recortes de partidos el resto de la tarde, aunque la jugadora ya no es capaz de concentrarse y apenas retiene los consejos que su entrenadora le va dando porque ya no puede pensar en nada que no sea lo que le ha dicho. Kate siempre ha tenido claro que no quiere retirarse más tarde de los treinta y cinco, pero la posibilidad de tener que hacerlo tan pronto era algo con lo que no contaba, y empieza a darse cuenta de que no es muy descabellado.

Capítulo 5

—No seas cruel —dice Joel desde el otro lado de la cancha.

Leire se muerde los labios y levanta la mano a modo de disculpa tras dejarle una bola floja justo al lado de la red a la que a su amigo le ha sido imposible llegar.

—Lo siento —contesta, preparándose para sacar.

—No es verdad, no lo sientes ni un poco —se mofa Marta, que juega con ella de pareja.

La tenista se ríe y saca, esta vez acordándose de que es un partido entre amigos.

Esta mañana ha estado entrenando dos horas a máximo nivel y después ha hecho una sesión de recuperación de otra hora con un fisio. Para la hora de comer, ha salido con su padre, al que ha llevado al único restaurante al que a él le gusta ir porque era el favorito de su mujer.

Y ahora, después de un par de horas de descanso que ha dedicado a relajarse en la piscina, han llegado sus amigos y, tras ponerse al día tomando algo en el jardín, están jugando un pequeño partido.

Estos son algunos de los momentos que más disfruta Leire; sus amigos son divertidos, gritan histéricos si se equivocan y se ríen a carcajadas de sus errores aunque eso interrumpa el partido.

—Nosotros nos vamos ya —anuncia Sara cuando terminan de jugar—, hoy tenemos cena familiar —señala a Joel, que es su primo, y ambos se despiden de la tenista acordando verse antes de que se marche a Inglaterra.

—Pues quedamos tú y yo —Marta la mira con una ceja levantada cuando Leire cierra la puerta.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta la deportista, aunque lo hace con una sonrisa encantadora porque lo sabe perfectamente.

—Que me vas a contar las novedades reales —Marta le pasa un brazo sobre los hombros y la guía hasta los sillones del jardín—. Vas a hablarme de las cosas que te preocupan, pero sobre todo, de ella.

Leire siente que el corazón le da un vuelco. Nunca le ha revelado a su mejor amiga el nombre de Kate, pero sí que le ha hablado de la pelirroja; de hecho, Marta sabe cómo comenzó su aventura y también es muy consciente de lo metida en el armario que está su amiga.

La jugadora se acomoda y estira las piernas, apoyando los pies sobre la mesa baja de mimbre que tiene delante.

—Tengo que renovar con Costel, el contrato anterior termina e Isaac ha negociado unas condiciones mucho mejores que las actuales.

Marta la mira sin decir nada.

—Renovaría por otros cinco años, eso es mucho más de lo que podría esperar.

—Te preguntaría por qué me cuentas esto como si te estuvieran sentenciando a muerte en lugar de estar eufórica, pero me imagino que esa cláusula para neandertales sigue ahí —adivina su amiga.

—Sí, eso no ha cambiado, y para colmo mi padre insinuó que debería salir con alguien —explica frustrada.

—Alguien con pene, imagino —se burla Marta, y Leire suelta un resoplido que la hace reír.

—No solo fue eso, es que encima me dijo con quién.

Marta explota con una carcajada.

—Joder, tu padre no cambia —asegura, y niega con la cabeza antes de ponerse seria e inclinarse hacia delante—, pero no creo que todo eso sea tu problema, Leire.

—¿Qué quieres decir?

Marta se mira primero las manos y repasa una de las líneas de su palma con el dedo mientras busca las palabras apropiadas.

—Si ese contrato con Costel no existiera, ¿tu situación cambiaría? Porque yo no lo tengo muy claro, Leire.

—No te sigo —la tenista está completamente confundida y Marta repasa otra de las líneas antes de seguir.

—Creo que te excusas en ese contrato para no enfrentarte a quien eres de verdad. Pienso que si esas cláusulas no estuvieran en el acuerdo o este simplemente no existiera, seguirías sin admitir que te gustan las mujeres porque llevas tanto tiempo escondiéndote de ti misma que ya no sabes cómo hacerlo.

Leire se toma varios segundos antes de hablar porque le vienen a la mente muchas respuestas rápidas con las que salir del paso ante

una situación que siempre la hace sentir incómoda, pero en ningún caso se detiene a analizar si Marta tiene razón o no porque la respuesta podría quitarle el sueño.

—No me escondo, salgo con Kate, quizá no salir con ella de forma oficial —se corrige—, pero estamos juntas.

Su amiga la mira boquiabierta, tan pasmada que Leire teme durante unos segundos que le haya dado un derrame cerebral.

—¿Por qué me miras así? —la jugadora chasquea los dedos frente a su amiga.

—¿Te estás tirando a Kate Brogan? —pregunta mientras sus labios se curvan en una sonrisa satisfecha.

Ahora es Leire la que parece pasmada, pero cuando repite la conversación en su cabeza, se da cuenta de que sí ha dicho el nombre de Kate, de que la acusación de su amiga la ha dejado tan fuera de juego que, por primera vez en tres años, no ha sabido mantenerla oculta.

—Supongo que sí —admite aturdida, empezando a sonreír cuando su mejor amiga aplaude.

—Joder, llevo años soñando con que fuera ella, pero siempre me has hecho dudar con tus respuestas esquivas. ¿Cómo es? ¿Es igual de buena en la cama que jugando? Dios mío —Marta se pone roja—, mejor no me lo cuentes.

—Es que no te lo pienso contar —se ríe Leire, pero su sonrisa petulante la delata.

—Estoy alucinando, joder. ¿Cómo puedes esconder a una mujer así, Leire? No la conozco, pero irradia simpatía y bondad por todas partes. De verdad que no te entiendo.

—No la escondo.

—¿No? ¿Y cómo llamas tú a llevar follando con una mujer tres años y que hasta ahora yo no haya sabido ni su nombre? Esto cambia mi perspectiva. Antes no sabía de quién se trataba, no podía ponerle cara ni imaginarme cómo se sentía, era como si salieras con una especie de fantasma, pero ahora que sé que es real, que tiene nombre y apellidos, no puedo entenderlo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —pregunta Leire, empezando a sentirse atrapada y algo incómoda.

—Que ella aguante esta situación. Debe de quererte mucho, Leire, porque si no es muy difícil de explicar. Esa mujer podría estar con

cualquiera y ha elegido estar con una que la oculta como si fuera algo de lo que avergonzarse.

Leire baja las piernas y se levanta del sillón, alejándose varios pasos de la mesa hasta quedarse de pie mirando sus pies sobre el césped. Marta es su mejor amiga, y también la única persona que le dice las verdades a la cara. La apoya en todo incondicionalmente, pero no en esto, al menos desde que empezó a hablarle de Kate.

Su amiga siempre comprendió que para ella fuera más difícil enfrentarse a quién es, que necesitara más tiempo o encontrar la manera de aceptarse, pero desde hace un tiempo Marta siempre le ha dicho que no será feliz hasta que no dé el paso, que son demasiados años escondida.

—No me avergüenzo de ella —espeta furiosa, más consigo misma que con su amiga.

—Entonces, ¿qué es?

Marta también se levanta.

—Tengo un jodido contrato con una marca muy tradicional y retrógrada, si salgo del armario será como…

—Mentira —la corta su amiga, provocándola—. No es eso y lo sabes, al menos, no solo eso. Estás acojonada, y lo entiendo, pero…

Ahora la que la interrumpe es la tenista.

—Es que no comprendo por qué tengo que dar explicaciones sobre mi vida privada —explota—. Una mujer heterosexual puede hacer lo que le dé la gana, salir con quien quiera y no rendir cuentas a nadie, y nosotras, sin embargo, estamos obligadas a decirle a todo el mundo que nos gustan las mujeres si queremos ser felices. No es justo, Marta.

Leire termina la frase apretando los labios con rabia.

—No he dicho que sea justo, pero es lo que nos ha tocado vivir. Primero confundidas porque no sabemos lo que nos pasa; la sociedad está estructurada con sus malditas reglas heteronormativas y a nosotras nos toca descubrir y asumir que no encajamos en sus moldes. Después tenemos que aceptarnos, unas con más facilidad que otras, y por último explicarle a todo el puto mundo que no nos gustan las pollas.

La tenista dibuja una sonrisa triste.

—Pero es lo que hay, Leire. Es mejor enfrentarte al mundo que permitir que el mundo te haga infeliz.

—Lo sé —Leire mira hacia la piscina.

—¿Pero?

La deportista se encoge de hombros, los ojos se le han encharcado y le tiembla la barbilla. Piensa en Kate y en la paciencia que ha tenido siempre con ella, en que la pelirroja con esa nariz llena de pecas que Leire adora nunca le ha pedido ni exigido nada, aunque es muy consciente de que su paciencia tiene un límite y de que este está comenzando a agotarse.

—No lo sé, no sé si puedo.

—¿Quieres a Kate?

Leire frunce la frente y se alisa la camiseta de microfibra como si tuviera alguna arruga.

—Sí, claro que la quiero.

—¿Cuánto, Leire? Porque a lo mejor no la quieres lo suficiente y por eso no te planteas dar el paso ni siquiera por mantener lo que tienes con ella.

La tenista no puede contestar; le resulta imposible medir cuánto se puede querer a una persona, y entonces empieza a dudar y a plantearse otra posibilidad: ¿y si es verdad que no quiere a Kate lo suficiente? Pero le cuesta imaginar que eso sea cierto porque haría cualquier cosa por ella, o eso le gusta pensar, porque es evidente que la más importante no es capaz de hacerla.

—He de firmar la renovación con Costel. Serán solo cinco años más y se acabó —trata de convencerse, y Marta suelta un resoplido que parece más una pedorreta.

—¿Crees que Kate Brogan te va a esperar durante cinco putos años más, Leire? ¿En serio?

—Si me quiere tendrá que hacerlo.

—Yo quise mucho a Laura, pero te aseguro que ni de coña hubiera seguido con ella en esas condiciones. Piensa bien en lo que quieres, en tus prioridades, porque el tenis lo tienes ahora, pero dentro de cinco o seis años estarás retirada y si sigues así, te encontrarás sin el tenis y sin Kate.

—¿Crees que no lo sé?

Los ojos de Leire se inundan y su amiga levanta las manos en son de paz, se acerca y la abraza.

—Perdona, sé que soy insistente, pero eres mi amiga, mi persona favorita, y me jode que siempre estés triste. Mereces ser feliz, Leire, con Kate o con cualquier otra mujer, y solo lo serás cuando seas libre.

—Lo sé, pero todavía no puedo.

—Vale, amor. No pasa nada —Marta le acaricia la espalda—. Lo harás cuando estés lista —susurra, y le sale un suspiro de resignación mientras se aprieta más en el abrazo.

Capítulo 6

—Odio que el tiempo pase tan rápido —comenta Diane, sentada al lado de Kate, que gira la cabeza y le sonríe, encogiéndose de hombros.

Están en el avión volando hacia Londres, un trayecto largo con escala en Doha. Kate está relajada, deseando llegar para empezar a entrenar y ver a Leire, que llegó anoche al hotel donde ambas se alojarán.

La espalda no le duele en absoluto. Cuando fueron a ver al doctor Faruk, el hombre la tranquilizó tras haberle palpado la zona baja de la espalda, diciéndole que parecía una inflamación, pero que necesitaba hacerle más pruebas para asegurarse de que no había otra cosa.

—Ya me hizo una resonancia hace unos meses —Kate lo miró desconcertada—, y no salió nada preocupante.

—Un desplazamiento de vértebra, por muy leve que sea, no puede ignorarse, señorita Brogan. Quiero repetirla para ver cómo está ahora y descartar que no venga de ahí. Si el resultado no es claro, haremos unas radiografías dinámicas para asegurar. ¿Puede quedarse para que las hagamos ahora?

Kate no podía; tenía un evento en un instituto para dar una charla a los alumnos sobre deporte de élite. Son cosas que suele hacer cuando tiene tiempo, así que pactaron hacerlas antes de que la tenista tuviera que coger el avión hacia Inglaterra.

Las pruebas se las hicieron ayer. El doctor Faruk no estaba en la clínica ese día y acordaron que la llamaría hoy con los resultados, pero de lo que sí dejó orden el hombre fue de que otra facultativa le pusiera una infiltración con una dosis leve y aumentara su medicación por si tenía dolor durante el torneo.

Así que ahora está ahí, sin rastro de dolor y exultante porque está segura de que las pruebas no revelarán nada. Incluso Diane se quedó más tranquila cuando escuchó al doctor decir que en apariencia parecía algo inflamatorio.

Cuando llegan a Doha y bajan para la escala, van directas hacia la sala VIP que el equipo de la tenista ha contratado. Apenas han terminado de comer algo cuando Kate recibe un mensaje de la clínica pidiéndole que llame en cuanto pueda para hablar con el doctor.

De repente se pone nerviosa; le pasa siempre que habla con este hombre, porque una parte de ella siempre teme que le diga algo que no le guste, y después de la conversación que tuvo con Diane al poco de llegar a Australia, vive con el miedo de que eso se haga realidad.

—Voy a llamarlo ahora —decide, apretando el móvil con fuerza.

—Vamos a sentarnos —propone Diane, señalando las butacas acolchadas de cuero que hay junto a la pared.

A Kate es lo último que le apetece después de varias horas de vuelo y sabiendo que todavía le quedan otras tantas, pero obedece y se sienta junto a ella, poniendo el altavoz del móvil para que Diane pueda escuchar la conversación.

Al cabo de varios tonos, una recepcionista la pasa con el doctor, que saluda a las mujeres con su habitual amabilidad.

—Me temo que no tengo muy buenas noticias, señorita Brogan —anuncia sin anestesia, y ella se queda congelada sobre el asiento mientras siente la mano de Diane sobre su rodilla derecha—. La resonancia no mostraba nada relevante; a veces, ciertas lesiones no se aprecian bien debido a la postura tumbada, pero las radiografías dinámicas han revelado que el leve desplazamiento de la L4 y L5 que vimos la primera vez se ha agravado. Tiene espondilolistesis con progresión rápida.

Se hace un silencio incómodo en el que Diane puede escuchar la respiración entrecortada de Kate.

—¿Qué solución tiene eso, doctor? —pregunta la entrenadora, porque Kate parece paralizada.

—Ninguna buena para una tenista profesional, me temo. Puede seguir jugando, pero la cuestión es cuánto daño adicional está dispuesta a asumir, porque si la lesión sigue avanzando podría acabar con dolor lumbar crónico, compresión nerviosa permanente, debilidad en una pierna, hormigueos constantes y limitación para hacer deporte incluso de forma recreativa —explica, haciendo que Kate comience a ver borroso.

—¿No se puede operar? —interviene de nuevo Diane.

—Sí, pero ahora está en un estado inicial y no lo recomendaría. Podemos intentar controlarlo con fisioterapia, fortalecimiento del

core, ejercicios de estabilización lumbar y reducción de carga deportiva. Lo que no podemos hacer es seguir con infiltraciones y medicación; eso no va a solucionar el problema —el hombre parece tajante—. Haciendo todo esto en la fase en que está ahora, la señorita Brogan podría pasar años así sin mayor molestia que algo puntual. La cirugía sería para un caso más avanzado, donde podríamos hacer una fusión lumbar que...

—Hágala —ruge Kate, con la barbilla temblando.

—Señorita Brogan —el hombre casi susurra, hablándole como si fuera su propia hija—. La operación no salvaría su carrera, si es lo que pretende. La recuperación es larga; puede ir de seis meses hasta doce, y volver al tenis profesional de élite después de eso es muy difícil. Mi recomendación es que se retire después de esta temporada, que no siga exponiéndose a agravar una lesión que le puede traer muchos problemas. Sé que es muy complicado para alguien que está en la cima de su carrera recibir una noticia así, pero es joven, Kate, tiene toda la vida por delante y ninguna necesidad de vivirla con dolor. No lo decida ahora; tómese su tiempo para pensarlo. Mientras tanto, me pondré en contacto con su fisioterapeuta para empezar cuanto antes con los ejercicios adecuados. Llámeme si el dolor aumenta, o si necesita más información sobre su dolencia.

La llamada acaba y Kate se derrumba hacia atrás. Diane tarda un momento en reaccionar porque primero quiere limpiarse la humedad que también ha aparecido en sus ojos. Cuando habló con Kate solo pretendía prepararla por si esto llegaba, pero estaba convencida de que no pasaría, de que lo que fuera que le diagnosticaran no tendría estas consecuencias.

—Cielo —dice, girándose hacia ella.

—Ahora no, Diane —Kate apenas puede ver su sombra difusa a través del mar de lágrimas silenciosas que brotan de sus ojos.

Diane se echa hacia atrás y no dice nada más; solo estira la mano y coge la de la jugadora, que se aferra a los dedos de la entrenadora.

Durante el vuelo hasta Londres, Diane no logra hablar con ella por mucho que ha querido. Kate se ha puesto los auriculares de diadema y ha cerrado los ojos, a pesar de que no se ha dormido en ningún momento. Así ha pasado horas en las que su cabeza no ha parado de buscar soluciones para algo que no puede controlar. Al final se ha

rendido y ha decidido que no podía seguir pensando en esto hoy, así que ha sacado el teléfono y ha buscado el número de Leire.

«Aterrizo en dos horas.»

La respuesta ha llegado casi de inmediato.

«Avísame cuando estés en el hotel, me muero de ganas de verte.»

Kate ha sonreído de forma amarga, porque hay una cosa en la que no había pensado hasta este momento: su lesión no solo la retirará del tenis; si decide hacer caso al doctor y lo deja, también la alejará de Leire, porque ya no habrá razón para que ella vuele hacia todos los torneos, y hacerlo solo por verla levantaría unas sospechas que está segura de que incomodarían mucho a la española.

—Voy a perderlo todo, Diane: mi carrera y a ella.

Diane le coge la mano otra vez y aprieta la mandíbula. Entendía la relación de Kate y Leire cuando era solo una aventura para ambas. Cuando era divertido y Kate era feliz, cuando la adrenalina de colarse en su habitación por las noches la tenía eufórica durante el día; pero cuando la pelirroja comenzó a enamorarse, cambió todo para ella, porque lo que antes le parecía divertido, excitante y morboso se convirtió en algo que le generaba tristeza, ansiedad y melancolía cuando comprendió que, aunque ella estaba enamorada, para Leire seguía siendo una aventura.

—No vas a perder nada. Tu carrera seguirá ahí, brillando en todo el mundo aunque te retires. Eres una jugadora excepcional y esa maldita espalda tuya no va a cambiar eso. Cuando decidas retirarte, lo harás como la gran profesional que todos van a recordar, pero no lo hagas tarde, cielo; no dejes que esto aumente hasta que lo arrastres el resto de tu vida. En cuanto a Leire, cuéntaselo y deja que decida qué hacer.

—¿Y si no quiere verme más?

Diane quiere gritar de rabia.

—Si no quiere, es que es completamente estúpida, Kate, y mereces algo mucho mejor que lo que ella te ofrece. Sé que duele, pero lo superarás y conocerás a una persona que sepa valorarte y esté orgullosa de tenerte a su lado.

Capítulo 7

—Hola…

La sonrisa de Kate es lo primero que recibe Leire cuando abre la puerta. Lo segundo, el abrazo de la pelirroja cuando la cierra, y lo tercero: el beso con el que Kate se traga el gemido que ella ha sido incapaz de controlar cuando sus labios se han rozado.

Apenas ha tenido tiempo de verla porque ahora sus bocas están juntas y las manos de la australiana están colándose por debajo de su camiseta, pero le ha parecido ver un destello diferente en la mirada de la pelirroja, un tono más oscuro en su iris verde como la hierba recién cortada.

—Eh, espera un segundo —jadea Leire, soportando el burbujeo que tiene en el vientre—. Deja que te vea primero, nena.

Leire le pone las manos en la cara y las arrastra hacia atrás, llevándose con los dedos los mechones rojizos de Kate para despejarle el rostro.

—Vas a ver lo mismo de siempre —murmura, agarrada a su cintura mientras Leire le sonríe.

—Tal vez, pero sabes que me gusta mucho mirarte —susurra contra sus labios, y le da un beso rápido antes de seguir contemplándola.

La española le pasa el pulgar por la cicatriz de la ceja y después desliza el dedo índice hacia abajo, pasando de su mejilla izquierda hacia la derecha sin perder esa sonrisa de hoyuelos marcados que tiene conquistada a Kate.

—Me encanta tu cicatriz, y algún día contaré todas estas pecas —asegura sin pensar, mirando a la mujer que tiene delante como si fuera lo único que existe para ella.

—Para eso haría falta mucho tiempo, y nunca lo tenemos —señala Kate.

La sonrisa de Leire se desvanece y sus párpados caen hacia abajo, bajando la mirada justo antes de sentir la mano de la australiana en su barbilla para que vuelva a levantarla.

—Perdona —susurra Kate—, no quería decir eso.

—Sí querías, y no importa porque tienes razón, no lo tenemos.

Kate traga saliva. Lo último que necesita hoy es una discusión con esta mujer. No cree que pueda soportarlo; serían demasiadas emociones que gestionar sumadas al cansancio acumulado por un viaje tan largo. Llegó al hotel hace una hora, deshizo la maleta, se dio una ducha larga y reconfortante, y ahora está aquí, y no quiere que nada estropee lo que ella necesita que sea perfecto si no quiere colapsar.

—No hablemos de eso hoy, por favor —suplica en voz baja—. Necesito que me sonrías y que sigas gimiendo en mi boca.

La risa exhalada de Leire cuando la mira le provoca un escalofrío que le recorre todo el cuerpo y hace que se pegue a sus labios de nuevo.

—Espera —Leire la aparta, divertida—, necesito mirarte un poco más.

Vuelve a colocar las manos en sus mejillas y se fija en sus ojos, en la intensidad con la que la mira y en ese rastro de algo diferente que Leire es incapaz de identificar. Sabe que le pasa algo; ni siquiera puede explicar en qué lo nota, pero le aterroriza preguntar y en parte siente que no tiene derecho a exigir nada que esta mujer no quiera darle por voluntad propia. Leire no se puede quitar de la cabeza la conversación que tuvo con su amiga Marta, y se siente incómoda consigo misma por permitir que Kate la mire con todo ese amor que sabe que siente por ella y no ser capaz de darle al menos la mitad de lo que merece.

Ha pensado mucho estos días y decidió que le hablaría de Costel y de la renovación, que lo mínimo que podía hacer era decirle a la cara que esa marca, que en el siglo veintiuno exige firmar una cláusula de imagen que, aunque no lo especifica de forma explícita, ambas saben que una relación con una mujer sería un claro ejemplo de mala imagen porque en Costel son muy conservadores y jamás han apoyado al colectivo ni han mostrado empatía hacia él, quiere renovar el contrato por cinco años y que ha decidido aceptar.

—¿Has terminado ya de mirarme? —Kate le sonríe y la devuelve al presente sin saberlo.

—No creo que me canse nunca —susurra ella con sinceridad, atrapando su labio inferior mientras la hace girar y la empuja sobre la cama.

Kate se deja caer y se sienta, y Leire se queda de pie frente a ella, quitándose la camiseta y después los pantalones.

—¿Qué tal el viaje? —pregunta juguetona mientras lleva las manos a su espalda para buscar el cierre del sujetador.

—No tan interesante como esto, eso seguro —murmura la pelirroja, con los ojos fijos en ese cuerpo que ella ha recorrido entero con las manos y la lengua en tantas ocasiones que sería imposible contarlas.

—¿Esto también? —Leire tira de la goma de sus bragas hacia fuera mientras pregunta, dando un paso hacia ella.

—Eso es lo más importante; es algo que me estorbará bastante para la tarea que tengo que llevar a cabo.

Leire se ríe, pero la risa acaba en un jadeo entrecortado porque cuando Kate la mira con ese deseo, a ella se le deshace el cuerpo y nota algo parecido a una turbulencia entre las piernas.

—En ese caso, quítamelas tú —sisea, acercándose hasta colocarse entre las piernas de Kate cuando la jugadora las separa.

La pelirroja le pone las manos en la cintura y la sujeta con fuerza mientras besa primero su abdomen, provocando un escalofrío que eriza toda la piel de Leire. Después pasa la punta de los índices alrededor de la goma, despacio y mirando hacia arriba, buscando la mirada ansiosa de su amante.

—No me tortures mucho, por favor —suplica Leire, que tiene los pezones tan duros por la excitación que empiezan a dolerle.

—Solo un poco más.

Kate la hace girar y, cuando la tiene de espaldas, le baja las bragas muy despacio y reparte besos y mordiscos en sus nalgas que provocan una humedad abundante entre las piernas de la española. Después, ejerciendo una ligera presión con las manos, la voltea de nuevo y deja los ojos clavados en su sexo mientras se humedece los labios. La española siente un tirón de excitación que explota directamente en su clítoris y la obliga a cerrar las piernas y hacer fuerza con las nalgas para detener ese estallido de deseo que la tiene ardiendo.

—No cierres las piernas, ábrelas para que te vea —el sonido de la voz ronca de Kate la hace tragar saliva.

Leire está tan excitada ahora mismo que sabe que podría correrse si su chica sigue alargando esto. Separa los pies un poco y la pelirroja ladea la cabeza con desaprobación.

—No es suficiente —protesta, y Leire tiene que juntar las piernas de nuevo, sofocar el jadeo que la atraviesa y volver a separarlas, esta vez lo suficiente como para que su amante vea toda la humedad que ha manchado la cara interna de sus muslos.

La australiana le pone las manos en las caderas y acerca su boca, depositando un beso en su pubis antes de inhalar profundamente.

—Eres una maldita droga —murmura, y Leire comienza a temblar —, y hoy necesito una buena dosis.

Kate se aparta y deja caer la espalda sobre el colchón, manteniendo los pies en el suelo mientras espera. Leire sabe lo que quiere y ella lo desea tanto que casi tropieza con sus propios pies cuando se arrodilla en la cama, dejando el cuerpo de Kate entre sus piernas mientras se arrastra y se coloca justo encima de su cabeza.

—Espera un segundo, quédate justo así —pide Kate, contemplando todo el esplendor de su sexo empapado y caliente con una sonrisa lobuna que hace que Leire sufra dos espasmos seguidos.

—Kate, por favor… —suplica la española, tan necesitada que la voz le sale como un chillido agudo.

Kate sonríe y Leire ve desde arriba cómo se humedece los labios con la lengua, y decide que no puede seguir esperando, por lo que baja de golpe y restriega toda su necesidad por su boca.

—Sí, joder —susurra temblorosa cuando la lengua de Kate sale decidida de su boca y se mueve con esa rapidez que sabe que ella necesita ahora mismo.

—Méteme los dedos —exige mientras intenta mantenerse erguida.

—Todavía no —responde Kate, que ahora rodea su clítoris con los labios y lo tortura con la lengua mientras le aprieta el trasero con las manos.

Quiere seguir bebiendo de ella, empapándose con ese líquido caliente que desde el primer día que lo probó le pareció un elixir al que sabía que se volvería adicta.

—No puedo más, Kate —la voz de Leire sale tan contenida que la pelirroja tiene claro que es cuestión de segundos que se deje ir, así que decide complacerla, le mete tres dedos hasta el fondo y acaricia de forma superficial su clítoris con la lengua. Eso sabe que la destroza, y el gemido rasgado que sale de la garganta de Leire lo confirma.

La tenista pellizca sus propios muslos mientras la corriente del orgasmo se desliza por todo su cuerpo con un montón de

ramificaciones que salen de su centro y terminan hormigueando en su cabeza y doblando los dedos de sus pies.

—Acabarás conmigo —dice en medio de una risa nerviosa cuando se deja caer hacia un lado.

Kate se mueve por el colchón, quitándose las zapatillas con los pies para tumbarse junto a ella mientras se desabrocha el pantalón y se lo quita. Leire la observa desnudarse y no puede contenerse cuando los pechos pequeños y pecosos de Kate quedan libres por completo. Se mete un pezón en la boca y se mueve con ella cuando la australiana se quita las bragas.

—Quiero verte la cara mientras te corres —decide Leire, saliendo de la cama y ofreciendo una mano a Kate para que la acompañe.

La lleva hasta un sofá en el que se imaginó sentada con Kate encima en cuanto entró en la habitación. Se deja caer justo en el centro y Kate se sube a horcajadas sobre ella.

—¿Estarás cómoda? ¿Cómo está tu espalda? —pregunta Leire antes de hacer nada.

El mismo destello oscuro que tenía cuando ha llegado vuelve a aparecer en la mirada de su amante, pero es algo tan fugaz que Leire decide que no insistirá.

—Perfectamente —responde Kate.

Ella también se siente incómoda con esto. Sabe que tiene que hablar con ella, que Diane tiene razón y si decide retirarse, Leire tiene que saberlo, pero técnicamente no ha mentido ahora. Con la infiltración, no siente ningún tipo de molestia, y quizá le sería más fácil asimilar lo que le pasa si le siguiera doliendo.

—Entonces muévete para mí, por favor —suplica Leire con un susurro ronco, metiendo la mano entre las piernas de la pelirroja, encontrándola tan mojada como está ella misma.

Kate levanta un poco la cadera, coloca las manos en los hombros de Leire y su abdomen tiembla al mismo tiempo que ella exhala cuando Leire empieza a penetrarla.

—¿Bien? —pregunta la española, humedeciéndose los labios.

Kate responde con una especie de gruñido de asentimiento, pero sus ojos se han cerrado con fuerza un momento y Leire sabe que a veces —como esta— le duele y que necesita unos segundos de adaptación sin hacer nada.

—¿Te he dicho alguna vez lo bonita que eres cuando se te encienden las mejillas? —pregunta Leire.

Kate la mira y asiente. Le encantaría sonreírle ahora mismo porque le gusta que le diga esas cosas cuando se siente tan vulnerable, pero esta vez le afecta de otra manera: le provoca un repiqueteo en el pecho que se convierte en un nudo de ansiedad que tarda unos segundos en desaparecer. Kate sabe que es sincera cuando lo dice, pero se da cuenta de que, sobre todo ahora, necesita mucho más que sus palabras y sus promesas de que la quiere. A estas alturas, necesita que Leire se atreva a repetir fuera de esta habitación todo lo que dice dentro de ella, pero no va a ser hoy cuando se lo diga; hoy necesita sus atenciones, que Leire la quiera de verdad.

Se empieza a mover, despacio, y ve cómo las pupilas de la española se agrandan porque a Leire le encanta verla así, subida sobre sus piernas, con sus dedos dentro mientras ella se balancea buscando lo que necesita.

—Eres tan sensual —canturrea hipnotizada por los movimientos de la pelirroja.

Leire solo necesita un poco de presión entre las piernas y sabe que se correría incluso antes que Kate. Siempre piensa que lo hará, que se tocará cuando la tiene encima, se adaptará a su ritmo y se correrá con ella porque no hay nada que le guste más que retorcerse cuando escucha los gemidos de su amante, pero nunca lo hace, porque Kate la hipnotiza de tal modo mientras se mueve así sobre ella que los músculos de su cuerpo se ponen rígidos y no es capaz de moverse.

—Estás a punto —murmura, inclinándose un poco hacia delante para poner una mano en la espalda baja de Kate y asegurarse de que no se va hacia atrás como le pasó una vez tras el orgasmo, donde casi acabó en el suelo con el cuerpo entero temblando tras la violencia del clímax.

La respuesta de Kate es otro gruñido de afirmación que Leire siente como una lamida sobre el clítoris.

—Córrete, nena, sabes que adoro verte —susurra mirándola, y puede ver el momento en el que los ojos de Kate se quedan casi blancos antes de que los cierre un instante y los vuelva a abrir para clavarlos en ella mientras se corre.

Cuando terminan se quedan ahí, con Kate a horcajadas sobre ella, abrazada a su cuerpo mientras Leire le acaricia la espalda con las dos manos y el cansancio empieza a hacer mella en la pelirroja.

—Vamos a la cama —susurra Leire, y Kate abre los ojos despacio y niega con la cabeza.

—Solo un poco más —suplica en voz baja porque no quiere moverse, no quiere que este momento acabe porque sabe que cuando se vayan a la cama y se duerman, lo siguiente que pasará es que ella tendrá que levantarse de madrugada para volver a su habitación antes de que empiece a haber gente por los pasillos.

—Claro —Leire le besa un hombro y la abraza con tanta fuerza que Kate exhala un jadeo y los ojos se le humedecen, porque en la fuerza de esos abrazos repentinos es donde suele sentir ese amor que la española siente por ella.

Capítulo 8

A Leire le suena el despertador a las seis y cuarto y de inmediato se gira para apagarlo. No se ha sobresaltado al escucharlo ni tiene sueño, porque lleva más de una hora en la cama dando vueltas de un lado a otro sin conseguir conciliar el sueño.

Kate se ha marchado hace un rato —como siempre— pero Leire estaba despierta mucho antes de que la alarma de la australiana sonara con ese tono maldito que ambas odian porque es la señal de que su tiempo juntas se acaba, el recordatorio de que es una cobarde para Leire y la confirmación para Kate de que no es suficiente para la española.

Kate ha apagado la alarma como hace siempre, tan rápido que Leire está segura de que ella también estaba despierta, y ahora se siente todavía más miserable por haber permitido que la pelirroja se levantara esforzándose por no hacer ruido, usando la poca iluminación de la pantalla de su móvil para vestirse y no despertar a una amante que se estaba haciendo la dormida para no tener que enfrentarse a ese momento devastador que ocurre todas las noches que duermen juntas.

Normalmente no suele despertarse cuando Kate se marcha, el sexo la deja agotada y relajada y suele dormir profundamente a pesar de su mala conciencia, pero una de las veces estaba despierta y estiró el brazo para tocar la cintura de la australiana, que estaba sentada al borde intentando desperezarse.

—Lo siento, no quería despertarte —murmuró Kate, pero no se movió cuando Leire se incorporó y se arrastró por la cama hasta sentarse detrás de ella.

La luz estaba apagada y la que entraba por la ventana de esa noche cerrada solo le permitía ver la silueta de la pelirroja, desnuda, quieta, con las manos entre las rodillas y la cabeza baja.

Leire le apartó el pelo y le besó la nuca con cariño, y Kate siguió sin moverse, pero notó cómo se tensaba cuando la abrazó por detrás y escuchó el jadeo entrecortado que le salió por los labios. No era un

sonido de deseo, era de tristeza absoluta, el de una mujer de veintinueve años que se tenía que levantar a horas indecentes para huir de la habitación de su amante porque esta no podía soportar la idea de que las vincularan.

—¿Estás bien? —susurró Leire sin soltarla, y la voz le salió entrecortada porque tenía un nudo en la garganta.

Sabía que esa pregunta no era la que Kate necesitaba escuchar, lo que quería era que ella le dijera que también la quería y que iba a hacer lo necesario para que no tuviera que marcharse de su lado ni una sola noche más, pero Leire todavía no estaba lista para decirle eso porque solo de pensar en exponerse de ese modo, la hacía sentir mareada de miedo.

Salir del armario ya era algo que centraría la atención de los periodistas sobre ella durante semanas, pero si encima lo hacía de la mano de Kate Brogan el acoso iba a ser interminable, por lo que era más fácil excusarse en la cláusula de Costel que admitir hasta qué punto le daba pánico dar ese paso.

—Sí —contestó Kate en voz muy baja—. Vuelve a la cama —pidió y se levantó, soltándose de los brazos de Leire mientras buscaba su ropa y se preparaba para irse.

—La próxima vez iré yo a tu habitación —aseguró Leire, que todavía estaba de rodillas en la cama frente al hueco vacío que había dejado la tenista.

La pelirroja se giró mientras se subía la cremallera de la sudadera.

—Prefiero hacerlo yo si no te importa.

—Me sabe mal que tengas que salir así, nena…

La sonrisa que Kate exhaló sonó tan amarga que a Leire se le encogió el corazón.

—Puedo soportar esto, levantarme y huir de tu habitación me da algo de control sobre lo que sea que tenemos —la voz de Kate era plana y helada, algo poco típico en ella—, si lo hacemos al revés, si soy yo la que se despierta para ver que ya no estás, será como si todo esto todavía importara menos de lo que al parecer importa. Dejémoslo así. Cuídate, ¿vale? Nos vemos la semana que viene.

Kate salió de la habitación sin esperar respuesta y Leire siguió de rodillas hasta que le dolieron las articulaciones por la posición. No podía sacarse de la cabeza las palabras de la pelirroja y tenía la garganta tan apretada por las ganas de llorar que se le habían tensado los músculos. Hasta ese momento no fue realmente

consciente de lo humillante que era para Kate el hecho de tener que huir cada noche que pasaban juntas como si querer a una persona estuviera prohibido para ella. Desde entonces se ha despertado muchas veces cuando suena la alarma de Kate, pero nunca se mueve, se hace la dormida y espera con la respiración contenida a que se marche, convirtiendo noches perfectas en momentos amargos.

Y ahora está ahí, con la palma estirada sobre el lado de Kate que se ha enfriado hace rato, odiándose a sí misma.

Llevan casi toda la semana así desde que la australiana llegó a Londres. Entrenando y jugando por el día para follar y huir por la noche. Cada vez que quedan se dice que le contará lo de Costel, que tendrá el valor de decirle que ha firmado un preacuerdo con esa marca que tiene una cláusula que va en contra de todo lo que es ella, pero nunca encuentra el momento porque cuando Kate entra en su habitación, Leire siempre percibe ese destello extraño en su mirada, unos segundos en los que la mira y parece a punto de decir algo que se termina callando, y ella hace lo mismo.

Se levanta, se ducha y se hace un café en la habitación mientras comprueba su móvil. Tiene un mensaje de Salva con el horario del entrenamiento y otro de Isaac para recordarle la entrevista que tiene a las dos. Ninguno de Kate, a la que ya se imagina sentada con Diane para repasar a su oponente en el siguiente partido del torneo. Abre su conversación y piensa en escribirle, en decir algo que rebaje esta tensión extraña que hay entre ellas estos días, algo que logre que sus encuentros por las noches no solo sean los de dos mujeres que se ven para follar y dormir. Quiere hablar con ella, tener conversaciones de esas que tienen a veces donde se cuentan cosas absurdas, se ríen y se olvidan de quiénes son, pero tiene claro que están en un punto en el que solo hay una cosa que puede decir para lograrlo, y todavía no ha encontrado el valor para hacerlo.

Leire sale al césped a las diez para enfrentarse a una jugadora eslovaca de veintitrés años que lleva dos temporadas en el top cuarenta. Tiene un saque plano bastante bueno, pero que gracias a los vídeos, Leire sabe que sobre la hierba comete demasiados errores si la presionas por la diagonal. Juega un buen partido que gana con esfuerzo en setenta y dos minutos sin ceder un solo saque, porque lo suyo es la tierra batida como en Roland Garros, ahí es donde ella destaca, al igual que Kate lo hace en pista dura, pero la hierba es algo

en lo que ambas simplemente sobreviven haciendo lo que mejor saben.

Lo primero que hace es mirar hacia la grada, hacia el palco donde sabe que están las jugadoras para buscar esa coleta rojiza que la hechiza y la hace seguir su estela como un faro. Se le encoge el estómago cuando encuentra los ojos verdes de Kate sobre ella. Su primer impulso siempre es el mismo, sonreírle, levantar la raqueta y señalarla para decirle que su victoria es solo para ella, que ella es la única persona con la que le apetece celebrarlo, pero siempre reprime ese impulso y sonríe mirando a la grada y nada más. Después se gira hacia otra zona donde su padre, que llegó al inicio del torneo, la mira con expresión satisfecha y un atisbo de sonrisa orgullosa.

Leire se va hacia el vestuario para ducharse de forma rápida y dirigirse hacia la zona donde están los medios, responder algunas preguntas y volver al hotel para descansar un poco antes de la entrevista de las dos.

Empuja la puerta y el pecho le estalla con un aleteo de mil mariposas cuando la ve ahí. Kate está apoyada contra su taquilla, con los brazos cruzados sobre el pecho y sus labios más curvados hacia la izquierda, marcando esa línea que siempre desestabiliza a la española.

—Tercera ronda superada, enhorabuena —felicita Kate cuando ella cierra la puerta.

Leire todavía tiene las pulsaciones disparadas mientras se acerca. Están solas y acaba de ganar otro partido, se siente exultante y que Kate esté ahí, mirándola con ese brillo que no le había visto en toda la semana —como si la tensión hubiera desaparecido— hace que se olvide de todo por un momento y se lance a por su boca.

—Me encanta encontrarte aquí cuando gano —susurra contra la risa de Kate—, tú eres el verdadero trofeo.

Le pone las manos en el cuello y profundiza el beso, tragándose el jadeo ansioso de la pelirroja y soportando el calor que sus manos le provocan en la espalda.

—Has jugado muy bien, te la has comido con los saques —asegura Kate cuando Leire al fin se separa, sin poder evitar mirar hacia la puerta con nerviosismo.

—Tú hiciste lo mismo ayer. Estoy deseando enfrentarme a ti en la final.

—Pareces muy convencida de que las dos llegaremos —la mirada de Kate ha perdido el brillo y Leire está a punto de preguntar si ha pasado algo, pero la pelirroja, que parece intuirlo y no quiere escuchar la pregunta, da un paso hacia ella y vuelve a besarla.

—Te dejo para que te duches, nos vemos por la noche.

Kate abandona el vestuario como si estuviera huyendo, porque si se queda y Leire le pregunta, sabe que se va a bloquear. Ayer notó molestias en la espalda de nuevo mientras jugaba el partido que ganó por poco. Tuvo una sesión de fisio intensa por la tarde y una charla por teléfono con el doctor Faruk donde el hombre le cambió la dosis de la medicación y después le preguntó si había tomado alguna decisión.

La australiana miró a Diane de reojo. La mujer estaba sentada a su lado, con la mano en la rodilla de Kate para mostrarle su apoyo y los ojos fijos en ella con su expresión amable y comprensiva, sin presionarla.

La pelirroja dijo que no, que todavía lo estaba pensando, pero cuando colgó la llamada, se dio cuenta de que había mentido porque en realidad sí que sabe lo que hará, solo que no puede decirlo en voz alta porque una parte de ella cuyas motivaciones no logra entender no le permite hacerlo hasta hablarlo primero con la persona que más le importa.

Leire sale del vestuario veinte minutos después, con el pelo suelto y un chándal de Costel que odia con toda su alma. Se dirige a la zona de prensa y, antes de entrar, se concentra en despejar todos sus pensamientos intrusivos y atraviesa la puerta con una sonrisa encantadora.

Son diez minutos los que tiene que pasar ahí y ya lleva más de ocho respondiendo preguntas sobre el partido. Está a punto de levantarse cuando una voz desde el lateral la hace girarse.

—Leire, una última cosa.

Es una mujer de mediana edad con la melena rizada y las gafas sobre la cabeza. Leire la reconoce de haberla visto otras veces, pero no recuerda el nombre.

—Candela Valle, El Continental —se presenta, y Leire asiente y le dedica una sonrisa amable porque, aunque no tiene trato con ella y los periodistas en general no le gustan a pesar de formar parte del negocio que la ha hecho millonaria, esta mujer tiene algo limpio en la

mirada que hace que le caiga bien—. ¿Cómo llevas el cambio de superficie?

Leire hace un movimiento cómico con la cabeza que arranca las risas de la sala.

—Que prefiero la tierra batida no es ningún secreto, pero la hierba suele darle una emoción diferente a los partidos, siempre es un reto mayor para mí, y los retos me encantan.

Hay más risas en la sala.

—¿Crees que Brogan puede llegar a la final después de lo que le pasó en Roland Garros? —pregunta Candela, mencionando a Kate para recordarle que todos están pendientes de su rivalidad.

Nota que el pulso le late fuerte en el cuello y se pasa la mano como si temiera que todos vieran las reacciones que el nombre de la pelirroja producen en ella.

—Aquello fue puntual, yo la he visto perfectamente aquí, y espero poder enfrentarme a ella en la final.

Los murmullos recorren la sala y se da cuenta de que ha vuelto a alimentar ese rumor absurdo sobre su rivalidad.

—Gracias, Leire. Mucha suerte en el torneo —dice la periodista, y la jugadora al fin se levanta y puede abandonar la sala.

Atraviesa el pasillo y se encuentra con su padre esperándola en la entrada. Decide que ya descansará más tarde, que comerá con él antes de la entrevista porque no le gusta que él esté aquí por ella y tenga que pasar el día solo, aunque también sabe lo bien que se lleva con Isaac y que, probablemente, mientras ella descansa, ellos estarán en algún bar bebiendo cerveza y tomando decisiones por ella.

—Hola, papá —dice, y él le pone la mano en la espalda de manera protectora.

Es otra de sus maneras de decirle que está orgulloso sin tener que usar las palabras como a ella le gustaría. Camina con él hacia el coche que los llevará a algún restaurante exclusivo que Isaac reservará en unos minutos, y mientras van de camino, recibe un mensaje de su amiga Marta.

«Mi jugadora favorita ha vuelto a ganar»

Leire sonríe al leerlo y su padre la mira de reojo mientras se pregunta si sonríe así por la jugadora australiana.

«Enhorabuena, de aquí a la final está chupado»

La jugadora vuelve a sonreír, pero se le borra con el último mensaje.

«¿Cómo va todo con Brogan?»

La española contesta a los dos primeros mensajes con facilidad; en el último duda, sin tener claro qué poner, hasta que al final escribe lo que siente.

«No lo sé».

Capítulo 9

Hay periodistas que cuando tienen una historia buena simplemente la publican porque ese es su trabajo, y hay otros que saben que la tienen y, aun así, deciden no hacerlo.

Candela Valle se encuentra en el segundo grupo desde hace un par de años y todavía intenta comprender si eso la hace mejor o peor en su trabajo. Lo que sí sabe es que hoy hace un calor relativamente extraño teniendo en cuenta que están en Londres y que en la pista número tres acaba de terminar un partido que no le interesa lo más mínimo, aunque ha tomado notas con el mismo interés profesional que lo hace en otros.

La periodista sabe que en cualquier deporte o profesión, se cubre el evento en sí porque es lo que quieren muchos espectadores, pero también se cubre lo que no tiene nada que ver con el torneo y se centra más en las jugadoras porque todos saben que en algún momento alguna baja la guardia y acaban consiguiendo material mucho más interesante que el hecho de que hayan ganado.

Es un hecho. Cualquier profesional del deporte siempre baja la guardia en algún momento, una rabieta, un gesto que no procede y acaba en todas las portadas, una expresión mal ejecutada que se convierte en algo con lo que criticarla. Todas lo hacen, es lo que tiene un deporte que produce tanto estrés, todas menos Leire Cobos. Esa mujer lleva años siendo la excepción, siempre atenta, cortés, amable, simpática y con las palabras bien elegidas cuando responde.

No es como Kate Brogan, más impetuosa, divertida y algo deslenguada, cosa que todo el mundo le perdona porque la chica cae bien sin esforzarse. Kate era así hasta que comenzó a apagarse, hasta que la contención y el miedo por hacer y decir algo que no debía la han vuelto más seria y menos accesible para los periodistas, y Candela cree saber por qué.

Lo supo hace más de dos años cuando la casualidad la hizo pasar la noche en el mismo hotel —y la misma planta— donde estaban alojadas las dos tenistas. Ella llegó allí con un ejecutivo que no tenía

nada que ver con el tenis, que estaba en la ciudad para una conferencia y al que conoció en el bar por la noche. Subió a su habitación con él —una noche de las más interesantes y satisfactorias de sexo casual que Candela recuerda— pero el premio gordo vino cuando salió a hurtadillas alrededor de las cinco de la madrugada porque no quería tener la conversación incómoda de la mañana siguiente.

Se detuvo en el pasillo con suelo de moqueta, con los zapatos de tacón en una mano y el móvil en la otra. Se quedó quieta varios segundos junto a una enorme planta de las que decoraban el hotel mientras leía un mensaje de su hermana, y entonces escuchó una puerta abrirse al otro lado del pasillo. Al principio no prestó atención, pero una risa floja y el chasquido de unos besos llamaron su atención. La luz a esas horas era muy tenue, bombillas de tonos cálidos y poca potencia a mucha distancia una de otra, lo que dejaba la zona con la iluminación justa para llegar al rellano de los ascensores sin tropezar, pero no era lo suficientemente baja como para que, al enfocar mejor, reconociera a Kate Brogan, y un segundo después: a Leire Cobos, que la atrapó bajo el quicio de la puerta para devorarle la boca antes de dejarla ir.

Candela, que ya tenía el móvil en la mano y el refugio perfecto tras la enorme planta para no ser vista, activó la cámara e hizo varias fotos mientras sentía que el corazón se le salía por la boca.

Sabía que las fotos tendrían una calidad nefasta, eso si salvaba alguna, pero tenía la confirmación visual de que Leire Cobos y Kate Brogan tenían un lío. Lo que no tenía manera de saber es que esa era una de las primeras veces que las tenistas estaban juntas, que se encontraban en ese momento de despreocupación y euforia donde solo se veían para follar como posesas. No había sentimientos de por medio, no había ningún vínculo emocional que las uniera y disfrutaban tanto esos encuentros que Leire se atrevía a besarla tras echar un vistazo rápido al pasillo que, con sus pupilas dilatadas de deseo, no era muy fiable.

Esperó a que Kate entrara a su habitación tras despedirse de Leire y después corrió al ascensor y bajó al lobby, donde se sentó con prisas en los sillones de cuero de la entrada para revisar las imágenes. Como sospechaba, eran inservibles; solo había una donde se veía de forma más clara a las dos mujeres, pero a la única que se reconocía en la imagen era a Leire. Brogan estaba de espaldas a la

cámara y salió tan oscura que era imposible demostrar el color rojizo de su melena, pero lo que sí era innegable y no dejaba lugar a dudas era que Leire Cobos besaba a una mujer.

Eufórica por lo que había descubierto y a la vez demasiado relajada por el buen sexo que había tenido, Candela se dejó llevar por un arrebato de inmediatez y le escribió a su editor para decirle que había pillado a las dos tenistas en actitud cariñosa, pero que lo único que tenía era una imagen borrosa en la que solo se identificaba a Leire Cobos. Era muy temprano para esperar respuesta, así que se fue a su hotel, se dio una ducha y se durmió. Al despertar, tenía tres llamadas de su jefe y un mensaje que decía que escribiera el artículo y publicara la historia.

«Da igual que no se reconozca a Brogan, la noticia será que Cobos es lesbiana».

Candela se quedó quieta, sentada en su cama con el ceño fruncido y una sensación incómoda instalada en el estómago que la llevó a recordar un día que guardó en su memoria como uno de los más amargos de su vida.

Fue el día que su hermana Inés, durante una comida familiar, anunció que era lesbiana. No fue saber su sexualidad lo que atravesó el corazón de Candela y lo partió por la mitad, sino descubrir —mientras su hermana hablaba con la congoja atravesada en la garganta— que Inés lo sabía desde hacía once años y que no había sido hasta ahora, que ya tenía treinta y tres años, cuando se atrevió a contarlo. Once años de Navidades con novias que no llevaba a su casa por miedo y de excusas cada vez más elaboradas cuando le preguntaban si había alguien.

Cuando al final lo soltó, con la voz plana y la mirada acuosa como si fuera una delincuente que había cometido un delito atroz, Candela comprendió que algo habían tenido que hacer muy mal en su casa para que su hermana no se hubiera atrevido a sentirse libre antes.

Ese día le quitó el sueño durante meses porque no dejaba de ponerse en el lugar de Inés y le parecía muy injusto que hubiera tenido que vivir atrapada en una mentira durante años porque no se sentía segura para expresar algo que no debería tener que admitir delante de nadie.

El recuerdo de aquel día es el que ha mantenido la foto de las dos tenistas en su móvil a buen recaudo. Le dijo a su editor que la había borrado sin querer, y desde entonces él no deja de encargarle que las

vigile y que pinche con preguntas a ver si alguna mete la pata y se delata.

Ella le suele decir que cree que eso no pasará, que fue un encuentro casual que está segura de que no se repetirá, pero Candela sabe que no es así. Su trabajo sí lo hizo y son varias las veces que se ha colado en los hoteles de las deportistas, ha vigilado y ha visto salir a Brogan de la habitación de Cobos al menos en siete ocasiones en todo este tiempo. Sabe que están juntas de alguna manera, que una relación de solo sexo no puede provocar esa tensión en Leire cada vez que alguien le nombra a Kate, ni ese ligero temblor en la mandíbula de la pelirroja que disimula con una sonrisa brillante y un comentario divertido cuando le preguntan por su rivalidad con la española.

Decidió que no iba a ser ella quien expusiera a Cobos de ese modo, que esa no era la noticia que ella quería dar, que no quería ser responsable de destrozar públicamente a una mujer solo para ganarse un extra.

Por eso ahora está sentada al lado de Sergio, su cámara, pasmada ante la pantalla de su móvil mientras él se levanta.

—¿Vamos a la sala de prensa? —pregunta su compañero—. McKay ya debe estar a punto de empezar.

—Ve, yo voy enseguida —murmura sin levantar la vista de la imagen que tiene delante.

Le ha llegado a través de un número desconocido una fotografía nítida donde se ve perfectamente a las dos tenistas en el vestuario. Es de antes de ayer, cuando Leire pasó la tercera ronda, y lo sabe por la ropa de la tenista y por la que llevaba Brogan esa mañana: un pantalón corto oscuro y una sudadera blanca que destacaba bajo el tono rojizo de su coleta. Se las reconoce sin problema, ambas de lado a la cámara, con la mano de Brogan en el cuello de Leire y los labios contra su boca mientras la española tiene una mano en su cintura y la otra en el centro de su pecho.

Candela suspira y mira el número. No lo conoce, pero sabe perfectamente que cuando el material llega así, sin pedir nada a cambio, es porque a alguien del entorno de una de las dos tenistas le interesa que la fotografía salga a la luz. Podría pensar que es cualquiera de ellas, pero dado que Leire siempre ha afirmado su interés por los hombres y que además está patrocinada por una marca muy conservadora, la tiene descartada por completo. De Kate

no puede decir lo mismo: la tenista es abiertamente lesbiana, candidata perfecta para ser la autora del mensaje si no fuera por lo rota que parece últimamente. Candela no es adivina, pero algo le dice que no es ella, que si esta imagen sale a la luz lo más probable es que el escándalo acabe con la relación, y no cree que la pelirroja busque eso.

Se levanta y se guarda el teléfono en el bolso mientras baja de las gradas, preguntándose qué hacer. Si ella no usa la imagen, sabe que tarde o temprano esta persona buscará a otro periodista con menos principios. Resopla frustrada y entra a la sala de prensa, decidiendo que ella no hará nada y preguntándose si debería hablar con las tenistas para avisarles de lo que se les puede venir encima.

Capítulo 10

—Cielo santo, cariño, ¿qué haces ahí?

La voz de Diane le llega a Kate como si estuviera muy lejos. La tenista parpadea y necesita unos segundos para entender lo que sucede. Está en su habitación del hotel, tumbada en el suelo al lado de la cama con los brazos extendidos a los lados, y al parecer se estaba quedando dormida.

La pesadillas ha empezado alrededor de las cuatro de la madrugada: estaba tumbada de lado, apoyada en el cuerpo de Leire, que estaba bocarriba con la cabeza girada hacia ella y una mano enterrada bajo su pierna.

Al principio pensaba que era por la posición, que el dolor que notaba en la cadera se solucionaría al ponerse recta, pero al hacerlo le atravesó toda la espalda, desde el sacro hasta la escápula. Se movió despacio y se sentó en la cama, con las manos apoyadas en el colchón mientras cerraba los ojos y esperaba a que la intensidad disminuyera.

Leire se movió y, ante el miedo irracional de que la descubriera así, Kate cogió su ropa, se vistió como pudo y salió de la habitación para volver a la suya. Para cuando entró, el dolor se había desplazado y le estaba atravesando la parte trasera de la pierna, cortándole la respiración. Se dio una ducha con agua muy caliente y se tomó uno de los analgésicos que el doctor Faruk le recetó para momentos como ese, y después se tumbó en el suelo buscando que el frío de la madera le aliviara el dolor.

Se quedó mirando al techo, con los ojos empañados en lágrimas que eran mitad dolor y mitad rabia por no poder detener lo que pasaba. Empezó a pensar en Leire, en que debería haberla despertado y pedirle que le aplicara la crema, o simplemente que la hubiera consolado porque siente que se está derrumbando poco a poco, pero en ese momento no pensó en otra cosa que en salir corriendo —que es lo que hace siempre— y después se quedó ahí, dejando que la pastilla hiciera su efecto mientras tomaba la decisión

de hablar con la española, aunque todavía no tenga claro lo que va a decirle exactamente.

En algún momento debió de quedarse dormida y ahora tiene a Diane frente a ella, mirándola horrorizada. El primer pensamiento de Kate es bastante absurdo, porque lo único que hay en su cabeza es que quizá debería empezar a eliminar esa costumbre de que su entrenadora tenga siempre copia de la llave de su habitación.

—Kate —Diane se arrodilla a su lado y ella parpadea de nuevo, apartando ese pensamiento estúpido y volviendo al presente.

—Estoy bien —dice al fin, y no está mintiendo porque el dolor ha remitido y ahora solo se siente entumecida por el frío.

—¿Qué demonios haces aquí?

Diane la ayuda cuando empieza a incorporarse, y cuando Kate la mira con esa tristeza en los ojos, se hace una idea de lo que ha pasado.

—¿Por qué no me has llamado? Te habría ayudado, habría…

—Lo siento —Kate se sienta en la cama, tan hundida que Diane detiene su regañina y se sienta a su lado para abrazarla—. Vale, no pasa nada.

Le besa la cabeza y cuando se separa le coge la mano.

—¿Cómo estás ahora?

—Bien, prácticamente ha remitido del todo. Puedo jugar, si es lo que preguntas.

Diane tuerce la boca en una mueca de disgusto. No le gusta esto; le encantaría tener poder para obligarla a tomar la decisión correcta y alejarla de las canchas de forma definitiva, pero entiende que la pelirroja todavía está asimilando la noticia.

—Voy a llamar a Thomas para que venga ahora mismo, adelantaremos la sesión de fisio para antes del partido y nos saltaremos el entrenamiento de hoy. Nos centraremos en calentar.

—Vale —acepta Kate sin discutir.

Media hora después, Thomas, que lleva con ella desde el Open de Berlín del año anterior, trabaja en un silencio que Kate agradece porque no tiene ganas de hablar. La ha hecho tumbarse en la camilla portátil que siempre lleva con él, le ha aplicado calor durante diez minutos y después ha comenzado con el masaje. Cuarenta y cinco minutos de trabajo profundo en los paravertebrales y en el piriforme, seguidos de dos rondas de estiramiento pasivo que Kate soporta con los dientes apretados y la cara enterrada en el agujero de la camilla

mientras Diane repasa una última vez sus notas sobre los vídeos que estuvieron viendo ayer sobre su contrincante de hoy.

—Del uno al diez, ¿cuánto te dolía antes de que te tomaras la pastilla? —pregunta Thomas cuando da por finalizado el trabajo.

Kate está sentada en la camilla y sus ojos buscan los de Diane como si en ese momento fuera esa mujer la única que la mantiene en pie.

—Siete; ocho cuando me movía.

—Vale, hablaré con Faruk por si necesitamos reajustar el tratamiento. Te veo antes del partido para ponerte un parche.

La pelirroja asiente y el fisioterapeuta recoge la camilla y sale de la habitación.

A las diez comienza el partido y su cuerpo responde como necesita a pesar de que hay momentos en los que el dolor amenaza con aparecer y la hacen desconcentrarse, pero no lo suficiente como para perder el partido. Gana en tres sets: seis-tres, cuatro-seis, seis-cuatro.

Saluda con deportividad a su contrincante y sus ojos van directos hacia las gradas para buscar a Leire, que no está con el resto de las jugadoras, sino en un palco más bajo, sentada junto a su padre. Kate ve su intento de sonrisa y esa expresión de contención en su mirada, algo que hace tiempo le parecía suficiente y que ahora le agrieta el pecho provocándole un dolor que podría comparar con el de su espalda.

Se da una ducha rápida y, aunque sabe que no va a venir, una parte de ella siempre espera que Leire abra la puerta y entre a felicitarla después del partido como hace ella, pero la española nunca encuentra la valentía para dar ese paso.

Camina hacia la sala de prensa y se sienta frente al micrófono. Las preguntas son las típicas, salvo la tercera, cuando un periodista le pregunta por su espalda.

—En el último juego del segundo set te has llevado la mano a la zona lumbar. ¿Estás resentida de Roland Garros? Allí también tuviste un problema. ¿Te sientes en forma para llegar a la final?

Kate se bloquea durante un par de segundos, buscando en su cabeza ese momento que describe el periodista. Ella no recuerda haberse tocado la espalda, pero lo hace tantas veces últimamente que probablemente se ha convertido en una costumbre de la que ya no es consciente.

—Es una pequeña molestia, nada grave —explica, forzando esa sonrisa simpática que tiene conquistado a medio mundo—. A estas alturas del calendario todas las jugadoras tenemos alguna molestia. Forma parte del juego.

Candela Valle, sentada en segunda fila, verifica que ha grabado la respuesta y toma un par de notas en su bloc. No puede sacar nada interesante de esta rueda de prensa; lo interesante sabe que lo tiene en forma de imagen que un desconocido le envió hace un par de días, y desde entonces no ha dormido bien, todavía debatiéndose entre advertirles o no intervenir en algo que no le concierne y que además solo sospecha.

Diane está en el pasillo cuando Kate sale de la rueda de prensa, esperándola con su mochila para salir directamente y regresar al hotel.

—He hablado con Faruk —explica la mujer—. Haremos lo mismo de hoy: de aquí a que acabe el torneo, adelantamos la fisio a primera hora y después otra sesión por la tarde.

—De acuerdo.

La mujer engancha su brazo con el de la pelirroja.

—Has jugado muy bien —dice, cambiando de tema.

Kate la mira de reojo y le sonríe.

—Vamos a comer algo —propone, y afloja un poco el paso cuando ve que al fondo del pasillo están Leire y su padre hablando con dos jugadoras.

La española no la ha visto todavía, pero se gira en el momento en que Kate está mirándola, como si hubiera intuido el peso de esos ojos verdes sobre su cuerpo.

—Buen partido, Brogan —la felicita Leire cuando pasan por su lado, tendiéndole la mano.

Kate se la estrecha y deja que sus dedos se arrastren por la palma de su amante cuando se retira. Es apenas un segundo, pero ve el terror atravesar la expresión de Leire al sentir el roce de la caricia contra su piel.

—Nunca seré su prioridad —susurra Kate en voz baja mientras se alejan.

Diane aprieta los labios y suelta el aire por la nariz, controlando las ganas de darse la vuelta, coger a Leire por los brazos y sacudirla hasta que reaccione.

—No sé si te consuela, pero eres la mía, cielo —dice la mujer.

Kate esboza una sonrisa triste y le pasa un brazo sobre los hombros.

—Me sirve, Diane, gracias —murmura, y le besa la mejilla.

—¿Se lo has contado ya? —pregunta la entrenadora.

—No.

—¿Por qué? Mira, Kate, no sé cómo va a acabar esto que tenéis, pero llevas tres años acostándote con ella, si no tenéis el tipo de confianza que te permite contarle lo que te está pasando, lo mejor es que acabes con esto antes de que te siga destrozando.

Kate no dice nada; se limita a pensar en la confianza, preguntándose si la tienen. ¿Se siente cómoda para hablar con Leire de las cosas que le preocupan? Lo medita durante varios segundos y llega a la conclusión de que sí, sí siente esa comodidad, pero lo que la frena es que no siente seguridad con ella. ¿De qué le sirve contarle nada si Leire no está en posición de apoyarla y estar a su lado cuando más la necesita?

—Se lo contaré esta noche —decide de repente, cuando piensa que, a lo mejor, algo serio como esto pueda ser ese impulso que su rival necesita para plantarse cara a sí misma y pelear por lo que quiere.

—Bien —Diane entra en el coche detrás de ella y el resto del camino lo hacen en completo silencio.

La mujer, preocupada por el estado de Kate, tanto el físico como el emocional, y la pelirroja soportando la presión en la garganta que le provoca la decisión que acaba de tomar: va a retirarse, el US Open será su último torneo.

Capítulo 11

Leire se levanta de un salto cuando escucha los golpes en la puerta. Estaba tumbada en la cama, con las piernas cruzadas y los brazos bajo la cabeza mientras miraba al techo y pensaba en varias formas de comenzar la conversación para decirle a Kate que pretende renovar con Costel. El pulso se le acelera y casi tropieza con sus propias zapatillas antes de alcanzar el pomo. Abre sin dudarlo y la ve ahí, preciosa como siempre con esas mejillas salpicadas de pecas que siente la tentación de besar antes que sus labios.

—Pasa —susurra, haciéndose a un lado.

Kate lleva una pequeña mochila al hombro, lo que significa que esta noche también pretende quedarse, y eso hace que la española sienta alivio, porque desde que la ha saludado de esa forma profesional al salir de la rueda de prensa —como si apenas se conocieran— como si fueran rivales de verdad y solo hubiera sido un gesto educado, ha sentido terror después de la mirada helada que le ha dedicado la pelirroja mientras le estrechaba la mano.

Empuja la puerta hasta que esta hace clic, y se acerca a ella, enmarcando sus mejillas con las manos para darle un beso suave en los labios.

—¿Cómo estás? No tienes muy buena cara —murmura Leire, recogiéndole algunos mechones de pelo detrás de la oreja.

—Me duele un poco la espalda. Esta madrugada ha sido horrible, me ha despertado el dolor y por un momento he pensado que no iba a poder jugar hoy.

Kate se sienta a los pies de la cama.

—¿Por qué no me has despertado si te dolía? —pregunta Leire, colocándose frente a ella con las manos en la cintura.

—¿Para qué? No podías hacer nada.

Leire se agacha y le pone las manos en las rodillas.

—Podría haberte buscado una pastilla, o hacerte un masaje, o ayudarte a cambiar de posición para que estuvieras más cómoda. Sí podía hacer cosas, nena, no vuelvas a callarte algo así.

Kate la mira y asiente, conteniendo las ganas de decirle que ella no la necesita solo cuando le duele la espalda, la necesita siempre. Quiere su apoyo, saber que Leire está ahí, que puede confiar en ella, llamarla y no tener que esperar a que le devuelva la llamada porque estaba con alguien a quien no le podía hablar de ella. Quiere decirle que está harta de que la esconda y de que no le dé prioridad, pero se lo guarda porque hoy ha venido a contarle otra cosa, y debería ser suficiente para que su amante reaccione.

—¿Quieres que te ponga un paño de agua caliente en la espalda? A lo mejor te ayuda.

—Gracias, pero estoy bien. No es más que una molestia.

Al igual que Leire, Kate también ha pasado horas ensayando cómo contarle que su carrera está acabada, pero todo se le ha ido de la mente, así que se decide por lo más simple y lo que debería haber dicho hace días.

—Tengo que contarte algo importante —empieza, y Leire le señala el sofá de la habitación.

—¿Nos sentamos ahí? Estarás más cómoda.

A Kate le parece bien, así que se levanta y la sigue, y mientras que ella se sienta un poco ladeada, Leire lo hace sobre su propia pierna, completamente girada hacia la pelirroja.

—¿Qué pasa? —pregunta, sintiendo el pulso en la garganta ante el temor de que su amante se haya cansado de la situación y quiera romper con ella.

—Cuando estuve en Melbourne me hice algunas pruebas, y estando de escala en Doha me llamó el doctor para darme los resultados.

Leire siente alivio y angustia al mismo tiempo.

—Mi lesión de las vértebras ha empeorado. El desplazamiento ha progresado y el resumen es que si sigo jugando al ritmo que lo hago ahora, puede convertirse en una lesión permanente.

La española no se mueve, se limita a esperar porque no sabe qué decir.

—Compresión nerviosa, dolor crónico y demás; podría acabar con limitación para hacer cualquier cosa, no solo jugar al tenis.

—¿Y cómo se arregla? —la voz de Leire sale baja, tanto que Kate tiene que esforzarse para escucharla.

Le sale una risa amarga y se gira un poco más, apoyando el codo en el respaldo y la cabeza en la mano.

—Se arregla retirándome. Puedo terminar la temporada, pero el doctor me recomienda no seguir. Sin tanto esfuerzo, el dolor se podría controlar sin tener que llegar a una operación.

—Pero… —Leire casi tartamudea—. ¿No es mejor que te operes y sigas jugando?

—No es una operación sencilla. La recuperación es bastante larga, podría alargarse un año y nunca volvería a alcanzar el nivel que tengo ahora. Voy a retirarme, Leire, el US Open será mi último torneo, ya lo he decidido.

El silencio que se genera en la habitación es opresivo para ambas. Kate lo soporta porque necesita que Leire diga algo, que se pronuncie o que se mueva y se acerque más a ella para abrazarla. Necesita cualquier reacción, pero Leire no tiene ninguna, está congelada frente a ella, mirando sus propias manos mientras piensa en algo que no le dice. Cuando levanta la mirada por fin, Kate no encuentra en ella la comprensión que esperaba ni el abrazo que tanto necesita.

—¿Lo sabe alguien más? —pregunta Leire, y Kate necesita parpadear para enfocarse.

—Solo Diane —responde compungida—, y ahora tú.

—¿Y qué dice Diane?

La pelirroja frunce el ceño.

—¿Qué importa lo que ella diga? —pregunta dolida—. Me apoya, Leire, está de acuerdo con mi decisión de retirarme.

—Claro, perdona.

Leire baja los pies descalzos al suelo y se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas mientras Kate la observa contener lo que sea que le pasa por la mente. No es la reacción que esperaba de ella y debería estar acostumbrada a no obtener lo que necesita, pero le resulta difícil hacerlo y cada vez que recibe una reacción de esta, le cuesta asimilarla y le duele de un modo que ya empieza a no poder soportar.

—Oye —dice, y el tono le sale más suave de lo que pretendía, lo cual le molesta.

La española levanta la cabeza y la mira.

—No te estoy pidiendo nada, ¿de acuerdo? Solo quería que lo supieras.

—Ya, gracias —responde Leire.

Kate nota un pinchazo de dolor atravesarla cuando la escucha, y no es en la espalda, ese puede soportarlo. Es en otro sitio, uno en el

centro del pecho que siente como si le hubieran dado un puñetazo en el esternón, el mismo que lleva meses soportando y que aparece cada vez que Leire da un paso atrás cuando ella necesita que lo dé hacia delante.

—Un placer —su sarcasmo irrita a la española, que todavía no sabe qué hacer con la información que ha recibido y reacciona de la peor de las maneras.

—¿Qué quieres que te diga, Kate?

No lo dice por crueldad y Kate lo sabe, puede leer en su expresión lo confundida que está ahora mismo. Se pone en su lugar —aunque sabe que no debería— y trata de imaginarse cómo habría recibido ella una noticia como esa. Está segura de que su reacción no habría sido así de fría, pero Leire vive en un estado de miedo permanente, por lo que puede llegar a entenderla, aunque hacerlo no significa que le esté doliendo menos.

—Nada, no quiero que me digas nada.

La pelirroja se levanta.

—¿A dónde vas? —Leire siente el corazón en la garganta.

—Creo que es mejor que esta noche duerma en mi habitación. Al fin y al cabo, me duele la espalda y no podemos follar, que al parecer es lo único que tú y yo sabemos hacer bien.

Leire se levanta de golpe y la detiene frente a la puerta.

—Espera, nena, no te vayas.

—¿Y qué hago si me quedo? ¿Ver cómo me miras mientras intentas encontrar algo que decir?

La española se lleva los dedos a las sienes y se las masajea. Necesita decir algo, cualquier cosa que arregle el desastre que ha montado con su silencio y su reacción estúpida, pero no encuentra ninguna frase que le sirva. No hay nada que pueda decir que consuele a Kate, y sabe que el abrazo llega tarde, que se vería forzado y la pelirroja se pondría rígida como un tronco.

—Lo siento —susurra, dando un paso atrás.

—¿Qué sientes, Leire? ¿Lo que me pasa o que perderás el juguete con el que entretenerte por las noches durante los próximos torneos?

—Eso es injusto, sabes que yo te…

Se detiene en el último momento y la rabia de Kate se dobla.

—¿Qué, Leire? ¿Que me quieres? ¿Eso es lo que ibas a decir?

—Sí —murmura, levantando la mirada.

—Pues demuéstramelo, joder.

Kate abre la puerta y no se molesta en mirar antes por el pasillo, simplemente sale y deja que sea Leire la que la cierre. La española se queda quieta, con la mano en el pomo y los ojos anegados en lágrimas.

La pelirroja entra en su habitación sin encender la luz y se tumba en la cama sin cambiarse. Tendría que haberle dicho a Leire que con quererla no basta. Que lleva meses buscando su calor y que este nunca llega. Ya no sabe si el problema es Leire o ella misma, que ha estado esperando algo durante todo este tiempo que la española no le puede dar, no porque no quiera, sino porque no sabe cómo hacerlo, y Kate está cansada de esperar.

Capítulo 12

—¿Cómo estás? —pregunta Diane en cuanto Thomas sale de la habitación de Kate.

—Bien, la verdad es que no siento ninguna molestia, ni siquiera cuando me he levantado, que es cuando parece que todo me cruje.

—Me alegro, cielo. ¿Y los nervios?

La jugadora expulsa el aire por la nariz y le devuelve una sonrisa. Hoy es la final de Wimbledon; pese a que lo tenía todo en contra con la espalda, Kate ha ganado los partidos que faltaban para llegar hasta aquí y, por primera vez desde que comenzó este Grand Slam, ella y Leire se enfrentan en una final. El público está expectante y los medios no han parado de hablar de ambas desde que pasaron las semifinales.

—Estoy tranquila —Kate la mira desde la cama, donde se ha sentado hace un momento.

Diane está en una silla junto a la cómoda y levanta las cejas cuando la escucha.

—¿Y los otros nervios?

La pelirroja hace una mueca. Leire y ella siguen tensas. No han vuelto a hablar de lo que pasó la otra noche y solo se han visto una vez desde entonces, cuando Leire, en contra de todo pronóstico, fue la que se presentó en su habitación a medianoche. Se quedaron mirándose unos segundos y Leire estuvo a punto de abrir la boca para decir algo, pero Kate no estaba por la labor. Había ganado esa mañana, se había clasificado para la final y lo último que necesitaba era aumentar la tensión que existía entre ellas, así que la cogió por el pelo y la besó, y estuvieron haciendo el amor hasta las dos de la madrugada. Fue diferente a todas las veces; había algo raro en el ambiente que las hacía ir más lentas, ser más conscientes del otro cuerpo y acariciarse como si fuera la última vez que podían hacer eso. Esa era la sensación que tenía Kate en todo momento, que era una despedida, que sus gestos eran los que hablaban por ellas. Tenía la congoja en la garganta cuando Leire comenzó a vestirse.

—Mañana pienso ganar, así que nos veremos en la final —aseguró al girarse, y se apoyó en la cama para acercarse a Kate y darle un beso.

Esa fue la despedida. No han hablado desde entonces, ni siquiera cuando Leire ganó ayer, porque Kate no encontró las fuerzas para entrar al vestuario a felicitarla. ¿Qué iba a hacer? ¿Besarla y abrazarla como si no pasara nada? ¿Comportarse como si no hubiera algo pendiente de resolver entre ellas? Podía tener sexo estando enfadada, eso era una descarga, una liberación de tensión con la única persona con la que tenía la conexión que necesitaba para que la satisfacción fuera plena, pero fingir que no pasaba nada entre ellas era diferente. Leire había tenido muchas oportunidades para hablar con ella desde aquel día; no hacía falta que se vieran a escondidas para eso. Eran compañeras de deporte y estaban en los mismos sitios a todas horas. La podía haber invitado a un café, haberla separado del grupo para buscar un sitio donde hablar; hasta las gradas servían para eso y nadie iba a sospechar porque las vieran juntas durante el día, porque que fueran rivales no significaba que se odiaran, y eso lo sabía todo el mundo.

—También están bien.

—Kate, soy yo —insiste Diane, y la pelirroja sonríe y se pasa el dedo por la cicatriz de la ceja.

—Bueno, será raro enfrentarme a ella. Hace más de un año que no se da esta situación en la cancha, y la última vez estábamos bien, fue divertido —Kate sonríe al recordar la tensión que le recorría todo el cuerpo mientras se movía por la pista intentando que sus ojos estuvieran más pendientes de la pelota que de Leire.

—A lo mejor deberíais hablar antes del partido, dejar las cosas claras de una vez —opina la mujer, que está al corriente de la situación actual entre ellas.

—No me parece una buena idea para ninguna. No quiero ser pesimista, pero esa conversación no creo que acabe bien; prefiero hablar con ella después del partido.

—Muy bien —acepta Diane, dándose una palmada en los muslos antes de levantarse—. En ese caso, vamos, tienes que empezar a calentar.

Kate llega al vestuario con tiempo; le gusta cambiarse con calma y tener unos minutos sin hacer nada que dedica a concentrarse, a sacar

de su cabeza cualquier cosa que no tenga que ver con el partido, pero hoy no puede hacerlo porque prácticamente detrás de ella también entra Leire.

La española se queda junto a la puerta y espera a que una fisio que había en la zona de camillas la atraviese para salir, y entonces la cierra, consciente de que están las dos solas.

—Hola, nena —se acerca a Kate y titubea, porque están en un punto en el que ninguna sabe ya si tiene algún derecho sobre la otra.

—Hola.

La respuesta de Kate es baja, y se pasa la mano por la nuca mientras la mira.

—No quiero estar así, Kate; me estoy ahogando.

—Este no es el momento, Leire…

—Por favor —suplica, mirando hacia la puerta sin poder evitarlo—. Siento lo de la otra noche; no me lo esperaba y no supe cómo responder.

—No necesitaba que respondieras; me bastaba con saber que estabas ahí.

—Lo sé —Leire baja la mirada, avergonzada de sí misma—. Y no sé cómo compensar eso; me encantaría poder volver atrás, pero te quiero, Kate, eso sí te lo puedo garantizar. Solo necesito… —se pasa los dedos por la frente, turbada y nerviosa.

—¿Qué necesitas?

—A ti.

Kate exhala y niega con la cabeza, y Leire le pone una mano en el centro del pecho y la otra en la cintura.

—Sé que no estamos bien, pero no me dejes, Kate. Necesito más tiempo para…

Se detiene otra vez, porque ni siquiera ella misma lo sabe. Jamás se ha sentido tan perdida y el miedo de que lo suyo con Kate termine la tiene tan paralizada que apenas puede pensar más allá de lo que hace en el momento.

—¿Vas?… —no puede hablar; de pronto se le anegan los ojos y empiezan a temblarle el labio y la barbilla.

Da un paso atrás y se pone la mano en la boca, apretando con fuerza unos segundos para disipar el nudo que tiene en la garganta.

—Eh… —susurra Kate, acercándose a ella.

Le pone una mano en la cintura y con la otra le aparta el pelo de la cara. Sabe que no debería hacer esto, que no es ella la que tiene que

ceder, pero quiere a esta mujer y la conoce, y sabe que Leire ha colapsado y que cualquier decisión que tome ahora mismo solo será fruto de la desesperación.

—Perdona —Leire carraspea para aclararse la voz y mira otro momento hacia la puerta.

Kate también lo hace; antes le molestaba mucho que la española lo hiciera, pero ahora está acostumbrada.

—¿Vas a jugar en Toronto? Sé que el Open es el último, pero no sé… —Leire está turbada; todavía le cuesta asimilar que Kate, una de las jugadoras con más potencial que ha conocido, tenga que retirarse por una lesión. No le parece justo, pero tampoco es justo lo que ella le hace, y eso todavía la hace sentir peor.

—Estoy inscrita, pero no voy a ir. He hablado con Diane y con Thomas; es mejor tener esos días para descansar y prepararme. Iré a Cincinnati para empezar la toma de contacto con la pista dura de nuevo.

—La pista dura es lo tuyo —sonríe Leire, mirándola con tristeza.

—Sí, aunque no competiré allí tampoco; eso me lo reservo para el Open.

—¿Vuelves a Melbourne hasta entonces? —pregunta la española.

—No. Me apetece tranquilidad. Me voy a las Azores con Diane.

—Yo voy dos días a Madrid y después vuelo hacia Canadá.

—Nos veremos en Cincinnati entonces —la voz de Kate es baja y su mano se aprieta con más fuerza en la cintura de Leire.

—¿Te puedo besar?

La comisura de la pelirroja se estira y aparecen esas líneas de expresión al lado de su boca mientras suelta el aire de la risa por la nariz.

—Sí, claro que puedes.

Leire responde de inmediato, atrapando su labio inferior con los dientes tras el beso, soltándolo despacio.

—Suerte en el partido de hoy —susurra la española.

—Lo mismo digo —Kate le guiña un ojo y Leire se aparta y camina hacia su taquilla.

La australiana se gira hacia la suya y se sienta en uno de los bancos tras coger sus cosas. Se da cuenta de que Diane tenía razón; ahora se siente más tranquila después de hablar con Leire, aunque en realidad no hayan aclarado nada y se hayan limitado a firmar una tregua silenciosa. La diferencia con las veces anteriores es que Kate sí

que tiene las cosas muy claras. El US Open es su despedida con el tenis, y también será el final de su relación con Leire Cobos.

Las dos salen a la pista casi al mismo tiempo y el estadio aplaude eufórico porque llevan meses esperando un enfrentamiento entre estas mujeres. Ambas se miran al cruzarse en la red durante el saludo al árbitro; es apenas un segundo, pero Leire casi tropieza cuando se queda atrapada en la intensidad de esos ojos verdes.

Candela Valle las observa con un nudo en la garganta mientras su fotógrafo inmortaliza el momento. La periodista ya no está segura de si es por lo que sabe, pero para ella es más que evidente lo que hay entre las dos jugadoras. Quizá es que ella está más atenta que los demás, o que tiene un sexto sentido, pero esa forma de mirarse y alargar ciertos momentos, en su opinión, no deja lugar a duda.

El primer set lo gana Leire por siete-cinco poco después de que Kate quebrara su saque con una volea cruzada que ha hecho vitorear a la grada. Ella ha respondido con dos puntos directos de saque en uno en el que Kate la devuelve, pero se pasa de largo dos centímetros.

Kate no mira a Leire para no perder la concentración, y se masajea la base del cuello con los dedos mientras camina a por el agua. No le duele nada; parece que su cuerpo ha decidido darle una tregua y quiere permitirle jugar este partido en plena forma, y precisamente ese es el pensamiento que la tiene turbada, porque no logra entenderlo: si su cuerpo puede hacer esto hoy, ¿por qué no puede hacerlo siempre?

Sabe la respuesta; se la dio el doctor Faruk hace unas semanas y, aun así, hoy su cuerpo parece querer contradecirla. Deja la botella de agua y vuelve a la pista.

El segundo set lo gana ella por cuatro-seis, no porque Leire haya jugado mal, sino porque ella ha jugado mejor.

Durante el descanso entre el segundo y el tercero, Diane le pone hielo envuelto en una toalla en la zona lumbar mientras ella bebe agua.

—Estoy bien —asegura, pero su entrenadora no aparta la mano.

Kate lo agradece de todos modos, porque el frío le ha atravesado la columna y ha logrado despejarla un poco.

—A por ella, cielo —dice la mujer, justo antes de que Kate vuelva a la pista.

El tercer set dura una hora y cuatro minutos, el más largo del partido y también el más silencioso. No hay gestos hacia el palco ni conversaciones con el árbitro; solo ellas, la pelota y la visión de la otra mujer al otro lado.

Kate gana los tres primeros juegos y Leire los tres siguientes. La española hace un quiebre en el siguiente; es un punto largo de diecinueve golpes en los que Kate sube a la red dos veces.

Cuando llega el punto decisivo las dos están agotadas, pero ninguna lo demuestra ni pierde la concentración. Es un revés cruzado de Leire el que finaliza el partido; tiene una velocidad a la que parece imposible llegar y, aun así, Kate logra devolverlo y Leire está a punto de golpearla para enviarla al otro lado, pero decide arriesgarse y dejarla pasar cuando calcula que va fuera.

Y su intención ha sido buena; la bola bota tres centímetros por detrás de la línea y el público estalla mientras ella se queda quieta, con el brazo todavía levantado. Para cuando logra reaccionar y mira al otro lado, Kate ya se está acercando a la red con la raqueta en la mano y esa sonrisa entre sincera y juguetona que la hace temblar de pies a cabeza.

Se dan la mano unos segundos y son ambas al mismo tiempo las que tiran de la otra para abrazarse. Es un apretón de cuerpos corto, pero lo suficiente como para poder intercambiar unas palabras sin que las cámaras puedan ver el movimiento de sus labios.

—Felicidades, cariño —susurra Kate, con la adrenalina todavía por las nubes.

—He estado a punto de devolverla —Leire se sorbe los mocos, llorando por una mezcla de euforia por haber ganado, la tensión de haberlo hecho contra Kate y un barullo de emociones y sentimientos que ya no sabe cómo controlar.

Se separan y se sonríen otra vez, y Candela se muerde los labios sin dejar de aplaudir, casi tan emocionada como ellas.

Las dos hablan a las cámaras al mismo tiempo, pero Kate acaba antes y se va hacia el vestuario acompañada de Diane.

—Has jugado uno de tus mejores partidos, cielo —dice la mujer.

Kate arruga la nariz con una mueca divertida que arranca una carcajada de Diane.

—Sí, lo he disfrutado mucho —admite, y su entrenadora siente ganas de romper algo cuando ve el destello de tristeza en su mirada.

Sabe que no es por la derrota, sino por saber que pronto no podrá seguir jugando partidos como el de hoy.

Cuando Leire llega al vestuario, Kate ya no está allí. Se sienta en uno de los bancos y apoya los codos en las rodillas unos segundos mientras asimila lo que acaba de pasar. Está contenta por haber ganado el torneo, pero al mismo tiempo sabe que está perdiendo algo más importante que eso, empezó a perderlo aquella noche en su habitación del hotel, cuando Kate le contó lo de su lesión y ella no supo cómo ser la persona que necesitaba.

Capítulo 13

Kate tiene doce días para estar en la isla descansando, con el único cometido de hacer fisio todas las mañanas, un entrenamiento específico y suave con Diane y aprovechar para despejar la cabeza y desconectar. Ya ha pasado tres de esas jornadas haciendo bien lo primero y fatal lo último. Apenas duerme. No consigue conciliar el sueño porque su mente solo vaga por un montón de recuerdos junto a Leire que en su mayoría se resumen a habitaciones de hotel y algún beso robado en vestuarios. La echa de menos —como siempre—, pero ahora le genera un sentimiento extraño, una rabia que se le aprieta por detrás del pecho y le provoca una presión insoportable todo el día. Hablan por mensajes, se saludan por la mañana, Leire le pregunta cómo se encuentra de la espalda y ella le contesta que va bien, pero la pelirroja no quiere que le pregunte por la lesión, quiere que se interese por saber cómo está anímicamente, que quiera saber cómo se siente ante la idea de que su carrera profesional acaba. Quiere que le diga que la echa de menos, que está deseando verla y que está harta de esconderla, pero Leire solo dice una parte de todo eso.

«Estoy deseando que llegue Cincinnati para verte»

Ese se lo ha enviado esta mañana y ella ha exhalado con tristeza, porque para Kate es lo mismo que decirle que quiere verla en una habitación de hotel para follar.

—Cielo, la comida ya está —anuncia Diane.

Ella se gira y la ve caminando hacia la piscina, donde está sentada en el borde con los pies dentro del agua mientras mira la línea azul que marca donde acaba el agua con cloro y donde se ve el mar al fondo.

Se incorpora con cuidado porque, aunque ahora no le duele la espalda, esta mañana se ha despertado con el lado izquierdo agarrotado y le ha costado varios segundos poder enderezarse.

Sigue a Diane en silencio, pensando en cuánto se alegra de tenerla aquí con ella porque su entrenadora es la que se está asegurando de

que come y sale de la casa, porque está tan apática que si fuera por ella no saldría de la cama.

—Esta tarde vendrá una mujer —explica Diane mientras le sirve la comida en el plato, como si nada.

Kate levanta la cabeza de golpe, tan deprisa que se hace daño en el cuello.

—¿Qué mujer?

—Se llama Rachel Collins, fue nadadora olímpica en su época, a lo mejor te suena.

La pelirroja ni siquiera se molesta en pensar. La natación no es un deporte que le llame la atención y lo único que le interesa es el motivo por el que esta mujer viene a su casa cuando está de vacaciones.

—¿A qué viene?

—Se retiró a los treinta por culpa de una lesión —Diane ignora su pregunta, rellena su propio plato y se sienta—. No llevó muy bien la retirada, sufrió ataques de ansiedad durante meses, pero se recuperó, estudió y encontró otra vocación ayudando a deportistas de élite que tienen el mismo problema que tuvo ella. Los orienta, los guía, y responde todas las preguntas que seguramente tendrás en la cabeza.

—No necesito una jodida loquera, Diane —explota Kate, echándose hacia atrás con la intención de marcharse.

Diane da una palmada en la mesa que hace que todo vibre y la tenista se congela cuando iba a levantarse.

—¡Maldita sea, Kate, necesitas que alguien te ayude! Te paseas por aquí como un alma en pena, y si no te puedo ayudar con lo de Leire, te ayudaré con esto. Así que Rachel vendrá, y tú te sentarás con ella y la escucharás. Será así hasta que nos marchemos.

—¿Qué? ¿Cada día?

—Sí. —La furia de la entrenadora sorprende a la tenista—. De hecho, se alojará en una de las habitaciones de invitados. Tranquila, no tienes que verla más que un par de horas por la tarde.

Kate está turbada, ni siquiera sabe qué preguntar, pero tampoco había visto a Diane tan enfadada jamás, y después de lo que la mujer hace por ella, lo mínimo que le debe es esforzarse.

—Está bien.

—Así me gusta. Ahora come, por favor.

Diane señala el plato de Kate y ella se acerca, arrastrando la silla. Hacen el resto de la comida en silencio hasta que llegan a la cocina

para lavar los platos y la entrenadora se acerca a ella.

—Lo siento, cielo, no te quería hablar así, pero estoy preocupada por ti y me estoy desesperando.

—Yo siento preocuparte. —Kate se abraza a ella y Diane la estrecha con fuerza, como si fuera la hija que nunca ha tenido.

—Lo superarás, Kate, esto y todo lo que venga, ¿de acuerdo?

La tenista asiente, incapaz de contestar.

Rachel Collins llega a las seis en punto con un chófer que la ha traído directamente desde el puerto. La tenista está en la entrada, viendo cómo Diane se acerca a recibirla cuando se baja del coche. No es como Kate esperaba, imaginaba a una mujer mayor, una amargada que soporta su frustración escuchando la de los demás, pero Collins no parece ni una cosa ni la otra. Calcula que tendrá unos cuarenta. Morena, alta, hombros anchos de nadadora y un aire informal que la deja completamente descolocada. No parece una psicóloga ni mentora ni lo que sea que es, parece una compañera, la típica amiga con la que te sientas y te tomas una cerveza para contarle tu día.

Kate la observa caminar junto a Diane, lleva una mochila al hombro y una bolsa de mano que la entrenadora le ha cogido. Viste con vaqueros y una blusa, y tiene la melena oscura cortada por encima de los hombros. Tiene un atractivo extraño, algo que te hace mirarla y, cuando la tiene delante, Kate se da cuenta de que es por su expresión. Rachel Collins es cálida, una persona de esas que, sin conocerlas, te hacen sentir cómoda de inmediato.

—Hola, Katherine, me alegro de conocerte —dice la mujer, ofreciéndole la mano.

—Solo Kate —responde ella, y se abraza el cuerpo cuando suelta la mano de Rachel.

—Dame eso —pide Diane, señalando la mochila de su hombro—. Las llevo a tu habitación y después te la enseño, ahora os dejo.

Diane desaparece tan deprisa hacia el interior de la casa que Kate se siente como una niña de cinco años a la que acaban de dejar sola en una clase junto a una profesora nueva con la que no quiere estar.

—Diane me ha dicho que no quieres hacer esto —Rachel lo dice sin más, como si no le importara o estuviera acostumbrada, o ambas cosas.

—No es eso. —La pelirroja da un paso atrás y se aprieta el cuerpo con más fuerza.

Es demasiado repentino, no ha tenido tiempo para asimilar que tiene que hablar con una desconocida de lo que siente cuando ni siquiera ella misma lo sabe.

—¿Y qué es, Kate?

Ella encoge los hombros, turbada.

—Podemos ir al salón si quieres —dice en lugar de responder, señalando hacia el interior de la casa.

—No se trata de mí, se trata de ti. No necesitamos hacer esto en el salón si te agobia la idea, podemos pasear y dejar que nos dé el aire. He visto senderos y caminos cuando venía, ¿te parece mejor eso?

Kate no tiene ni que pensarlo, cualquier cosa menos quedarse sentada mirando a esta mujer. Caminan por el borde de la finca hacia los acantilados, donde el viento del Atlántico corre sin que nada lo detenga.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta Rachel al cabo de un rato.

—Bien, supongo.

La nadadora ladea la cabeza y le dedica una sonrisa cálida que deja a Kate desconcertada.

—Yo lo llevaba fatal —empieza a explicar—. Cuando me dijeron que podía seguir nadando, pero que no podía seguir compitiendo, lo único en lo que pensaba era en que mi vida había terminado. Acababa de cumplir los treinta, estaba en plena forma y en posición de ganar, pero mi hombro decidió por mí cuando debía parar.

Kate la escucha sin decir nada, se ha metido las manos en los bolsillos y ni siquiera mira hacia delante, solo se preocupa de saber dónde pone los pies.

—Me agrió el carácter, durante meses era una persona insufrible que se regodeaba en su desgracia en lugar de mirar hacia delante.

—Yo no hago eso. —Kate la mira un momento—. Sé lo que va a pasar, ya lo he asumido.

—Eso no es lo que me ha dicho Diane, ni lo que cuentan tus ojos.

—¿Mis ojos? —Kate se detiene y se gira hacia ella—. ¿Qué es lo que te cuentan? —pregunta entre intrigada y desconfiada.

—Tristeza.

Kate se ríe y da una patada a una piedra.

—No estoy triste por eso, te he dicho que lo tengo controlado. —El tono le sale cortante y Rachel reanuda la marcha.

—¿Y por qué estás triste entonces?

La tenista suelta un bufido resignado.

—¿Cómo lo superaste? —pregunta esquivando responder.

—Me fijé metas. Un día me desperté en mi sofá, resacosa después de una noche ahogando mis penas en alcohol cuando ni siquiera me gustaba beber, pero había visto a mucha gente recurrir a eso para entumecerse y pensé que a lo mejor ayudaba.

—¿Y te sirvió?

—Por supuesto, me sirvió para tener un dolor de cabeza espantoso durante horas y la boca tan seca que tenía la sensación de haber estado chupando cartones mientras dormía.

Kate suelta una risotada y Rachel le señala una roca bastante plana en el borde del acantilado.

—¿Nos sentamos un rato o tienes vértigo si te acercas al borde?

La tenista no contesta, solo camina hacia la roca y se sienta junto a la nadadora.

—Has dicho que estableciste metas —empieza Kate—. ¿De qué tipo?

—Cuando se me pasó el dolor de cabeza y me sentí más despejada, me senté en el suelo de la terraza con una libreta y un bolígrafo. Ni siquiera tenía pensado qué hacer con ella cuando la cogí, pero al abrirla y ver la página en blanco me imaginé mi vida así, blanca, sin nada que la llenara, y comprendí que nadie la iba a llenar por mí, que tenía que hacerlo yo.

Rachel hace una pausa y observa a Kate, estudiando su expresión concentrada mientras esta mira hacia el frente, donde hay tanta cantidad de agua en el mar que se ve de un azul oscuro parecido al de los ojos de la nadadora.

—Empecé a pensar en todas las cosas que siempre había querido hacer y había pospuesto porque mi carrera no me lo permitía. El deporte de élite te da muchas cosas, Kate, pero estarás de acuerdo en que también te quita otras. —Vuelve a detenerse un momento, dejando que sus palabras se asienten en la mente de la pelirroja—. Me encanta viajar, y me di cuenta de que, a pesar de haber viajado a muchos países, realmente no había visitado nada, así que apunté que quería viajar, y después que me apuntaría a un curso de cocina y a otro de manualidades con cerámica.

Kate la mira y suelta el aire de una risa por la nariz.

—¿Y lo hiciste?

—Ya lo creo. En realidad, hice tres cursos de cocina y el de manualidades lo abandoné porque me ponía nerviosa que el barro se me secara en las manos.

La tenista se vuelve a reír.

—También viajé, visité solo aquellas ciudades que me apetecía ver y empecé a quedar con amigas a las que hacía años que no veía. Empecé a ser yo la que dirigía mi vida y no el deporte, y me di cuenta de que también era feliz.

—¿Y cómo te convertiste en esto? En, no sé, ¿coach?

—Podríamos describirlo así, sí. Empecé por una excompañera de profesión. Un año después de estar retirada le pasó algo parecido a lo mío y me llamó desesperada, pidiéndome consejo. No tenía nada que hacer en ese momento, así que viajé a su país y estuve con ella un mes, orientándola, y me sentí tan completa al ver que le había evitado todo el sufrimiento por el que pasé yo al principio, que decidí formarme y dedicarme a esto.

Kate se pasa el dedo por la cicatriz mientras Rachel la observa de reojo.

—¿Y tú? —pregunta la mujer—. ¿Tienes algo que te gustaría hacer y que no has hecho porque tu calendario no lo ha permitido?

—La verdad es que no lo sé, ahora mismo no se me ocurre nada.

—¿Qué te parece si lo ponemos como un ejercicio? Piénsalo durante estos días, sin agobiarte, y lo vamos comentando.

—De acuerdo —acepta Kate, segura de que esto puede hacerlo.

—¿Tienes familia?

—Sí, en Australia.

—¿Hablas con ellos? ¿Saben lo que pasa? —pregunta Rachel.

—Sí. Hablo con mi madre un par de veces a la semana, y con mi hermano Conor. Es con él con quien más confianza tengo.

—Bien, es importante apoyarse en las personas que queremos. Es un trago complicado, difícil de digerir, y mucho más si lo haces sola.

—Tengo a Diane, no estoy sola.

Kate se paraliza tras escucharse y el corazón empieza a bombearle al ritmo de un tambor cuando se da cuenta de que su comentario ha sido sincero, tiene a Diane, siente el apoyo de la mujer en cada gesto y cada palabra que sale de su boca, pero no siente que tenga el apoyo de Leire aunque sepa que está ahí.

—Eh. —Rachel le roza un brazo con suavidad—. ¿A dónde te has ido?

La pelirroja se gira y la mira, encontrando una calidez en los ojos azules de Rachel que le cierra la garganta.

—Lo siento.

—Tranquila. —Rachel le pasa la mano por la espalda en un gesto suave para reconfortarla, y Kate parpadea con rabia cuando nota el alivio que le proporciona, porque algo tan simple como eso es lo que necesita ahora de Leire. Que sea ella la que está ahí y no una desconocida—. ¿Me lo quieres contar?

Kate se mordisquea la lengua varias veces.

—¿También eres terapeuta?

—No, pero soy humana y sé percibir cosas, y puede que Diane me haya contado algo más.

Kate la mira, perpleja.

—¿Te ha hablado de Leire? —pregunta con los ojos desorbitados.

—No me ha dicho su nombre, pero sí, me ha contado que hay una mujer que te tiene bastante rota. También me ha dicho que podía decirte que es una chivata.

A Kate le entra un ataque de risa repentino. No lo sorprende en absoluto que a Diane le dé igual que la descubran.

—Siento haber sido tan directa, pero si esa chica es algo que te afecta tanto, es importante que yo lo sepa, porque en momentos así necesitamos a los nuestros al lado, y tú no tienes a tu chica.

—No es mi chica —escupe Kate, y Rachel se queda en silencio, esperando—. ¿Lo que hablemos aquí es confidencial?

Rachel sonríe al asentir.

—Sí. He firmado un acuerdo con tu abogado, pero aunque no lo hubiera hecho, te aseguro que puedes confiar en mí.

La pelirroja no sale de su asombro, y empieza a preguntarse desde cuándo ha estado planeando esto su entrenadora, pero concluye que no le importa. Se siente muy cómoda hablando con Rachel Collins, además, ha descubierto que le es más fácil abrirse con una desconocida. Con ella puede hablar sin tapujos, dejar que todo lo que esconde para no preocupar más a sus seres queridos, salga de su interior ante esta mujer que solo está aquí para escucharla y después se marchará y se olvidará de ella.

—¿Qué te ha contado Diane?

—Lo justo, que tenéis una relación que pasó de ser sexual a otra cosa más intensa, y que vivís a escondidas, a cuentagotas, porque ella no se atreve a salir del armario.

—Tengo que respetar eso, nadie puede obligar a otra persona a salir si no está lista —dice Kate—, pero es que últimamente es como si nada fuera suficiente. Lo que antes me servía, ahora me deja vacía, con un agujero en el pecho a todas horas.

—¿Cuánto tiempo lleváis así? —Rachel se ha girado hacia ella.

—Tres años.

—Yo estaba casada cuando pasó lo de mi lesión. —La mirada sorprendida de Kate se levanta—. Me casé dos años antes con mi novia del instituto, no había estado con ninguna mujer que no fuera ella y me dejó cuando se me agrió el carácter. Dijo que era insoportable, que no se podía convivir conmigo. En aquel momento pensé que tenía razón, me había convertido en una borde de narices que protestaba por todo, pero después entendí que solo era una excusa, salió corriendo en el momento en el que más necesitaba que estuviera a mi lado. Te cuento esto porque es normal que necesites a Leire y sientas que nada te llena. La necesitas aquí, no a miles de kilómetros. Yo tampoco soy partidaria de presionar a nadie para que haga algo para lo que no está lista, pero la cuestión no es esa, sino saber cuánto estás dispuesta a aguantar así.

—No te entiendo.

—Una cosa es lo que necesita ella, y otra lo que necesitas tú, Kate, y creo que esa parte no la estás teniendo en cuenta. Has adaptado tu vida a la condición de ocultaros, conformándote con las migajas que eso te deja. Una relación no va de conformarse, va de compartir, de estar en la misma línea y tener objetivos iguales o muy parecidos.

—Sigo perdida... —susurra, aunque la está entendiendo perfectamente.

—Solo digo que tienes que saber dónde está el límite de lo que puedes soportar sin que te destruya por dentro. Te estás conformando con muy poco, y sabes de sobra que mereces mucho más. Si Leire no está preparada para avanzar contigo, a lo mejor tendrías que plantearte hacerlo sola. Sé que es muy fácil decirlo, pero tu carrera está en un punto muy crítico y necesitas estar al cien por ciento psicológicamente para afrontar esto.

—Ya lo he hecho. —La voz de Kate sale en un susurro tan bajo que Rachel tiene que acercar su cabeza para escucharla.

—¿Qué?

—Ya he tomado una decisión, solo que Leire no lo sabe todavía —explica en el mismo tono bajo, mirándose las palmas de las manos.

—¿Qué decisión?

—Hablaré con ella y si las cosas no cambian entre nosotras al menos un poco, cuando me retire también acabará lo nuestro.

Kate tiene la cara empapada cuando termina de hablar, y Rachel contiene el impulso de abrazarla porque no tiene esa confianza con ella.

Capítulo 14

—Aquí lo tenemos al fin, una firma ahí abajo y será oficial —dice Isaac, arrastrando el contrato de Costel por la mesa hasta dejarlo frente a Leire.

Ella se queda quieta, mirándolo como si al estampar su firma ahí estuviera aceptando su sentencia de muerte. Un escalofrío le recorre la columna y nota cómo se le aprieta la garganta.

—Vamos, hija, esto es solo una formalidad —la anima su padre, que ha viajado hasta Toronto con ellos.

—Una formalidad de catorce millones de euros —añade Isaac, pletórico, y a Bruno Cobos le entra la risa floja.

En realidad, sí que es un trámite simple. Leire ya firmó un preacuerdo de continuidad con la marca hace unas semanas, mientras Isaac negociaba las nuevas condiciones, pero ahora tiene la opción de redimirse, de decir que no quiere seguir haciendo promoción de una marca con la que siente que se vuelve invisible.

La mano le tiembla cuando coge el bolígrafo y nota que las palmas le están sudando. Ni siquiera encontró el valor de decirle a Kate que había firmado el preacuerdo y no se le ocurre ninguna manera de explicarle que lo ha hecho oficial.

—Estarás blindada hasta que te retires, Leire —dice su padre, poniéndole una mano sobre el brazo—. Piénsalo como una garantía de futuro; con ese dinero bien administrado no tendrás que volver a trabajar.

No se puede concentrar, Isaac no deja de hacer clic con su propio bolígrafo y de mirarla impaciente. Piensa en Kate otra vez, en que le gustaría que estuviera aquí, a su lado, ayudándola a enfrentarse a la presión que estos dos hombres ejercen sobre ella, a encontrar el valor de negarse, de decir que está cansada de esconder quién es y que la ayude a reunir el valor que necesita para reconocerse a sí misma, para decidirse y elegir también a Kate, pero la pelirroja no está, y a ella le pueden tanto la presión como el miedo de que al

rechazar este patrocinio la pongan en alguna lista negra que haga que lo que queda de su carrera vaya en declive.

Mueve la mano sin pensar y, cuando parpadea, su firma está ahí, garabateada en un contrato millonario que le permitirá seguir compitiendo sin preocupaciones hasta que se retire.

—Enhorabuena —sonríe Isaac, recogiendo el contrato con rapidez, como si temiera que ella fuera a quitárselo de las manos y romperlo.

Su padre le da un apretón en el hombro y le sonríe orgulloso.

—Esto hay que celebrarlo —sigue el agente, pletórico.

—Celebradlo vosotros —Leire se levanta, incapaz de mirar a ninguno y avergonzada de sí misma.

Hace cinco años, cuando firmó el anterior contrato, la cláusula de imagen pública cuidada —que traducido significa nada de mostrarse en compañía de mujeres— le importaba un bledo. Acababa de cumplir veintiséis años, estaba soltera y en lo último que pensaba era en relaciones. Estaba completamente enfocada en su carrera y cualquier cosa que no tuviera que ver con el tenis era solo una distracción, pero ahora ya no es aquella Leire. Ahora ya tiene treinta y un años, sus prioridades han empezado a cambiar y además tiene a Kate.

Lo que empezó como una aventura tórrida y divertida avanzó con la misma rapidez que crecían los sentimientos de ambas hacia la otra, y Leire comenzó a sentirse atrapada cuando comprendió que nada de lo que le daba a Kate era suficiente.

Todavía recuerda la primera conversación importante que tuvieron. Estaban en Roma jugando un torneo secundario y Kate se había colado en su habitación aquella noche. Las dos estaban cansadas por un día especialmente caluroso en la pista que las había dejado sin energía, así que, en lugar de follar como hacían siempre, se tumbaron juntas y pusieron una película que vieron hasta el final.

—Esto está bien —susurró Kate, que estaba recostada contra el pecho de Leire.

—¿El qué? —ella se giró un poco y se colocaron de lado para estar frente a frente.

—Esto —la australiana señaló entre ellas—. Tú y yo aquí viendo una peli mala a la una de la madrugada.

—Sí —Leire no pudo evitar sonreír y recogerle un mechón detrás de la oreja.

—Podríamos hacer más cosas juntas, no solo gemir —propuso Kate, arrancando una carcajada fuerte de la española.

—¿Qué tipo de cosas?

—No sé, cosas de las que hace todo el mundo cuando su relación no se limita a una habitación de hotel.

A Leire se le ensombreció el gesto de golpe, pero Kate decidió no detenerse.

—Tenemos mucha química en la cama, Leire, pero creo que también la tenemos fuera de ella; podríamos avanzar, conocernos mejor y hacer que esto sea más serio, no solo un poco de diversión cuando coincidimos.

La española tenía un pitido en los oídos que le atravesaba los tímpanos, y el pecho tan apretado que le dolían las costillas.

—Sabes que no he salido del armario, Kate…

—No te estoy pidiendo que lo hagas, no hace falta para que podamos vernos fuera de aquí. Podemos salir a comer, quedar para entrenar, pasear o ir al cine, nada que no hagan dos amigas.

—Sabes que acabarían sospechando. A la tercera cita los rumores de una posible relación ya estarían corriendo como la pólvora, y no estoy lista para eso.

Kate se giró, se puso de cara al techo y se colocó las manos debajo de la cabeza.

—Vale —dijo al cabo de un rato—. Lo entiendo, pero necesito que me aclares algo.

Se volvió hacia ella de nuevo y se pasó el dedo por la cicatriz sin darse cuenta.

—¿Tú quieres seguir con esto como algo más formal o para ti sigue siendo sexo sin expectativas?

—Me gustas —soltó de golpe—, no me acostaría contigo si no fuera así, pero no te puedo prometer nada más mientras el contrato con Costel no termine, y faltan más de dos años. No voy a pedirte que detengas tu vida por mí, Kate. Si encuentras a otra persona me molestará, aunque lo entenderé.

Entonces los sentimientos de ambas no eran tan fuertes; llevaban meses acostándose y ninguna se había planteado nada más hasta aquella noche. Leire estaba segura entonces de que si la relación se rompía la echaría de menos unos días, pero se le pasaría enseguida porque ya estaba acostumbrada a verla de forma esporádica, y para Kate era lo mismo: hasta esa noche había seguido con su vida y había

estado con otras chicas de la misma forma que estaba con Leire en los torneos.

—Bueno, entonces seguimos como hasta ahora. Sexo sin compromiso —resumió la pelirroja, y Leire respiró aliviada, solo que el acuerdo fue un fracaso porque los sentimientos de ambas fueron aumentando cada vez que se veían, hasta que llegó el momento en el que no verse comenzó a doler.

Leire sale del salón del hotel donde estaban reunidos y va directamente hacia el ascensor. Para cuando las puertas se abren en su planta, tiene los ojos húmedos y corre hasta su habitación como si solo allí estuviera el oxígeno que necesita. Empuja la puerta y deja que se cierre sola para correr hasta el baño y mojarse la cara y, cuando levanta la vista y ve su reflejo en el espejo, tiene que apartarla porque es incapaz de mirarse ahora mismo.

Ha firmado uno de los contratos más suculentos del deporte femenino; debería estar orgullosa y celebrarlo con su padre y con su agente, pero no solo se ha traicionado a sí misma al hacerlo, sino que también le ha fallado a Kate. Hasta ahora, siempre se ha refugiado en el contrato para justificar que la relación no se haga pública, y Kate siempre ha estado ahí, esperando, paciente, aceptando sus migajas.

¿Cómo le dice ahora que ha renovado de forma oficial?

Coge el teléfono y busca su nombre mientras trata de convencerse de que ha hecho lo correcto. Cualquier profesional en su posición habría firmado y Kate tiene que entenderlo, pero en el fondo sabe que no es el maldito contrato, que lo ha firmado porque le da la excusa para no admitir que, aunque no tuviera esa cláusula bailando a su alrededor, tampoco habría encontrado la fuerza para decirle al mundo que le gustan las mujeres.

No se siente segura, no le parece justo tener que dar explicaciones y no está lista para responder preguntas sobre su vida privada.

En lugar de llamar a Kate, llama a su amiga Marta y, en cuanto descuelga, le cuenta todo lo que le pasa por la cabeza ahora mismo casi sin respirar. Cuando termina, abre una botella de agua del minibar y se la bebe casi entera mientras espera a que su amiga le confirme lo miserable que es por no haberse atrevido a apostar por ella misma, a liberarse y vivir lo que tiene con Kate sin esconderse.

—¿Esto se lo has contado a Kate? —pregunta Marta.

—Ya te he dicho que no; no sabe lo del contrato.

—No me refiero a eso, me refiero a cómo te sientes tú con la idea de hacerte visible. Quizá si se lo explicas como me lo has contado a mí, te acaba entendiendo.

—Creo que en el fondo siempre ha sospechado que soy una cobarde, pero nunca ha dicho nada. Se mantiene ahí, esperando algo que no sé cómo darle.

—Leire…

Marta se queda pensando un momento para lograr escoger las palabras adecuadas.

—Yo entiendo tu miedo y estoy de tu lado, pero si no te enfrentas a esto de una vez, nunca vas a ser feliz. Estás enamorada de Brogan y vas a permitir que desaparezca de tu vida, ¿a cambio de qué? ¿De privacidad? Pregúntate esto: ¿de qué te sirve la privacidad si estás amargada?

Leire se limpia las lágrimas. Le encantaría tener la valentía que tienen todas, la que tuvo Kate desde el principio, mostrándose con mujeres públicamente, dejando que la señalaran y hablaran hasta que se callaron y pasaron a otra cosa. Quiere hacer lo mismo: podría cogerla de la mano, dejar que les hicieran una foto y que los comentarios estallaran. ¿Qué es lo peor que le puede pasar? ¿Que Costel rescinda el contrato? Ni siquiera sabe qué consecuencias tendría, pero probablemente puede pagarlas. Sabe que es tan fácil como eso y, aun así, cuando piensa en hacerlo aparece un miedo instalado en su cuerpo que le retuerce las entrañas.

—Me va a dejar cuando se entere de esto.

—Eso no lo sabes —intenta animarla su amiga.

—Sí que lo sé —dice, y los ojos se le abren mucho cuando se da cuenta de la firmeza con la que lo sabe—. La estoy matando por dentro con esta mierda, manteniéndola escondida como si no fuera importante. Todos tenemos un límite, Marta, y sé que Kate está rozando el suyo.

—No sé qué decirte. Esto solo depende de ti, pero me tienes aquí, ¿vale? Yo siempre estaré de tu lado.

Leire asiente sin contestar y, cuando cuelgan, se deja caer en la cama con el móvil en la mano. Abre la conversación de Kate para escribirle y decirle que la echa de menos, pero lo acaba borrando porque sabe que lo que tiene que decirle no es eso, sino lo de la renovación, y como no encuentra la manera, deja el teléfono a un lado y se hace un ovillo. Lo hará, la llamará en algún momento y se lo

contará con sus propias palabras, no a través de un texto que la haga sentirse más cobarde todavía, pero no lo hará hoy, necesita que la voz no le tiemble, estar serena y explicarle que su mente lo intenta cada día a todas horas, que siempre busca la forma de enfrentarse a quién es de alguna forma y que todavía no ha encontrado la manera de no sentirse angustiada ante la idea de que la miren y la señalen por no ser la mujer que los estándares de la sociedad espera.

Capítulo 15

Estos últimos días, Kate tiene la sensación de que vive en un cuerpo que no le pertenece a través de una vida que no es la suya. Hace casi una semana que se enteró de la renovación de Leire con Costel, y no fue a través de su amante.

Se despertó con las lumbares algo rígidas, pero notando una considerable mejoría desde que está en la isla descansando y centrada en hacer ejercicios de recuperación. El entumecimiento duró unos segundos, los mismos que su cuerpo tardó en descubrir que estaba despierto y tenía que moverse. Se quedó sentada en la cama dejando que la molestia se disipara, y cogió el móvil para ver las noticias sobre el torneo que estaba jugando la española. Abrió una de las dos plataformas deportivas que utiliza para esto y la primera noticia era una fotografía de Leire en la pista, con la raqueta en la mano y la mirada hacia un lado. Una foto robada que solo servía para poner imagen a un artículo con la que Kate sintió que el corazón se le subía a la garganta y la sangre abandonaba sus mejillas.

Era una publicación sencilla de la que solo leyó el titular: Leire Cobos renueva su contrato con Costel por cinco años y catorce millones de euros.

Se fijó de nuevo en la fotografía de la tenista y entonces se dio cuenta de que habían utilizado esa en concreto para el artículo porque en ella se veía perfectamente el logo de la marca, tanto en la camiseta como en los calcetines y las muñequeras de la jugadora.

Salió de la aplicación, turbada, y entonces vio que tenía un mensaje de ella.

Supongo que no leerás esto antes de que salga la noticia. Quería contártelo por teléfono, pero Isaac lo publicó sin consultarme. Lo siento, llámame cuando te levantes y lo hablamos.

Kate no sabía lo que sentía en ese momento, pero le apetecía cualquier cosa menos hablar con ella, así que dejó el teléfono en la habitación y bajó a desayunar con Diane y Rachel que, a pesar de llevar solo un par de días en su casa, pasaba muchas más horas con

Kate que las dos que Diane le había prometido. Y no le importaba; estaba cómoda con esa mujer, sentía que la entendía y eso la ayudaba a desahogarse. Además, le iba bien escuchar sus historias y sus trucos, lo que hacía cuando sentía nostalgia por competir, cómo combatía sus frustraciones y de qué manera aprendió a controlar los ataques de ansiedad. Kate se había convertido en una esponja que absorbía cada palabra de la exnadadora y la guardaba para cuando le hiciera falta, porque estaba segura de que ella pasaría un proceso parecido.

—Es como un duelo —le dijo la noche anterior mientras cenaban —. Como si alguien a quien quieres mucho hubiera muerto y tuvieras que superarlo, solo que no es una persona, es tu carrera.

Se dio cuenta de que Diane también prestaba mucha atención cuando estaban juntas, y entonces se acordó de que, con el fin de su carrera, también llegaba el de su entrenadora, que había decidido que era hora de retirarse.

Entró en el salón y las encontró sentadas una frente a la otra; ella lo hizo en la cabecera de la mesa después de saludarlas.

—Leire ha renovado con Costel —dijo sin levantar la mirada de su vaso, que estaba rellenando con zumo.

—Lo sé, cielo, lo he leído hace un rato —contestó Diane.

No se mencionó nada más al respecto, como si todas en la mesa hubieran llegado al acuerdo silencioso de que era mejor dejar el tema para otro momento.

Han pasado ocho días desde entonces y Kate ya no sabe decir en qué consiste lo que hace con Rachel. Lo que empezó siendo un par de horas para hablar y recibir consejos, se ha convertido en una especie de acompañamiento, no solo para ella, sino también para la entrenadora. La mujer pasa las mañanas con ellas mientras Kate hace fisio y también durante los ejercicios de entrenamiento. Normalmente, en esas horas son Diane y Rachel las que hablan entre ellas, a veces contándose cosas que no tienen nada que ver con el deporte y otras ayudando a Diane a valorar todas las opciones que tiene después para que no llegue a sentirse inactiva.

Kate se limita a escucharlas; las conversaciones siempre le parecen interesantes y no hay ningún pensamiento intrusivo que se meta en su cabeza en esos momentos. Después de comer es cuando Rachel se dedica a ella en exclusiva. Ni una sola vez se han quedado sentadas en el salón para hablar; siempre hacen algo. Un par de

tardes bajaron a las calas de la costa norte, donde el agua estaba tan fría que a Kate —la única en atreverse a meterse— se le cortaba la respiración mientras Rachel la esperaba con cara de espanto y la toalla lista para echársela por encima. También han conducido sin rumbo por carreteras estrechas y parado en pueblos que la australiana todavía no había tenido la oportunidad de conocer.

No siempre hablan del tenis o de Leire; también hablan de cosas sin importancia, de noticias, de aficiones y cualquier tema que se les ocurra. Pero lo que más sorprende a Kate es que está logrando conciliar el sueño de una forma profunda que hacía mucho tiempo que no lograba. De hecho, la primera noche que durmió de un tirón se despertó asustada, convencida de que se le había hecho tarde, tan profundamente relajada que incluso por un momento olvidó dónde estaba y se pensó que tenía partido. Diane soltó una carcajada cuando se lo contaba en el desayuno y Rachel la miró asintiendo con los labios curvados en una sonrisa que a veces desconcierta a la tenista.

No es por su forma de mirarla, sino precisamente porque la mira; porque a Rachel no le importa que la vean junto a Kate, no se esconde cuando van paseando por un pueblo y la tenista le da un empujón suave en señal de protesta por algún comentario burlón de la nadadora, ni tiene miedo de pasarle un brazo sobre los hombros y atraerla hacia ella cuando la tenista está en uno de esos momentos de bajón que la asfixian. Aunque no tienen nada, Kate no puede evitar compararla con Leire en muchos momentos, porque Rachel es la mujer con la que más tiempo está compartiendo desde que comenzó su historia con la española, y cada vez que se da una situación cotidiana entre ellas, la mente de la pelirroja intenta encontrar lo mismo con Leire: busca esos momentos en que Rachel no baja la voz cuando habla con ella si hay alguien cerca, o se estremece cuando la mujer abre una puerta y entra a cualquier parte sin mirar a un lado y a otro.

—¿A dónde te has ido? —pregunta Rachel, pasando una mano frente a los ojos verdes de Kate.

Ella gira la cabeza hacia la mujer y abre la boca sin saber qué decir mientras su mente vuelve al presente. Es tarde y están sentadas en el borde de la piscina con los pies dentro del agua, buscando alivio después de haber pasado casi tres horas caminando por los senderos.

Kate intenta hablar, pero no le sale nada porque, tras todos esos momentos pensando en su relación con Leire y las comparaciones que ha hecho con los ratos que ha pasado con esta mujer a la que ya considera una amiga, ha llegado a la conclusión de que durante tres años ha vivido convencida de que el amor es algo que se gestiona en habitaciones de hotel y se esconde de las miradas ajenas.

—Me he vendido muy barata, ¿no? —pregunta de repente, con las manos apretadas contra el bordillo.

Rachel la mira de reojo antes de contestar. No necesita que la ponga en contexto; sabe perfectamente a lo que se refiere.

—Yo no lo expresaría así, pero digamos que sí que estoy de acuerdo en que te has conformado con muy poco.

La pelirroja baja la mirada a sus propias piernas y se pasa una mano por la nuca.

—¿Tú lo hubieras hecho?

—Yo no estoy en tu situación, cariño…

—Pues imagina que estás —exige Kate, con un tono endurecido que solo es fruto de su frustración.

Rachel piensa durante unos segundos, imaginando que su exmujer hubiera estado muy metida en el armario cuando la conoció.

—Es muy probable que sí; quizá no hubiera aguantado tanto como tú, pero sí que hubiera esperado. Estaba muy enamorada de ella y estoy segura de que habría sido paciente, pero lo que no habría consentido es estar en este limbo en el que estás tú, Kate, donde ni siquiera sabes lo que tienes con ella.

—Sí que lo sé.

—¿De verdad? ¿Sois pareja? ¿En algún momento habéis hablado de tener una relación estable? Aunque sea escondida, pero estable.

Kate se da cuenta de que no. De que todo lo que pasa entre las dos siempre son cosas que se han dado por sentado sin que ninguna de ellas las haya nombrado. Han evitado los temas serios durante todo este tiempo y lo que tiene es una relación clandestina sin ningún tipo de compromiso explícito salvo el que ella misma ha decidido tener.

Suelta el aire en una pequeña risa por la nariz cuando recuerda que Leire le pidió que no la dejara la última vez que hablaron, y ni siquiera tienen algo que dejar.

—A lo mejor es eso lo primero que tienes que gestionar, Kate —aconseja Rachel, dando por sentado que tenía razón—. Necesitas saber lo que tienes con ella, entender qué es eso por lo que estás

sacrificando tanto, porque si ninguna de las dos estáis comprometidas del todo, si no tenéis un plan ni un objetivo común, estás peleando por algo que puede convertirse en aire de un día para otro.

La tenista traga saliva y se plantea por un segundo sumergirse bajo el agua y dejar que el ruido de su cabeza desaparezca.

—Estoy enamorada de ella —confiesa en un susurro.

—Lo sé —Rachel le pone una mano en la espalda con afecto—, y por lo que cuentas, estoy más que convencida de que ella también lo está de ti.

La pelirroja ladea la cabeza y le dedica una sonrisa triste.

—No quiero irme del tenis y de ella al mismo tiempo; no creo que lo soporte —la voz le sale estrangulada.

Rachel, en un movimiento automático, le aparta un mechón de pelo de la cara, lo que provoca unos segundos de tensión entre ambas.

—Necesitas estabilidad mental, Kate, sobre todo ahora que viene uno de los momentos más duros de tu carrera —continúa la exnadadora, acabando con la breve incomodidad que han sentido—. Habla con ella, poned sobre la mesa los sentimientos de cada una y lo que estáis dispuestas a hacer para que lo vuestro continúe; solo así podrás decidir si estás dispuesta a seguir y si merece la pena pelear por algo que te aporta poco más que sexo de vez en cuando.

Kate se queda en silencio mientras piensa en lo que le ha dicho. Ella ya ha tomado una decisión: si lo suyo con Leire no avanza de aquí a que ella termine su participación en el US Open, zanjará lo que tienen y tratará de empezar de cero a pesar del dolor profundo que sabe que sentirá. Pero Rachel tiene razón en esto; no puede dar ese paso que sabe que la va a destrozar sin haber tenido una conversación seria con Leire.

—Vamos a cambiar de tema —sugiere la exnadadora, que parece tener un don para adivinar esos momentos en los que Kate está a punto de romperse.

Ha pasado muchas horas con la tenista y conoce cada gesto de su expresión y, aunque Kate ha llorado delante de ella un par de veces porque no ha podido evitarlo, sabe que la deportista se siente incómoda mostrándose tan vulnerable.

—¿A cuál? —sonríe Kate con los ojos vidriosos, agradecida de que Diane trajera a esta mujer que a veces tiene la sensación de que

puede leerle el pensamiento.

Vuelve a buscar la comparación con Leire y no la encuentra, no porque no tenga esa conexión con ella —sabe que la tiene desde el principio, lo notó la primera vez que Leire la miró y la rozó al mismo tiempo—. Se sintió atravesada por una corriente que iba más allá del deseo físico; era otra cosa, la sensación de que era ella, de que esa comodidad absoluta que experimentó ante una mujer a la que apenas conocía era la señal de que era su persona. Y el único motivo por el que no ha tenido momentos como este con ella es porque nunca se han permitido la oportunidad de vivirlos.

—El primer día te dije que pensaras en cosas que te gustaría hacer y no habías hecho porque tu calendario no lo había permitido. ¿Has pensado en alguna ya?

Kate nota que el rubor le sube a las mejillas y se toca la cicatriz con el índice como si se rascara.

—La verdad es que no —confiesa avergonzada.

—Es decir, que no me haces ni puto caso —bromea Rachel, y Kate suelta una pequeña carcajada que destensa un poco sus músculos.

Capítulo 16

Kate llegó ayer a Cincinnati, lo hizo tarde, con el tiempo justo de llegar al hotel, cenar algo ligero con Diane y subir a su habitación para ducharse y acostarse. Ha decidido no jugar el torneo y reservarse para el último Gran Slam, pero aprovechará estos días para seguir con los masajes y los ejercicios adaptados que ha estado haciendo en su casa y que le han servido para eliminar el dolor sin necesidad de otra infiltración.

Leire llega hoy y han quedado para verse en su habitación esta noche, y Kate se siente completamente desconcertada consigo misma, porque vuelve a tener ese burbujeo en el estómago que le produce la idea de saber que la verá, esa sensación de anticipación por rozarle los labios y las ganas de abrazarla y perderse en el olor de su cuerpo.

No es el plan que tenía, quería hablar con ella en cuanto se vieran, poner las cartas sobre la mesa y, tal y como le recomendó Rachel, intentar saber al menos lo que son la una para la otra.

—Kate, céntrate —exige Diane cuando le lanza una pelota que le pasa por el lado sin que la vea.

—Lo siento —se disculpa con una sonrisa divertida que hace resoplar a su entrenadora, y entonces empieza a moverse en automático, porque no puede dejar de pensar en todo lo que ha pasado estos últimos días.

Echa de menos la isla, la calma de su casa, el tiempo muerto en la piscina con los pies metidos en el agua y la vista perdida entre la línea que marcaba el fin del agua dulce y el comienzo de la salada por el fondo. También echa de menos las conversaciones con Rachel, una mujer que llegó con el cometido de ayudarla con la transición de su salida del deporte que ha sido su vida durante los últimos años y que se acabó convirtiendo en una confidente y amiga con la que no quiere perder el contacto.

Ayer se despidieron a primera hora de la mañana. Kate ya estaba fuera, sentada en el bordillo de una jardinera mientras miraba su

maleta y la de Diane, que habían dejado junto a la entrada.

Rachel salió con la suya, la dejó a un lado y se sentó junto a la australiana mientras terminaba de beberse un café.

—¿Lista para empezar la recta final?

La pelirroja asintió, pensando en Cincinnati y el US Open. Se le encogió el estómago durante un momento con solo pensarlo, como si se acabara de enterar de que se retiraba, pero solo le duró un segundo.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Volver a mi casa y buscar a una pobre deportista como tú que me necesite —bromeó Rachel.

Kate soltó el aire de la risa por la nariz y se giró hacia ella.

—No sé cómo se hace esto, despedirme de ti.

—No hay que hacerlo de ninguna manera. —Rachel dejó su taza en el suelo—. Tienes mi número, llámame cuando me necesites, no importa la hora.

—¿Y si no te necesito? —Kate titubeó.

—Entonces me harás feliz si me llamas igualmente.

La tenista volvió a reírse, una risa suave y floja antes de bajar la mirada. Una parte de ella quería decir algo más, ponerle nombre a lo que había sido para ella tenerla a su lado todos estos días, a lo fácil que le había resultado quedarse dormida por las noches sabiendo que había alguien cerca que jamás le hubiera pedido que se marchara por la madrugada, pero no encontró las palabras y, cuando volvió a mirar a Rachel, la mujer le apartó otro mechón de pelo de la cara igual que la otra tarde.

—Cuídate mucho, Kate Brogan —susurró, y Kate se abrazó a ella y enterró la cara en el hueco de su cuello.

—Lo haré.

—Kate, por favor —resopla Diane, exasperada.

Ella vuelve a sonreír y se toca la coleta con inocencia, pero no logra que su mente se centre en el entrenamiento de esta mañana porque sigue con el maldito burbujeo por el vientre, deseando que pasen las horas para ver a Leire, y sintiendo que ha perdido parte de esa seguridad y convicción con la que llegó anoche. En su cabeza, la escena era simple, verla en su habitación y hablar con ella, decirle que no puede seguir así y probablemente acabar con lo que tienen, pero ahora que sabe que es cuestión de tiempo que vuelva a tenerla delante, ya no está tan segura de poder decirlo porque cuando piensa

en estar más días aquí y no poder pasar las noches con ella, le cuesta respirar.

Baja la raqueta y se yergue para empezar a caminar hacia Diane, que comprende, frustrada, que el entrenamiento ha terminado.

—No creo que pueda hacerlo.

—¿Hacer qué, cielo? Porque esta mañana parece que no puedes hacer nada. —El sarcasmo de su voz hace que la tenista se ría mientras ambas se sientan en un banco.

—Dejarla, creía que estaba lista, pero pienso en verla esta noche y lo último que me apetece es discutir, solo quiero…

—Estar con ella —la ayuda Diane.

—Sí. —Kate se inclina hacia delante y apoya los codos en las rodillas.

Diane mira hacia el cielo y le pasa una mano por la espalda.

—¿No crees que soy débil por ser incapaz de apartarme de ella?

—Nunca he pensado que lo seas, de hecho, hay que tener mucha fortaleza para estar al lado de alguien tan insegura como Leire durante tanto tiempo. La quieres, Kate, nadie puede castigarte por ello, ni a ella tampoco. Solo sois dos mujeres en medio de una relación compleja que ninguna sabe cómo terminará.

—Yo sí lo sé… —Kate trata de sonar convincente, pero el titubeo de su tono la delata.

—Sabes que hace meses que no apoyo lo que tenéis, que te veo sufrir y me entran todos los males, pero yo también he hablado bastante con Rachel y me ha ayudado a comprender que esto necesitas hacerlo tú sola, a tu ritmo, así que yo solo puedo estar aquí y apoyarte en lo que decidas, y si eso es que esta noche lo que te apetece es darle una alegría al cuerpo, hazlo y no pienses en otra cosa que en disfrutar.

—¿Y si mañana decido que necesito lo mismo?

—Cielo, deja de atormentarte, nadie puede juzgarte por tener esperanza de que algo cambie en estos días.

Kate exhala y se queda mirando a la nada durante unos segundos cuando comprende que eso es precisamente lo que le pasa, que sigue teniendo esperanza, que sigue creyendo que de alguna manera lo suyo con Leire todavía puede salvarse. Ni siquiera sabe qué es lo que espera que pase, pero le valdría cualquier cosa, ella no necesita que Leire salga del armario, solo que se comprometa con ella, que le dé algo más que noches de hotel, que le diga que pasarán las vacaciones

juntas en su casa o que quiere que venga a verla a los torneos cuando ella ya no juegue.

—Bueno, voy a ducharme —dice, y ambas se levantan—. Siento lo del entrenamiento de hoy, te prometo que mañana lo haré bien.

—No te preocupes. —Diane le pasa la mano por encima de los hombros y camina con ella hacia el vestuario.

La noche llega más rápido de lo que Kate esperaba. Leire ha llegado por la tarde, pero tenía una entrevista y después entrenamiento, y han acordado verse como siempre y Kate lo agradece, porque no se hubiera conformado con que su primer encuentro hoy hubiera sido en un pasillo o un salón donde solo podrían haberse mirado sin tocarse.

Llama a la puerta y esta se abre en cuanto sus nudillos dejan de rozar la madera, como si Leire hubiera estado ahí, esperándola al otro lado de la pared.

—Hola —saluda la pelirroja, y Leire se abraza a ella con fuerza en cuanto cierra la puerta.

El abrazo es tan intenso que Kate casi pierde el equilibrio y tiene que apoyar una mano en la pared para estabilizarlas a las dos. Siente su ímpetu atravesarla como un relámpago y aspira con fuerza para inundarse con ese olor al que sabe que es adicta desde la primera vez que la tuvo tan cerca.

—Hola —responde Leire cuando se separan, enmarcando su cara con las manos antes de besarla—. ¿Cómo estás? ¿Te ha molestado en el entrenamiento de hoy? —pregunta, pasándole una mano por la espalda baja.

—No, sigo sin molestia, los ejercicios y la fisio están funcionando bien esta vez.

Leire suspira aliviada. Le ha ido preguntando durante todos estos días, pero las respuestas de Kate eran tan secas desde que se publicó su renovación con Costel, que ha sentido la garganta cerrada desde entonces, pensando que cuando se vieran de nuevo el encuentro iba a ser algo tenso que la iba a dejar rota al terminar, pero ahora, mirando a Kate a los ojos, solo ve ternura, y eso la descoloca.

—Pensaba que estabas enfadada por lo de Costel —dice cuando ambas se sientan en la cama.

—Lo estoy.

La española asiente y sube las piernas sobre el colchón, cruzándolas hasta que agarra sus tobillos con las manos.

—Lo siento, sé que te dije que hasta que no acabara mi contrato con ellos tú y yo no podríamos…

—No es porque hayas firmado, Leire, eso lo entiendo. Hace mucho tiempo que tengo claro que lo de la cláusula es solo una excusa.

Leire la mira con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué no me lo has dicho nunca?

—¿Para qué? Eso solo sería otra forma de presión, yo no te voy a obligar a hacer algo para lo que no te sientes lista, lo que me molesta es haberme enterado por las redes.

—Lo sé, y lo siento. Te juro que iba a llamarte para contártelo, pero Isaac se me adelantó, no me dijo lo que iba a hacer, y bueno, el resto ya lo sabemos.

—Venía con la intención de romper lo que sea que tenemos —admite Kate, haciendo que el corazón de Leire se congele dentro de su pecho—. Lo he pensado mucho estos días y creo que es lo mejor para mí porque cada vez me cuesta más vivir a medias —Kate suspira —, pero no creo que esté lista para eso todavía, al menos, esta noche no.

Leire traga saliva, consciente de lo que significa lo que Kate le está contando, porque esta noche no está lista, pero mañana sí que podría estarlo.

Estira la mano y coge la de la pelirroja, entrelazando sus dedos y apretando.

—Tú no quieres presionarme para que salga del armario y yo no quiero presionarte a ti para que te quedes conmigo, pero necesito que sepas que lo estoy intentando, que tengo conversaciones conmigo misma, que me pongo frente al espejo y me imagino delante de las cámaras diciéndole al mundo que te quiero.

Kate nota el ligero estremecimiento que la recorre y le aprieta más la mano.

—Es solo que nunca encuentro la manera, pensar en ponerme ahí delante de millones de miradas para explicar algo que solo debería ser tuyo y mío… —La española traga saliva y se coge el dobladillo del pantalón con la mano libre para retorcerlo entre los dedos.

—Te aterra —susurra Kate, y Leire asiente.

—No debería sentir miedo, solo sería una frase: estoy enamorada de Kate Brogan —dice como si hablara ante una cámara, y ambas

sonríen—, pero por más que me digo que será en la siguiente rueda de prensa, al final me quedo muda.

—Alarguemos un poco la tregua —murmura Kate.

—Esto no va de una tregua, nena. De hecho, nunca debí pedirte una. Va de que tengo que decidir, de que no podemos seguir conformándonos con tan poco ni estoy dispuesta a seguir haciéndote daño. He decidido dar el paso, no solo por nosotras, sino por la agonía que supone para mí vivir así.

—¿Y Costel?

—Que se joda Costel, nunca debí firmar esa maldita renovación. No sé qué pasará si rompo esa cláusula, pero no creo que vaya más allá de la rotura del acuerdo y puede que una indemnización económica. Lo haré, Kate —asegura convencida—. Solo dame un poco más de tiempo, deja que intente encontrar el momento sin que sea forzado porque si no, no creo que pueda hacerlo.

—Vale.

Leire se gira hacia ella y le pone una mano en la nuca, acercándola hasta que su frente toca la de Kate.

—Te quiero, y pienso luchar por lo que tenemos.

—Te creo —susurra Kate, que se siente desbordada por el cúmulo de emociones que bombardean su cuerpo ahora mismo.

No sabe qué era lo que esperaba cuando ha venido —más allá de sexo y silencio incómodo—, pero esto ha sido una sorpresa, una muy agradable que aumenta su esperanza y la ayuda a convencerse de que puede funcionar, de que tienen futuro.

Leire sonríe contra su boca al escucharla y se inclina hacia ella hasta que, en cuestión de segundos, tiene a la pelirroja debajo de su cuerpo.

—Esta noche voy a contar todas las pecas de tu nariz —susurra, besándole los párpados.

—Cuenta lo que quieras —jadea Kate, cogiéndole una mano—, pero primero ocúpate de otra cosa.

Leire suelta una pequeña carcajada antes de centrarse en cumplir lo que le pide con esmero.

Capítulo 17

—Me importa una mierda, Candela, utilízalo —exige Ernesto, el editor de la periodista—. La puta noticia es perfecta, joder —brama exasperado—. Leire Cobos renueva con Costel por cinco años y catorce millones, una marca que coloca sus «valores familiares» hasta en las etiquetas de su jodida ropa, y tú tienes fotos de Cobos besuqueándose con Brogan. Publícalo o te juro que…

—No tengo mucha cobertura, hablamos en otro momento —Candela le cuelga y lanza el teléfono sobre la mesa mientras maldice al bocazas de Sergio.

Estaban desayunando en un *diner*, uno al lado del otro cuando su móvil ha vibrado y ella, distraída porque estaba leyendo el periódico, ha abierto el mensaje casi sin mirar.

—¡Ostia puta! Son Brogan y Cobos —ha señalado Sergio, levantando las cejas con sorpresa.

Candela casi tira el periódico al suelo cuando lo ha soltado para coger el aparato y apartarlo de la vista de su cámara. Después lo ha bajado hacia su derecha, ocultándolo de él, y ha ampliado la foto que le ha llegado con el mismo número que la anterior. El corazón le ha dado un vuelco cuando se ha dado cuenta de que la foto no era solo robada, sino que estaba hecha dentro de la habitación de la tenista, probablemente con una cámara oculta. En ella se las ve perfectamente. Leire está contra la pared, con las manos en las nalgas de Kate, y la pelirroja está pegada a su cuerpo con la mano derecha por debajo de su pecho y los labios de ambas a punto de rozarse mientras se sonríen y se miran con deseo.

—Mierda… —ha mascullado Candela cuando ha leído el mensaje que había debajo.

«Última oportunidad».

De eso hace cuatro horas y la llamada que acaba de recibir de su editor solo se debe a que Sergio se ha ido de la lengua a pesar de que ella le ha rogado que no dijera nada.

Mirando la foto, a Candela le resulta imposible reconocer el hotel, no sabe si es de Cincinnati o si es de hace tres meses y la han usado ahora; lo que sí sabe es que hay alguien en el entorno de Leire dispuesto a joderla, y que hay una cuenta atrás para la tenista española antes de que esto lo publique alguien.

La periodista coge el móvil y sale de su habitación, caminando a paso rápido por el pasillo. Brogan empieza su primer partido del US Open en media hora y Leire juega tres horas después. Baja en el ascensor y se encuentra con su compañero esperándola.

—El taxi está a punto de llegar —dice Sergio, y ella pasa de largo hasta la entrada—. Eh, ¿qué te pasa?

—Eres un puto chivato —explota ella cuando están en la calle.

Él frunce el ceño y suelta un bufido que parece una burla.

—¿Es que hablabas en serio cuando me has dicho que no se lo dijera a Ernesto? ¿De verdad no quieres usarlo? —pregunta perplejo.

—¿A ti qué más te da? Lo entendería si la foto la hubieras hecho tú, pero ni siquiera puedes apuntarte ese tanto, ¿qué coño te pasa?

—Es un tanto para el periódico, eso da caché.

Candela lo mira de arriba abajo, asqueada, y se mete en el taxi sin decir nada más.

Llegan al complejo y la periodista se mueve por los pasillos, por las pistas e incluso por el vestuario en busca de Leire. No piensa publicar la noticia, pero tampoco puede impedir que lo haga otro medio, así que lo único que puede hacer es prepararla para el golpe. Está a punto de darse por vencida y marcharse hacia las gradas para prepararse para tomar notas en el partido de Brogan cuando la ve salir de los baños.

—Leire —la llama, casi corriendo hasta ella.

La española se gira y la mira sorprendida.

—Necesito hablar contigo, serán dos minutos.

Leire mira la hora. En menos de media hora empieza el partido de Kate, así que tiene tiempo.

—Sabes que no voy a dar ninguna entrevista que no esté programada, ¿verdad?

—No voy a hacer preguntas, solo necesito que sepas algo. ¿Vamos a algún lugar discreto?

A Leire la invade una sensación extraña, como una especie de presentimiento que hace que se le erice el vello de la nuca.

—Ven —dice, y camina hacia la sala de prensa, que sabe que estará vacía hasta que Kate termine su partido.

Ambas entran y cierran la puerta, y se van hasta el fondo, hacia la mesa desde donde las deportistas hablan, entrando a la sala lateral que hay cerca.

—¿Qué pasa? —pregunta la tenista.

La periodista se queda en blanco unos segundos. Ha tenido muy claro lo que iba a hacer cuando la buscaba, pero no se ha preparado para comenzar. De alguna manera, ella tiene claro que no ha sido Brogan; apenas la conoce y, aunque podría tener motivos para hacerlo, no le parece ese tipo de persona; en cambio, sí que está segura de que es la típica que haría lo que fuera por proteger a la mujer que quiere. Para hacer algo así, en su opinión, hay que tener un motivo económico, y Brogan tiene dinero para hartarse.

Está completamente convencida de que las filtraciones vienen del entorno de Leire, de alguna persona que pasa el suficiente tiempo con ella para saber cuándo se mueve y lo que hace, alguien que se aloja en su hotel y que podría entrar en la habitación sin que ella sospechara sus intenciones; y para Candela solo existe un nombre que cumple todos los requisitos: el de Bruno Cobos.

—Solo quiero avisarte de que en algún momento se va a hacer público lo que tienes con Brogan —empieza, intentando no mostrarse nerviosa.

—¿Q-qué? —Leire tartamudea—. No sé de qué me hablas.

—Sí que lo sabes, Leire, y no pasa nada, no necesito que me lo confirmes —la mira y se muerde los labios, conteniendo las ganas de abrazarla cuando ve que la tenista pierde el color de la cara—. Hay fotos tuyas y de Brogan. Son nítidas, Cobos, se os ve perfectamente. Yo no las voy a publicar, pero igual que me han llegado a mí, es probable que le lleguen a otra persona que no dudará en hacerlo.

Leire arrastra una silla y se sienta, turbada, y Candela coge otra y la pone a su lado.

—¿Qué fotos? Es imposible que haya nada, tenemos cuidado.

Candela suspira.

—Una cosa es pensar que tienes cuidado y otra no despistarse. Yo lo sé desde hace dos años; os vi yo misma en un hotel, yo salía de una habitación y Brogan salía de la tuya. Os vi besaros en el pasillo.

Candela saca su teléfono y busca la imagen en su galería para mostrársela.

—Mírala tú misma, la calidad no es muy buena, pero es evidente que eres tú. A Brogan no se la reconoce, pero tú y yo sabemos que es ella, y a cualquiera que hubiera visto la foto le habría bastado para tener carnaza porque es una mujer.

El aire abandona los pulmones de Leire mientras intenta comprender lo que sucede.

—¿Esta es la foto que va a salir?

—No, esta es la que yo hice y te aseguro que jamás la verás publicada. No la he utilizado en dos años y no voy a hacerlo ahora. Las que creo que pueden salir son estas.

Candela abre la conversación con el desconocido y muestra la primera imagen que recibió, la del vestuario. A Leire se le seca la garganta y exhala una especie de sollozo mientras se tapa la boca con la mano.

—Esa llegó hace unas semanas, cuando se habló de que tu contrato con Costel se acababa.

Leire intenta que su mente funcione, buscando el momento de la noticia que apenas ocupó unas líneas y ni siquiera fue titular. Para cuando salió, ya había firmado el preacuerdo con ellos, pero no ve qué relación tiene una cosa con la otra.

—Y esta es de esta mañana.

—Dios mío —los ojos de la española se agrandan—, esa es mi habitación en París. ¿Cómo cojones…?

Candela solo la mira y hace una mueca comprensiva con los labios.

—¿Quién tiene acceso a tu habitación, Leire? Porque alguien tuvo que colocar una cámara ahí en algún momento antes de que tú entraras.

A la tenista la cabeza le da vueltas; se siente mareada mientras intenta despertar de esta pesadilla. No se le ocurre nadie, ni siquiera se plantea la idea de que sea alguien cercano.

—Quizá el personal del hotel…

—Lo dudo —la corta Candela, tajante—, es muy difícil que alguien que te fotografía en el vestuario de no sé qué ciudad meta una cámara en tu habitación en un país diferente.

Aturdida, Leire le quita el teléfono de las manos para mirar la foto del vestuario y tratar de reconocerlo, y es entonces cuando comprende que ha sido su padre, no por el número de teléfono del remitente —que no le suena de nada— sino por la diminuta mancha

oscura que hay sobre la camiseta de Kate. Es una especie de círculo oscuro que apenas se nota, pero que ella se conoce de memoria porque sale en cada fotografía que hace el móvil de su padre. Para asegurarse de que no está paranoica, coge su propio teléfono, busca su conversación con él y empieza a ampliar fotografías de sus partidos que él le ha ido pasando, y el borrón está en todas, en el mismo sitio, porque a su padre se le cayó el teléfono hace unos meses y algo en su cámara se estropeó, dejando esa marca a la que él no le dio importancia y que ahora lo ha delatado. La foto de la habitación de hotel no la tiene, pero ella ya tiene claro que esa solo pudo haberse hecho a través de una cámara oculta, por eso una está marcada y la otra no.

—¿Sabes quién es? —pregunta la periodista cuando ve su expresión de incredulidad.

Leire asiente, con la cara tan roja que el pulso le palpita en las mejillas.

—Mi padre —escupe con frialdad, y Candela decide que a la jugadora no le hace falta que le diga que ella también sospechaba de él—, pero no entiendo… ¿Por qué iba a hacerlo? —pregunta, intentando no pensar ahora en la invasión de su intimidad, en cuántas imágenes de ellas tendrá, en lo que habrá visto, en qué habrá hecho al verlo.

—Estas mierdas siempre son por dinero, Leire; piensa en eso y averiguarás el motivo —asegura Candela.

—Imposible, esto me costará el contrato con Costel. Eso no me importa, pero no sé…

Leire no puede seguir; su mente es un completo caos que no la deja pensar de forma racional, y mucho menos decidir lo que tiene que hacer primero, si matarlo o denunciarlo…

—Escucha —dice Candela—. Sé que es una putada, pero tienes que concentrarte.

La periodista le muestra la amenaza que venía con la imagen de hoy.

«Última oportunidad»

—¿Qué quiere decir? —pregunta, con la voz temblorosa y la visión borrosa por las lágrimas.

El partido de Kate ha comenzado y en lugar de estar en la grada para apoyarla con su presencia, está aquí escuchando cómo esta

mujer le cuenta que su padre ha traicionado su confianza e intenta joderle la vida.

—Quiere decir que probablemente todavía soy la única periodista que la tiene. Tienes que moverte rápido antes de que se la den a otro y le cuenten al mundo algo que solo os pertenece a ti y a Brogan, sobre todo a ti, Cobos.

Leire se pone de pie y mira hacia la puerta, con la mente clara de repente, pero hay una última pregunta que le ronda la cabeza.

—¿Por qué tú? ¿Por qué no cualquier otro periodista que ya la habría publicado?

—Yo también le he dado muchas vueltas a esa pregunta, y solo se me ocurre una respuesta.

—¿Cuál?

—Soy veterana, tengo mi público fiel y saben que jamás he contado una mentira ni manipulado información, pero creo que la razón principal es que soy la única periodista mujer y española que cubre el evento. Si el motivo de esto es joderte, el daño será infinitamente mayor para ti porque llegará directamente a tu público. No tendrá el mismo impacto publicado desde El Continental que explicado desde un periódico francés que nadie conoce en España.

Leire la mira, asimilando su respuesta y descubriendo que todavía le queda otra pregunta.

—Si tenías aquella foto desde hace dos años, ¿por qué no la usaste?

—Porque tengo principios, pero sobre todo, porque tengo una hermana lesbiana que estuvo demasiados años metida en un armario porque no se sentía segura para salir. Nadie debería decidir por ti, Cobos, así que vete de aquí de una vez y arregla esto antes de que te explote en la cara.

—Gracias —dice, y sale corriendo de la sala.

Leire sabe perfectamente dónde encontrar a su padre porque tiene un asiento reservado en las gradas junto al suyo. Camina con visión de túnel y un pitido sordo en los oídos que no le permite escuchar los gritos de las gradas por el partido, tampoco mira la pantalla ni pregunta cómo van, pero sí se detiene un momento cuando ve a Kate devolver un revés; su grito por el esfuerzo es lo único que logra atravesar sus tímpanos y se queda unos segundos observando antes

de pedirle a alguien de seguridad que vaya a buscar a su padre a su asiento.

Se queda en el lateral y ve cómo Bruno mira desconcertado hacia ella cuando el guardia la señala. Su padre se levanta, camina entre la gente pidiendo disculpas y al fin llega a la escalera.

—Tenemos que hablar —dice ella sin mirarlo, haciéndole un gesto para que la siga.

Bruno se mete las manos en los bolsillos, calmado, y la sigue por dentro del edificio hasta la misma sala donde hace unos minutos estaba con Candela.

—Has puesto cámaras en mi habitación —explota ella en cuanto cierra la puerta, con un tono bajo y sibilino que tensa todo el cuerpo de su padre.

—¿Qué demonios dices? —pregunta, pero Leire ve cómo junta las cejas y después se aprieta el lóbulo de la oreja como ha hecho siempre que estaba nervioso.

—Ya que te permites violar mi intimidad, intenta no insultar mi inteligencia. Todavía no he hablado con ningún abogado, pero te aseguro que te voy a denunciar.

—No he visto nada, Leire —Bruno levanta las manos—. Te lo juro por tu madre.

—¡No hables de mi madre! —grita ella.

Su padre mira hacia la puerta y le hace un gesto con las manos para que baje la voz.

—Vale, cálmate, pero te lo puedo demostrar: te daré mi móvil ahora mismo y podrás ver que no tengo nada más que lo que me imagino que te ha enseñado Candela.

A Leire la deja asombrada la facilidad con la que su padre admite su culpabilidad.

—Pusiste una cámara en mi puta habitación —ruge, estirando cada sílaba.

—Sí —él da un paso atrás, rojo de vergüenza—, pero solo grabó hasta que conseguí la foto; no necesitaba nada más y te juro que jamás podría... Denúnciame si te quedas más tranquila, no encontrarán nada por mucho que busquen.

Leire se ha venido abajo de golpe; sus ojos se han convertido en dos cascadas y se está apretando el puente de la nariz con fuerza para intentar mantener el tipo unos segundos más.

—Leire...

—Solo dime por qué. ¿Qué pretendes sacar con todo esto? —pregunta, con la voz quebrada.

—Abrirte los ojos.

La respuesta y la frialdad de su padre al decirlo la dejan tan descolocada que el llanto se le corta unos segundos.

—¿Abrirme…?

—Solo quería asustarte; sabía que tarde o temprano ella hablaría contigo.

A Leire va a explotarle la cabeza, y empieza a sentir un dolor constante detrás de las orejas.

—No entiendo nada —la tenista se pasa una mano por el pelo, que a estas alturas está hecho un desastre.

Bruno junta las manos como si rezara y se las pone cerca de la boca mientras suspira como si se estuviera armando de paciencia.

—Vas a cargarte lo que te queda de carrera si sigues con esa relación estúpida que tienes con Brogan. Es cuestión de tiempo que alguien os acabe pillando, y entonces Costel no solo romperá su contrato contigo, sino que te demandará y te sacará una fortuna. Es evidente que esa relación que tenéis no va a ninguna parte; solo quería que te asustaras y mandaras al carajo lo vuestro de una vez. Te quedan pocos años en activo, hija; gestiónalo con cabeza.

Durante varios segundos, Leire tiene la sensación de que su lengua se ha congelado dentro de su boca. Intenta moverla, articular alguna pregunta o expresar lo decepcionada y triste que se siente, pero es incapaz de hablar.

—Elegí a Candela porque sabía que no utilizaría las fotografías, que en lugar de eso te avisaría.

—¿C-cómo? —vuelve a tartamudear, sintiendo que hace frío a pesar de que está sudando.

—Isaac conoce a un accionista de su periódico, y en una comida después de un partido de golf donde todos acabaron borrachos, le dijo algo como que le debía mucho porque Candela tenía una foto tuya y de Brogan y jamás la había utilizado. Oye, sé que no he elegido la mejor manera, pero si esa mujer os vio, cualquiera podría hacerlo si sigues así…

—Quiero que te largues del torneo —lo corta Leire—. Quiero que hagas las maletas y vuelvas a casa, a la tuya, porque no quiero volver a verte en mi puta vida. Si regreso al hotel esta noche y me dicen que sigues registrado, te juro que te denuncio. No vuelvas a acercarte a

mí nunca más. Ah —la tenista se acerca un paso—, procura que esas fotos no salgan nunca a la luz, porque si lo hacen, te aseguro que dedicaré mi vida a hundirte en el agujero más oscuro que encuentre, uno digno de alguien tan deleznable como tú.

Leire pasa por delante de él sin mirarlo y sale de la sala sintiendo que se muere de ansiedad.

Capítulo 18

Leire vive en modo automático desde ayer, ni siquiera sabe cómo pudo ganar el partido porque no recuerda haberlo jugado. No podía concentrarse en nada, escuchaba voces, gente que le hablaba, y ella solo asentía y seguía su camino con la sensación de que ya no sabía cuál era.

La mente le iba a toda velocidad, no dejaba de darle vueltas a la imagen de la habitación, a cómo su padre en lo que él defendió como un intento de protegerla, no solo profanó su intimidad, también lo hizo con la de Kate y entregó el material a una tercera persona. Por muchas explicaciones que intente encontrarle, ninguna le sirve y ahora ha entrado en un estado de paranoia donde desconfía de todo el mundo.

Tiene que enfrentarse también a Isaac, porque su agente es muy amigo de su padre y está segura de que la idea ha sido suya e incluso que también ha visto las imágenes, pero ayer no se sentía con fuerzas para soportar otra conversación de ese calibre.

Estaba agotada cuando volvió al hotel, física y emocionalmente. Entró en su habitación y, de repente, la idea de quedarse allí, en un sitio al que sabía que su padre había podido tener acceso, la hizo sentirse asfixiada, por lo que cogió su teléfono y ella misma hizo una reserva en otro hotel, después preparó la maleta y bajó a la recepción para decir que se marchaba antes.

La chica que la atendió la miraba como si no entendiera nada, pero por suerte no hizo preguntas.

—¿Puedes pedirme un taxi? —fue lo único que Leire fue capaz de decir antes de darse la vuelta para dirigirse a los sofás.

—Tenemos servicio propio —respondió la chica—. Ahora mismo la llevarán a donde pida.

La española tampoco recuerda el trayecto hasta el nuevo alojamiento; durante el camino veía pasar los coches a través de la ventanilla y solo le parecían bultos confusos. Lo que más le dolía no era la traición de su padre, eran los motivos y la tranquilidad con la

que le dio explicaciones, como si hubiera sido culpa de ella que él se hubiera visto obligado a hacerlo.

Cuando entró en su nueva habitación sintió alivio al cerrar la puerta. Se dio una ducha, guardó su ropa y después cogió el móvil. Isaac le había escrito dos mensajes, uno para preguntarle por qué se había ido del hotel y el segundo para saber si iba a seguir jugando el torneo.

Ella soltó una risa sarcástica, le contestó que estaba perfectamente, que seguiría jugando y que estaba en otro hotel. No dio más explicaciones y él tampoco la molestó más, y entonces miró las llamadas perdidas; tenía dos de Isaac y dos de Kate, que probablemente ya se había enterado de que se había marchado del hotel.

Pensó en llamarla, en explicarle lo que había pasado y en decirle dónde estaba. Conociéndola, sabía que la pelirroja iría a su encuentro si se lo pedía, que haría cualquier cosa que ella necesitara para ayudarla, pero no se veía capaz de verbalizarlo en voz alta; el shock la había golpeado tan fuerte que lo único que tenía claro era que necesitaba estar sola y tratar de no pensar en nada.

Abrió la conversación con Kate y estuvo varios minutos mirando la pantalla sin saber qué poner. No quería ser brusca porque la situación entre ellas estaba en un punto muy caliente y cualquier paso en falso podía ser el detonante para que se rompiera del todo, pero si no era seca, Kate le iba a preguntar si pasaba algo, si estaba bien, y se sentía tan rota en ese momento que las lágrimas empezaron a caer mientras escribía.

«Estoy en otro hotel, ya hablaremos mañana. Lo siento»

No escribió nada más, lo envió, y se quedó mirando el aparato. Pensó en llamar a su amiga Marta, pero si no era capaz de hablar con Kate, tampoco iba a poder hablar con ella, así que apagó el teléfono y se metió debajo de las sábanas para seguir llorando.

Ahora está en la red, sudada y cansada mientras escucha los aplausos del público y su rival le da la mano para felicitarla. Leire siente que desde ayer está fuera de su cuerpo, descentrada, ausente y moviéndose solo cuando le dan cuerda. Ha vuelto a ganar, pero no sabe decir si le ha costado o resultado más bien fácil.

Se ha cruzado con Kate antes del partido; en realidad la ha visto desde lejos y su cuerpo se ha detenido. Había gente por todas partes, el pasillo estaba lleno de jugadoras, fisios, entrenadoras, personal del

recinto e incluso periodistas deportivos y, por un momento, ha sentido ganas de huir, de alejarse del peligro que supone para ella esa mujer, pero su cuerpo ha actuado por encima de su miedo y se ha quedado quieta mientras la veía avanzar hacia ella.

—Hola —Kate se ha quedado a una distancia prudencial de su cuerpo, y a Leire le ha faltado el aire cuando lo único que ha sentido han sido ganas de abrazarse a ella.

—Hola.

—¿Estás bien? —la voz de la pelirroja era un susurro bajo, el mismo que usa muchas veces cuando están en la cama, abrazadas después de haber hecho el amor, y Leire sabía que si se quedaba mucho tiempo con ella, se iba a romper otra vez.

—Sí —miró hacia el suelo un momento, hacia sus pies y luego las piernas de la australiana—. Ahora no puedo hablar, Kate…

La pelirroja estaba quieta, mirándola de un modo que hacía que su pecho subiera y bajara cada vez más rápido. No era deseo, era miedo puro mezclado con preocupación.

—Vale, no pasa nada —respondió comprensiva—. Suerte en el partido.

Kate le tendió la mano para estrecharla como hubiera hecho con cualquier otra jugadora, y cuando Leire se la cogió, tuvo una especie de lapsus que la dejó congelada, incapaz de soltarla porque fue el único momento en las últimas veinticuatro horas en el que su mente se apagó, la tranquilidad la atravesó y la hizo sentir segura y en casa.

—Leire… —susurró Kate—, nos están mirando.

Ella parpadeó para volver al presente, pero todavía necesitó unos segundos para conseguir soltarla. Lo hizo despacio, turbada, y se dio cuenta de que muchos ojos estaban sobre ellas.

—¿Segura que estás bien? —insistió la pelirroja, y Leire tuvo que bajar la mirada al suelo de nuevo porque lo único que le apetecía era tumbarse con ella, pasarle el dedo por la cicatriz, después por la nariz y distraerse contando sus pecas.

—Sí, no me pasa nada. Voy a cambiarme —consiguió decir, y la esquivó para ir a cambiarse.

Ahora está en el vestuario después de haber ganado, y agradece que Kate no se haya pasado a felicitarla como suele hacer. Todavía no sabe si el gesto del pasillo habrá tenido alguna repercusión que dará pie a preguntas sobre su rivalidad, pero cuando sale para ir a la rueda de prensa la mente se le dispersa otra vez y solo puede pensar en las

fotos y en la traición de su padre, preguntándose qué diría su madre sobre esto de estar viva.

Cuando entra a la sala trasera para prepararse, Isaac aparece como un fantasma. Lo ha visto esta mañana de lejos y lo ha evitado, y después solo recuerda que estaba en la grada —como siempre— cuando ella ha salido de la pista tras acabar el partido.

—Oye, ¿qué te pasa? —pregunta él en voz baja—. ¿Por qué te has cambiado de hotel? Me lo podrías haber dicho, yo lo habría gestionado.

Ella lo mira, furiosa.

—¿Con mi padre?

—¿Qué? —Isaac parece de verdad desconcertado—. ¿Dónde os habéis registrado? Necesito organizarme y hemos de establecer lo que dices sobre el cambio, porque a estas alturas los medios ya lo saben.

—¿Habéis? —pregunta ella, que parece que solo ha escuchado esa parte.

—Tu padre y tú; él también se fue contigo, ¿no?

Los ojos de Leire se abren mucho; de repente no entiende nada. ¿De verdad Isaac no sabe lo que ha pasado o es que es muy bueno fingiendo?

—Necesito hablar contigo después. A solas —dice muy seria.

—Sí, claro, pero tendrá que ser más tarde. Ahora tengo una comida. ¿Te llamo después?

—Sí. Ahora dime qué digo cuando me pregunten.

Isaac se rasca la nuca. Lleva pensando en esto toda la mañana, pero como no encuentra nada que justifique un cambio de hotel, se decide por algo simple que siempre sirve.

—Di que son asuntos personales y que no vas a dar explicaciones, o si te sientes más cómoda, esquiva la pregunta con algún chiste fácil que los haga reír y les deje claro al mismo tiempo que no vas a responder.

Leire exhala; lo último que le apetece ahora mismo es reírse.

—Vale —responde, y sale para sentarse frente al micrófono.

Los flashes la ciegan durante un segundo y cuando dejan de hacer fotos, sus ojos recorren la sala hasta que ve a Candela y se detiene un momento en ella. La mujer le hace un breve asentimiento y ella se muerde los labios cuando su mente la traiciona y recrea la conversación terrible que tuvieron.

Las primeras preguntas llegan. Son sobre el partido y sobre su forma agresiva de jugar. Leire las sortea como puede porque cuando le mencionan ciertos golpes no es capaz de recordar haberlos dado.

—Ayer te fuiste del hotel de forma imprevista. ¿Ha pasado algo? ¿Tuviste algún problema con la habitación?

—Últimamente soy un culo inquieto, me apetecía probar otro colchón.

No dice nada más, pero funciona. La sala se ríe —ella no— y la siguiente pregunta vuelve a ser sobre el partido. Leire se relaja sintiendo que se ha quitado un peso de encima porque hay ciertos periodistas que siguen un hueso hasta el final, y por un momento ha temido que alguno buscara a su padre para preguntarle y él acabara diciendo algo que les haga seguir queriendo investigar.

Está pensando en eso cuando la siguiente pregunta la golpea directamente en el pecho.

—¿Qué ha pasado en el pasillo con Brogan antes del partido? —es un hombre de unos cuarenta años el que habla desde la segunda fila —. ¿La relación entre Brogan y tú se ha estrechado o era un pulso entre dos rivales? Últimamente se os ve mucho juntas.

La mente de la española se convierte en un remolino de pensamientos, el miedo la invade y los nervios empiezan a asfixiarla, haciendo que pierda el control y responda a la defensiva —porque es lo que está acostumbrada a hacer cuando se trata de Kate— y dice lo último que debería haber dicho.

—Ya lo he dicho muchas veces, Brogan y yo solo somos compañeras que se toleran en la pista y no tienen nada en común fuera de ella.

Un silencio sordo le atraviesa los tímpanos cuando termina de hablar mientras que en la sala se produce un leve murmullo entre comentarios de los propios periodistas.

—Gracias por venir —dice con la voz estrangulada, levantándose antes de darles tiempo a preguntar nada más.

Abandona la sala y sale al pasillo con las piernas temblando y la sensación de que está cayendo de cabeza por un precipicio. Acaba de hacer justo lo contrario a lo que le prometió a Kate. Ha tenido una oportunidad clara para decirle a todo el mundo de una vez por todas que está enamorada de ella, que está harta de preguntas y que solo quiere que las dejen en paz a partir de ahora, pero no lo ha hecho y ni

siquiera puede decir que esta vez ha sido por cobardía; ha sido su cabeza, los nervios y el jodido estrés que siente estos días.

No era el momento; ahora no habría podido lidiar con esto, y tampoco sabe cómo lidiará con Kate cuando se vean, porque sin necesidad de que le hable, es consciente de que lo que ha dicho ha sido como clavarle un puñal en el centro del corazón.

Capítulo 19

Cuando ve a Kate, Leire ya sabe que las cosas han cambiado. No necesita que se lo diga para entenderlo, le basta con ver su expresión corporal cuando abre la puerta porque tiene la cabeza baja, las manos hundidas en los bolsillos y los hombros encogidos. Después de la rueda de prensa, Diane la estaba esperando en la entrada del edificio, cruzada de brazos junto a la puerta.

—Quiere hablar contigo, y te agradecería mucho que al menos esto se lo concedieras sin darle más largas.

La expresión de la entrenadora de Kate era severa y su voz más cortante que el cuchillo afilado de un carnicero.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Leire.

—Si me dices en qué hotel estás, puedo gestionarlo para colarla esta noche sin que nadie se entere.

Leire se lo dijo, le dio el número de habitación y acordaron que iría sobre las once de la noche. La pelirroja acaba de entrar en su habitación, vestida toda de negro con el pelo escondido bajo una gorra y la capucha de la sudadera subida.

Kate se lo quita todo cuando entra y pasa de largo hacia el fondo de la habitación, agradeciendo que esta no tenga sofá y en su lugar haya dos sillones enfrentados junto a la ventana, donde Leire ya ha tenido la precaución de correr la cortina.

Se sienta y apoya la espalda en el respaldo, colocando las manos abiertas sobre los reposabrazos, completamente rígida. Leire se mueve al fin y camina hasta el otro sillón, y es cuando se sienta y la mira a los ojos —enrojecidos, hinchados y apagados— es cuando realmente ve el alcance del daño que han hecho sus palabras en la rueda de prensa.

—Kate, lo siento —dice, estirando las últimas sílabas para enfatizar la verdad de sus palabras.

La mirada de la australiana se levanta.

—¿Qué es lo que sientes exactamente, Leire? ¿Prometerme una cosa y hacer justo lo contrario, o mentirme a la cara? —el tono de

Kate le produce un escalofrío y hace que el pecho se le apriete.

No es porque sea duro, es por lo cansada que suena, pero Leire también se siente exhausta, sin saber cómo lidiar con esto y lo de su padre al mismo tiempo.

—Todo, nena, lo siento todo. Me puse nerviosa, no me esperaba la pregunta y en ese momento colapsé…

—Siempre tienes una excusa para todo, Leire, y estoy muy cansada. Me agota estar aquí esperando tus migajas, me agota que no me tengas en cuenta o que te cambies de hotel y yo me entere en los pasillos, pero lo que más me cansa es esto, venir a hablar contigo y que siempre encuentres una razón que justifique todo lo que haces. Las decisiones las tomas tú, no los demás. Tú estabas sentada delante de ese micrófono y pudiste tomarte dos segundos para pensar lo que ibas a decir. No hacía falta que dijeras que tenemos algo, pero decir que no tenemos nada en común con ese desdén… ¿Te haces una idea de lo que sentí?

Sí que puede imaginárselo, le basta con pensar en cómo se hubiera sentido ella si la situación hubiera sido diferente y la pelirroja fuera quien hubiera hablado así, pero sabe que decírselo no soluciona nada, que ha empujado a Kate hasta el límite y ahora ya no le bastan las palabras.

—Te he dicho que lo siento, Kate, y sabes que es cierto, pero no estoy en mi mejor momento. Estos días han pasado cosas que todavía no sé cómo gestionar…

Kate la corta al emitir un intento de sonrisa sarcástica que ni siquiera logra formarse en sus labios.

—Han pasado cosas que ni te molestas en contarme —vuelve a soltar el aire en una risa, esta vez por la nariz y sin mirarla—. No te apoyas en mí, tienes un problema y no te sientes cómoda para contármelo. No sé cómo no he visto todo esto antes.

—Sí que confío en ti, eres la única persona ahora mismo en quien confío ciegamente —asegura Leire—, es solo que todavía no estoy lista.

—Lista, ¿para qué, Leire?

—¡No lo sé, joder! —se desespera, frustrada—. Para contártelo.

Los ojos se le encharcan, pero en esta ocasión Kate ya no se ablanda, ella ya ha llorado mucho por esta relación y no quiere seguir haciéndolo.

—Es algo que todavía tengo que asimilar, estoy muy saturada y no puedo batallar con tantos frentes ahora mismo.

—Conocí a alguien, ¿sabes? —empieza Kate, y Leire se calla de golpe.

La pelirroja se ha inclinado hacia delante, apoyando los codos en sus rodillas mientras se frota las manos y habla.

—Los días que estuve en la isla, Diane contrató a una deportista retirada que se dedica a asistir a gente que va a salir del circuito profesional por problemas como el mío —Kate no levanta la mirada, ahora mismo le da igual si Leire le presta atención o no, ella solo necesita soltarlo—. Te ayuda a orientarte, a aprender a encajarlo y a buscar alternativas que llenen el hueco que deja lo otro, ese tipo de cosas.

—Suena bien… —murmura Leire, que tiene un zumbido instalado en los oídos que no se apaga desde que le ha dicho que conoció a alguien.

—Se llama Rachel, es exnadadora y se retiró por una lesión. Es una mujer muy amable y cercana, sabe escuchar y sin pretenderlo me hizo sentir bien. Salíamos a pasear mientras hablábamos porque la idea de encerrarme en casa me asfixiaba. Conecté con ella, es divertida y atenta y consiguió que me sintiera vista de una manera que hacía mucho tiempo que no experimentaba.

Leire nota que la garganta se le está cerrando y no puede evitar preguntar antes de que el nudo que se le está formando le impida hablar.

—¿Te acostaste con ella? —la voz le sale quebrada y Kate levanta la mirada.

Para cuando lo hace, los ojos ya le pican con nuevas lágrimas y la barbilla ha comenzado a temblarle.

—No, pero una tarde pasó algo y estuvimos a punto de besarnos. Y quise hacerlo, Leire —las lágrimas empiezan a resbalar por sus mejillas, pero ella no se mueve ni se limpia, solo quiere terminar de contarlo—. Me hizo plantearme cómo sería tener una relación con alguien que no me escondiera, alguien que se cruzara conmigo en un pasillo y no se tensara y mirara en todas direcciones para saber quién está mirando. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho.

Se toca la cicatriz de la ceja porque empieza a picarle, y Leire siente que su pecho se resquebraja por dentro.

—Estás saturada —Kate intenta sonreír, pero la tristeza no la deja —, no te preocupes, por mi parte no tienes que hacer nada más, no voy a seguir siendo un problema para ti.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca te pediré que te expongas ni que hagas algo que no quieres hacer, pero tú tampoco puedes pedirme que siga quedándome aquí, esperando, conformarme con tan poco que a veces ya no estoy segura de merecer más. Se acabó, Leire.

El jadeo de angustia que escapa de la garganta de Leire hace que Kate deje de respirar unos segundos. Ve cómo le cambia la expresión, los hombros se le hunden y su cuerpo se deja caer hacia atrás como si acabara de correr una maratón que la ha dejado sin energía.

Kate se limpia las lágrimas y se levanta.

—No me arrepiento de haberte conocido, ni de nada de lo que ha pasado. Te he querido mucho y te sigo queriendo, eso no va a cambiar porque me aleje, pero necesito quererme yo también. Suerte, Leire, espero que resuelvas ese problema que te angustia. Ya nos veremos por la pista.

Leire asiente, incapaz de abrir la boca sin sollozar, por lo que no puede decirle que ella también la quiere, que es lo mejor que le ha pasado en la vida y que, aunque sabía que perderla era una posibilidad, no estaba preparada para la devastación que siente.

La ve salir convertida en un borrón oscuro después de que se ponga la gorra y la capucha, y dos horas después, Leire sigue en la misma posición, anclada en el sillón, con la cara empapada, los ojos y la nariz escocidos y un dolor de pecho que no sabe exactamente de dónde viene.

Capítulo 20

—¿Estás lista, cielo? —pregunta Diane, de pie al lado de Kate, que está a punto de entrar a la rueda de prensa que ella misma ha convocado.

Ya han pasado tres días desde su ruptura definitiva con Leire. Desde entonces no han hablado, se han saludado en los pasillos con un simple gesto de cabeza y de alguna manera retorcida y extraña, la gente ha percibido la tensión entre ambas y los rumores sobre su rivalidad han vuelto a dispararse. Las dos han pasado los octavos de final. La espalda le está dando una tregua, como si su cuerpo supiera que este es el último torneo y le estuviera regalando la oportunidad de jugar con todas sus capacidades, lo cual hace más difícil todo esto.

—No —responde con tristeza.

—Lo sé —Diane le da un apretón en el brazo, le pasa la mano por la espalda para calmarla y sonríe con una mezcla de ternura y admiración—. Eres muy fuerte, y lo estás haciendo muy bien.

Diane no lo dice solo para animarla, sino porque lo piensa de verdad. Cuando la vio salir de la habitación de la española solo pudo cogerla de la mano y guiarla hasta fuera del edificio, donde un taxi las esperaba en la entrada, y una vez en el interior fue donde pudo abrazarla cuando la pelirroja se dobló hacia ella, llorando e hipando contra su pecho mientras ella trataba de consolarla y poner una tirita sobre ese corazón roto.

Llegaron a su hotel, Diane entró con la jugadora en su habitación y al final se quedó a dormir con ella, manteniéndola abrazada durante toda una noche en la que ninguna de las dos durmió más de tres horas.

Al día siguiente tuvo que hacer de maquilladora para intentar disimular las ojeras de la tenista y el poco color que tenía en la cara, y desde entonces Kate se ha convertido en una sombra de sí misma que se mueve por inercia a la espera de acabar el torneo y poder volver a su casa sabiendo que ha perdido todo lo que más quiere: Leire y el tenis.

—Tendrías que hacer la rueda de prensa, Kate —le dijo ayer—. Tienes que anunciar que te retiras y hacerlo mientras sigas clasificada; como te eliminen y lo digas después, vas a darles razones para especular y decir gilipolleces como que has perdido facultades y que lo de la espalda es solo una excusa.

Desde que Kate tomó la decisión, Diane ha sido partidaria de anunciarlo cuanto antes, pero la pelirroja no estaba lista, necesitaba tiempo para asimilarlo antes de contárselo al mundo y, aunque todavía no lo ha aceptado del todo, el tiempo se le acaba. Así que accedió y su agente se encargó de convocar una rueda de prensa esta mañana, antes de que empiecen los partidos.

—Todo está listo —anuncia alguien dirigiéndose a ella, pero Kate apenas entiende lo que escucha porque su mente, completamente dispersa desde su ruptura con Leire, está en otro sitio.

En concreto, está en la conversación que tuvo anoche con Rachel después de que la mujer la hubiera estado llamando desde que Diane le contó lo que había pasado. Kate no se sintió con fuerzas para hablar de ello hasta anoche, cuando al fin descolgó y volvió a llorar como una magdalena en cuanto escuchó la voz baja y cariñosa de Rachel.

—Lo siento mucho, Kate —empezó la mujer, y como la pelirroja empezó a hipar y no lograba calmarse, Rachel comenzó un monólogo para contarle todo lo que había hecho durante el día. Lo hacía despacio, añadiendo pausas y resoplidos cuando algo la había frustrado, y poco a poco la tenista comenzó a tranquilizarse, a prestar atención a lo que decía e incluso a reírse en algunos momentos—. Lo superarás —aseguró cuando ella comenzó a poder articular palabras encadenadas hasta convertirlas en alguna frase corta.

—Supongo que sí —respondió ella—, aunque no estaba lista para perder las dos cosas al mismo tiempo, esperaba que ella estuviera ahí, que me apoyara, que fuera mi roca cuando me quedara coja.

—Lo sé, pero a veces las cosas no salen como queremos y la mierda viene junta en el momento menos oportuno; pero si hay alguien capaz de seguir adelante y volverse más fuerte, esa eres tú, Kate Brogan.

Ella se echó a reír, aunque la sonrisa apenas fue un temblor en sus labios cuando intentó estirarlos, y desde entonces solo piensa en eso, en resurgir como un ave fénix porque no se puede permitir hundirse del todo.

—Vale, vamos —dice al fin.

Diane asiente y sale con ella, sentándose a su lado cuando Kate se pone ante los micrófonos. La sala de prensa del Abierto está más llena de lo habitual, casi tanto como si fuera para una rueda de prensa tras la final, y a Kate se le seca la boca antes de decir una palabra. Diane se ha colocado a su derecha, lista para ser su pilar en uno de los momentos más duros de su carrera, en el que se hará realidad que esto termina para ella.

Kate acerca el micrófono y carraspea.

—Buenos días —la voz le sale más baja de lo que esperaba y eso la pone más nerviosa—. Gracias por venir, agradezco mucho que estéis aquí tan temprano.

Mira un segundo el papel que ha traído para que la ayude si se queda en blanco, pero ahora mismo solo ve manchas de tinta sobre la hoja, así que lo aparta hacia un lado y Diane lo coge y lo dobla cuando entiende que no va a utilizarlo.

—Me había preparado una chuleta, pero parece que si lo leo no me va a salir —algunos en la sala sonríen; Candela no lo hace porque ahora mismo Kate Brogan le parece tan vulnerable como lo era su hermana el día que se sentó a la mesa y les contó que le gustaban las mujeres—. He decidido que este es mi último torneo. Cuando termine aquí, lo dejo, me retiro.

El murmullo de la sala sube y baja como una ola y las cámaras empiezan a disparar contra ella sin piedad. Kate trata de mantenerse erguida, pero al final termina bajando la vista y tragando saliva para continuar.

—No es una decisión libre, es una decisión de mi cuerpo. Mi espalda ha dicho basta y he decidido escucharla antes de que empeore. Eso es todo lo que tengo que decir, sin dramas —lo dice como si estuviera intentando convencerse a sí misma antes que a los demás—, bueno, sí que hay un poco de drama, miradme —Kate se señala la cara, donde ya tiene los ojos encharcados.

La sala vuelve a murmurar y la pelirroja escucha algunas frases de ánimo.

—Kate, ¿desde cuándo lo sabes? ¿Es una decisión reciente? —pregunta alguien que ha levantado la mano desde la segunda fila.

—Sí, es relativamente reciente y todavía no he tenido mucho tiempo para asimilarlo, pero aquí estamos.

—Lo lamentamos, Kate. ¿Cómo se lo ha tomado tu familia? —pregunta otro.

—Mejor que yo —Kate sonríe y contagia su dulzura a toda la sala —. Me apoyan y están encantados con la idea de que priorice mi salud y, con suerte, que pase más tiempo en casa.

La sala vuelve a reír.

—Imagino que será muy difícil para ti estar sentada ahí contándonos esto —dice otra persona.

Y ahí es donde Kate se rompe un poco. La garganta se le cierra cuando intenta responder y lo que iba a ser una frase se queda en un sonido raro que hace que todo el mundo se quede en silencio. Se lleva los nudillos a la boca, mira al techo y parpadea, y entonces es Diane la que le pone una mano en la espalda mientras se inclina hacia el micrófono.

—Lo está intentando —responde mientras se traga su propia congoja—. Dadle un segundo, por favor.

La entrenadora sube la mano por su espalda, le aprieta el hombro y Kate asiente sin mirarla mientras intenta respirar despacio. Cuando se siente lista para hablar, le sorprende lo nítida que le sale la voz.

—Perdón —se ríe de sí misma, secándose los ojos con los dedos—. Llevo desde que lo decidí sabiendo que tenía que entrar aquí en algún momento para contarlo. Estaba convencida de que podría hacerlo, decirlo del tirón y salir de la sala sin que me vierais llorar, pero parece que lo que pienso y lo que hago no comulgan muy bien.

Los periodistas sonríen y de nuevo vuelve a escuchar palabras de apoyo.

—Respondiendo a la pregunta, sí, es muy difícil estar aquí despidiéndome de un deporte que he amado desde que tengo memoria. Da mucho miedo soltar lo único que sabes hacer, aunque sepas que es lo que toca.

—¿Qué es lo que más vas a echar de menos, Brogan?

—Esto no, desde luego —señala las cámaras y los micrófonos y arranca otra risa general—. Ahora en serio. Creo que lo que más echaré de menos es el momento de antes. El pasillo antes de salir a la pista, cuando se oye al público al otro lado y tú todavía no has hecho nada para merecer los aplausos. Es un momento donde todo es posible. Echaré de menos eso y a toda la gente que me ha acompañado en esta aventura, pero sobre todo a esta mujer, que no

solo ha sido mi entrenadora, sino una gran amiga y el mayor apoyo que alguien en mi sitio podría desear.

Se gira de repente hacia Diane y le da un beso sonoro en la mejilla.

—Diane, ¿unas palabras? —pide alguien.

Ella, todavía sobrecogida por la muestra de amor de Kate, le pasa una mano por detrás de la cintura y se inclina hacia el micrófono.

—Se supone que yo no tenía que hablar —dice seria—. Ni que llorar —añade limpiándose los ojos, y regresa a su sitio.

El apoyo de la sala es inmediato y ellas se miran y se sonríen.

Las siguientes preguntas son sobre el diagnóstico y el estado en el que se siente ahora mismo. Después se vuelven más ligeras: van desde el mejor recuerdo, el partido del que está más orgullosa o qué piensa hacer cuando esto acabe.

—La verdad es que no tengo ni idea, todavía no he tenido tiempo de decidir nada. A lo mejor aprendo a cocinar algo que no sea solo pasta —bromea, arrancando más risas—, o pruebo eso de descansar de verdad a ver qué tal se me da.

Kate empieza a relajarse poco a poco, pensando que ya no puede tener más sobresaltos, pero le queda el último.

—Brogan, si llegas a la final aquí, ¿contra quién te gustaría jugar tu último partido?

—La verdad es que me da igual —responde relajada, incluso se recuesta en la silla—. A estas alturas me conformo con llegar. Si lo hago con esta espalda que tengo, habré ganado juegue contra quien juegue.

—¿Pero no te gustaría que fuera contra Leire Cobos? Habéis sido rivales durante mucho tiempo porque siempre habéis tenido un nivel muy parecido. Sería un final redondo.

Kate se queda callada. Y no es porque esté meditando la respuesta, es porque escuchar el nombre de Leire en un momento de vulnerabilidad como este le ha vaciado los pulmones. Siente la mano de Diane en el muslo, buscando la suya en un sitio donde nadie puede verlas.

La pelirroja respira varias veces mientras los periodistas aprovechan el silencio para hacerle más fotos.

—Leire Cobos —dice cuando levanta la cabeza, y después esboza media sonrisa—. Si de verdad queréis verme retirarme feliz, lo que tenéis que desear es que me toque alguien a quien yo pueda ganar, y Cobos, con ese revés que tiene, no está en mi lista ahora mismo.

La sala se vuelve a reír y Kate aprovecha el momento para acercarse otra vez al micrófono y terminar con este momento.

—Y con eso lo dejamos. Gracias a todos por venir.

Se levanta antes de que nadie pueda alzar una mano de nuevo. Diane lo hace con ella, le pone una mano en la espalda baja, justo donde le duele, y la guía hacia la puerta mientras los flashes las siguen hasta que salen de su vista.

Cuando regresa a su habitación para ducharse y prepararse para el partido, recibe un mensaje de Leire.

“Lo he visto. Lo has hecho muy bien y has sido muy valiente. Siento no poder estar ahí contigo ahora mismo, ni haberlo estado nunca cuando me has necesitado, pero quiero que sepas que estoy muy orgullosa de ti. Eres la mujer más fuerte que conozco. Te quiero”

Los ojos de Kate se vuelven a llenar de lágrimas.

Capítulo 21

—¿Te parece bien si desayunamos juntos y hablamos? —propone Isaac cuando Leire baja al lobby del hotel para encontrarse con él—. Siento no haber podido hasta ahora, pero después de la comida me liaron para ir al campo de golf, y ayer me fue imposible.

Leire se encoge de hombros y termina de responder un mensaje a su amiga Marta, que ayer, tras el anuncio de Kate de su retirada, la llamó dos veces y no le contestó ninguna de ellas porque la congoja todavía le aprieta la garganta y no se ve capaz de hablar sin romperse.

«Está todo bien, te llamo en otro momento, estoy muy liada estos días. Te quiero»

Se guarda el teléfono en el bolsillo y levanta la mirada, encontrándose la de Isaac sobre ella.

—Vale, vamos a cualquier cafetería menos a la del hotel, la comida es bastante sosa —dice muy seria.

Isaac sonríe.

—Deberías haberme llamado para que te buscara otro sitio para alojarte, este es bastante mediocre. Después me ocuparé de trasladarte. Vamos —el agente empuja la puerta de salida y la mantiene abierta mientras sale la jugadora—. He visto un par de cafeterías cerca de aquí que estaban bien, elige la que más te guste.

A Leire no le ha gustado ninguna y al final han caminado casi diez minutos en silencio hasta que ha visto una que le ha llamado la atención.

—Bueno, cuéntame qué demonios pasa —pide Isaac tras esperar a que les sirvan el pedido para poder hablar sin interrupciones.

—¿Me vas a decir que tú no lo sabías? —se tensa Leire—. ¿Que no estás en esta mierda con mi padre?

El hombre frunce el ceño, tan desconcertado que la tenista duda de ella misma unos segundos.

—¿Metido en qué, Leire? Te juro que estoy muy perdido. Lo único que sé es que el otro día tu padre se marchó sin dar explicaciones y

que tú decidiste cambiar de hotel sin decírmelo. ¿Sabes lo estúpido que me sentí cuando me preguntaron qué había pasado?

—Mi padre le envió fotos mías y de Kate a una periodista —suelta Leire con sequedad, mirándolo fijamente a la espera de algún gesto que lo delate.

—Fotos vuestras hay por todas partes. Sois deportistas de élite y salís...

—Fotos íntimas —las cejas de Leire casi se han juntado al decirlo, e Isaac por poco se atraganta con la tortita que estaba masticando.

—Espera, ¿fotos de qué tipo? —pregunta alarmado—. ¿Y a quién coño se las ha mandado?

La tenista lo mira sin responder durante varios segundos.

—Leire, contesta, por el amor de Dios. ¿Qué cojones ha pasado? —pregunta nervioso.

—¿De verdad no sabes nada? —insiste, todavía dudando, pero si le está mintiendo, Isaac es el mejor actor que ha visto en su vida.

—No, cojones —se desespera él—. ¿Qué es lo que ha hecho tu padre?

—¿Qué sabes de Kate y de mí? —pregunta con la intención de pillarlo mintiendo.

Isaac deja el tenedor, se limpia la boca con la servilleta y se recuesta en la silla.

—Sé que te acuestas con ella. Lo sé desde hace más de un año porque me lo dijo un tipo que es editor en un periódico. Afirmó que una de sus reporteras tenía fotos tuyas y de Brogan en actitud cariñosa, pero nunca me las enseñó.

Leire ya no sabe qué pensar.

—Si lo sabías, ¿por qué no me dijiste nada?

—Porque no es asunto mío con quien te acuestas. Haces tu trabajo, juegas de puta madre y me haces ganar una pasta; no te ofendas, pero mientras eso no cambie, a mí no me interesa lo que haces con tu vida privada. Ahora dime qué carajo ha hecho tu padre.

—Candela Valle vino a verme hace unos días para advertirme. Me dijo que alguien le había estado enviando fotos mías y de Kate, y me las mostró. Una en el vestuario, imagino que la hizo él desde la puerta, pero la otra era dentro de mi habitación. Puso una puta cámara para grabarme con ella.

Isaac se rasca la barba, desconcertado.

—¿Me estás diciendo que la cámara la puso tu padre? —pregunta dudando—. Es imposible, Bruno jamás haría esa barbaridad; puede ser...

—Me lo confesó.

Las palabras de Leire dejan a Isaac sin aliento. Su cara cambia de color varias veces: primero blanco, después se pone rojo de rabia y por último pierde el color de nuevo.

—¿Por qué coño haría eso? Si esa periodista lo publica, solo podría perjudicarte. Algo así solo debes contarlo tú, y era evidente que no pretendías hacerlo. ¿Lo hizo por dinero? ¿Valle le pagó por las fotos? —pregunta, cada vez más perdido.

—No estás entendiendo nada. Candela no ha publicado nada ni pretende hacerlo. La periodista que te dijeron que nos había fotografiado fue ella, pero decidió no hacerlo público. Por eso mi padre acudió a ella: se las envió porque sospechaba que tampoco las publicaría, que acabaría viniendo a mí para mostrármelas.

—Pues ahora lo entiendo menos; si no lo hizo por dinero...

—Quería asustarme, que yo viera las fotos, me acojonara y rompiera con Kate.

Él la mira, confuso.

—Según él, estoy tirando mi carrera a la basura al arriesgarme a que me vean con Kate teniendo firmado el contrato con Costel. Dice que podrían demandarme por incumplimiento y arruinarme, que lo hizo por mi bien.

Las cejas de Isaac se levantan y después suelta una risita cargada de ironía.

—¿Por qué te ríes?

—Porque pensaba que tu padre era más listo, pero al parecer es más estúpido de lo que creía.

Leire se remueve, incómoda porque no entiende nada.

—Costel no te puede hacer nada si se descubre que te acuestas con Brogan o con diez mujeres cada noche. Me ocupé de eso; es una de las cláusulas que exigí en la última negociación, por eso tardamos tanto en firmar oficialmente.

—¿A qué te refieres con que no pueden hacerme nada?

—Imagínalo así —empieza Isaac—. De alguna manera, se hace pública una foto tuya con Brogan, o lo que sea, alguien lo filtra y se descubre que te acuestas con mujeres. La cláusula permite que Costel rescinda el contrato contigo sin dar explicaciones públicas, pero

tendrían que indemnizarte con tres millones. Ellos nunca tendrían que exponer públicamente que son unos homófobos de mierda, y a cambio, no podrían joderte.

Las cejas de Leire salen disparadas hacia arriba.

—¿Cómo has conseguido eso?

—Porque soy tu agente y ese es mi trabajo: proteger tus intereses, y en consecuencia, los míos. Desde que supe lo tuyo con Brogan he lidiado con bastantes mierdas y silenciado unas cuantas bocas. No sabía que era Valle quien tenía la foto que mencionó ese tipo, pero no es la única que lo sabía. En todo este tiempo he pagado a tres personas para que no publiquen la noticia. Perdona que sea malhablado, Leire. Puede que os escondierais para follar, pero para lo demás erais jodidamente evidentes. Los roces y las miradas que os dedicabais cuando os cruzabais en la pista o los pasillos eran demasiado incriminatorios, y esa fea costumbre de Brogan de ir a verte al vestuario después de los partidos me ha costado una buena pasta.

Leire está perpleja, con el corazón tan desbocado que teme marearse.

—No entiendo; quieres decir que…

—¿Os han visto? —Isaac niega con la cabeza de forma divertida—. Vamos, Leire, no me puedo creer que seas tan ingenua. Los vestuarios son grandes, puede haber alguien en cualquier rincón sin que lo veáis. ¿Os habéis molestado alguna vez en comprobarlo?

—Yo no… —empieza turbada, buscando en su mente esos momentos, pero son demasiados y a ella siempre se le nubla el juicio en presencia de Kate.

—Lo imaginaba. En fin, no importa; por ahora lo tengo controlado, así que tranquila. Cuando estés lista me lo dices y montamos una declaración rápida, sin preguntas. Dos minutos y te olvidas —dice él, y ella siente que todo le da vueltas.

No termina de comprender la reacción de Isaac; pensaba que era un tipo tan chapado a la antigua como su padre y la propia marca que la patrocina, pero no parece escandalizado, ni siquiera preocupado.

—Isaac, siento haber pensado que…

—¿Que lo sabía? —la ayuda—. Tranquila, lo entiendo; a veces me comporto como un gilipollas arrogante. Y puede que en ocasiones lo sea y que me guste mucho el dinero, no nos vamos a engañar —ella

logra sonreír—, pero te aprecio, Leire, y mientras yo pueda evitarlo, los leones no te van a saltar encima hasta que no estés lista para comértelos tú a ellos.

—Ya no creo que haga falta —Leire baja la mirada hacia sus manos, sorprendida de estar hablando de esto con él.

—¿A qué te refieres?

—Kate me ha dejado, y no la culpo, así que puedes estar tranquilo; a partir de ahora no creo que te hagan más chantaje.

El hombre suspira, pero no es un suspiro de alivio, sino de comprensión.

—¿Y estás bien con eso? ¿Sin ella?

Los ojos se le encharcan de golpe y le resulta imposible detener las lágrimas.

—No —sonríe con tristeza—, pero yo sola me lo he buscado. He mantenido a Kate en la sombra durante tres años, demostrándole cada día que no era suficiente para mí, que me importaba más lo que pudieran pensar los demás que mis sentimientos hacia ella.

Él se remueve, incómodo. Está preparado para lidiar con cualquier cosa, pero consolar a una mujer con el corazón roto es algo para lo que no tiene mucha experiencia.

—No sé qué decirte, Leire; a mí los líos amorosos no se me dan muy bien, de lo contrario ya me habría casado, pero deberías preguntarte qué es lo que de verdad es importante para ti, y olvidarte de lo que puedan pensar los demás.

—Siempre me he escudado en Costel, ¿sabes? Me aferraba a mi contrato con la marca para justificar el miedo que me da exponerme, convertirme en el centro de atención, que me señalen y que mi orientación sexual se convierta en un dato más importante que mis resultados en los partidos.

—Brogan es abiertamente lesbiana y yo no veo que la acosen por eso, ni siquiera cuando lo hizo público.

Leire levanta la mirada y sonríe divertida, porque la manera de explicarlo de Kate fue salir de un hotel con una chica de la mano, sonreír a las cámaras junto a ella y, cuando le preguntaron si era su chica, respondió muy tranquila que no.

«No os preocupéis, cuando tenga novia seréis los primeros en saberlo.»

Dijo eso y siguió caminando junto a la chica sin más y, aunque estuvo en todas las portadas esa semana, fue todo tan natural que

cuando la vieron con la siguiente apenas le prestaron atención, más allá de algunos artículos.

—Kate es diferente —sonríe con ternura—, siempre consigue que todo parezca fácil.

—Sí, tal vez —Isaac está de acuerdo; hay pocas jugadoras en el circuito con el desparpajo de Kate Brogan, aunque últimamente parezca haber perdido esa parte de su personalidad y siempre ande pasando lo más desapercibida posible—. Entiendo que a ti te cuesta más, pero si algún día te sientes con fuerza para hacerlo, me tienes aquí.

—Gracias.

—Respecto a lo de tu padre —dice, todavía sin creérselo—, ¿qué quieres hacer?

Leire levanta la mirada.

—Me refiero a si lo vas a dejar pasar o vas a tomar medidas legales.

—Asegura que no vio nada, que detuvo la grabación en cuanto tuvo la primera imagen, pero no sé…

—Lo que él afirme importa un carajo, Leire. Violó tu intimidad y la de Brogan, y mandó a la mierda tu confianza. No sé qué tipo de delito es exactamente, pero fue demasiado lejos, así que, si quieres tomar medidas, dímelo y contrataré a un bufete especializado en estos temas para que se le quiten las ganas de volver a hacerlo.

Leire asiente; sabe que debe hacerlo, que es lo correcto y, aun así, le cuesta porque todavía no termina de creerse que haya sucedido, que de verdad su padre, el único familiar que le queda, haya sido capaz de esto.

—¿Puedes informarte de lo que puedo hacer?

—Haremos esto —propone él, inclinándose hacia delante cuando ve sus dudas, que sin duda comprende—. Buscaré y me informaré bien, y te pondré sobre la mesa todas las opciones. No tienes que decidir nada; si no quieres seguir, lo paramos y se queda en un cajón, y si quieres hacerlo, nos lanzamos de cabeza. ¿Brogan lo sabe?

—No, no encontré las fuerzas para contárselo.

—Pues deberías hacerlo; ella también sale en esas imágenes y tiene derecho a opinar y decidir si toma sus propias medidas.

—Lo sé —la española asiente—; es solo que la situación entre nosotras está un poco tensa ahora, pero buscaré el momento para decírselo.

—Bien. Yo hablaré con Candela Valle; si sigues adelante, hará falta su testimonio.

La jugadora asiente y su cabeza parece hundirse entre sus hombros. Isaac no es un hombre fraternal, ni siquiera se considera cariñoso, pero aprecia a la tenista y, teniendo en cuenta que es la primera vez que la ve tan afectada, está dispuesto a cualquier cosa para ayudarla.

—¿Quieres que te pida una tila?

—¿Pretendes que me entre sueño antes del partido de semifinales? —responde ella, intentando sonreír.

—Tienes razón, nada de tila. Oye, ¿lo de Brogan lo sabías? Lo de la retirada.

—Sí, me lo dijo en Cincinnati y, en lugar de mostrarle mi apoyo, me quedé congelada. Lo que no entiendo es que no me haya dejado antes.

—Supongo que debe costar mucho dejar a una persona cuando la quieres. No sabía que lo vuestro era tan serio.

Leire lo mira a los ojos, pero ni siquiera lo ve, como si las palabras de Isaac fueran las que ha necesitado para entender todo el daño que le ha hecho a una mujer que solo le ha dado cosas buenas y se ha mantenido a su lado durante tres años en los que se ha conformado con una relación en la que Leire daba un paso hacia delante y retrocedía dos hacia atrás, haciendo promesas que no cumplía mientras pedía sin dar nada a cambio.

Esa es la persona que ha sido para Kate, y esa persona no le gusta; no se reconoce en ella, y ya va siendo hora de que empiece a poner en orden su vida y priorizar lo que le importa.

Capítulo 22

Leire está en la boca del túnel con la bolsa al hombro y las manos cerradas en dos puños para controlar el temblor que siente en ellas. Ha llegado a la final y todavía no puede comprender cómo lo ha hecho, porque los partidos han sido para ella una transición hacia algún lugar cada vez más oscuro. Kate es la otra finalista, la chica pelirroja con la que ha pasado las mejores noches de su vida y la misma mujer con la que no ha logrado hablar todavía.

Desde su conversación con Isaac, donde descubrió sorprendida que su agente no era el tipo de persona que ella había pensado, ha intentado hablar con Kate en varias ocasiones. Le ha enviado algunos mensajes que la australiana no ha leído, y también la llamó tres veces sin obtener respuesta en ninguno de los intentos. Leire la entiende, sabe que es una forma de protegerse y de algún modo ha querido darle espacio, pero ahora, a punto de jugar la final, comprende que le ha dado demasiado, porque este es el último partido y cuando acabe, Kate ya no tendrá ninguna razón para seguir aquí.

Pensarlo hace que le cueste respirar y se arrepienta de no haber ido a su hotel, esperarla en el pasillo de su habitación o incluso haber apelado a Diane para rogarle que intercediera por ella y conseguir unos minutos con la pelirroja.

Al otro lado del estadio, Diane está sujetando la cara de Kate con las manos.

—Mírame, cielo —la entrenadora espera unos segundos porque Kate parece otra esta mañana.

La jugadora parece absorta desde que se ha levantado, y al mismo tiempo muy consciente de todo lo que pasa a su alrededor. Sus ojos se mueven y se quedan fijos sobre los de Diane, pero la mujer sabe que no la está viendo, que hay una cortina entre las dos que la australiana todavía no ha logrado atravesar.

—Céntrate, por favor —suplica, y ve ese momento en el que las pupilas de Kate parecen moverse ligeramente hasta que logra centrarse en ella—. Estaré aquí al lado, como siempre. Ya has

ganado, Kate, pase lo que pase ahí fuera, llegar a la final con todo lo que arrastras ya es un triunfo.

Kate asiente. Tiene los ojos brillantes y húmedos, pero hay una determinación y una fortaleza en su mirada que tiene impresionada a la entrenadora. Por primera vez en las últimas semanas, no ve miedo en ella, sino una calma fría que le está dando vértigo.

—Anda, ve —Diane le da un beso en la mejilla y le pone una mano en la cintura para que se mueva.

La megafonía dice su nombre y el estadio entero se levanta. Desde que anunció su retirada el apoyo es absoluto y le da una recarga extra de energía que le va a hacer mucha falta. No le duele la espalda, ni siquiera una molestia leve, y si lo hace, su cerebro no procesa ese dolor porque dentro de su pecho hay otro mucho más intenso que Kate también ignora porque le ha costado mucho llegar hasta aquí. Para ella no es solo la final de uno de los torneos más importantes del tenis, también es su final con un deporte que la ha acompañado desde que tiene memoria, y su despedida —por llamarlo de alguna manera— de la mujer que hay al otro lado de la red.

No esperaba enfrentarse a Leire si llegaba hasta aquí; de alguna manera pensaba que algún tipo de fuerza divina la libraría de este partido, pero al parecer su destino es despedirse de Leire oficialmente en el mismo sitio donde la conoció: una pista de tenis.

Kate sale a la pista con la garganta apretada, saludando con la mano mientras se muerde los labios para no romperse antes de tiempo. Sabe que no solo gritan por la euforia de la final, sino que también lo hacen para despedirla. Deja sus cosas en el banco y camina hacia la red al mismo tiempo que Leire, que ya le está tendiendo la mano incluso antes de llegar.

—Suerte —dice la española.

El apretón es fuerte y dura un par de segundos más de lo que debería. Kate siente el hormigueo que le provoca el contacto recorrer todo su brazo hasta estallar en la boca del estómago, algo muy parecido a lo que ha experimentado Leire, a la que ve exhalar de forma abrupta antes de que se suelten y se den la vuelta para colocarse en sus respectivos sitios.

Durante el primer juego, Leire comete dos dobles faltas seguidas y todos parecen sorprendidos teniendo en cuenta que una de sus ventajas siempre ha sido el saque, pero ella no lo está; tiene la cabeza en otra parte y es incapaz de concentrarse en el partido sin dejar que

otros pensamientos la distraigan. No le había pasado nunca hasta ahora, pero parece que su mente ha llegado al límite de lo que puede soportar. Solo puede centrarse en la dueña de esa coleta rojiza que se mueve por el otro lado de la red, y no precisamente para devolver sus golpes, sino para observar sus movimientos y cada línea de ese cuerpo que pronto no verá más.

Al contrario que ella, Kate ha logrado sacarlo todo de su cabeza, permitiéndose alejar todo lo negativo para poder jugar su último partido profesional en plenas facultades, disfrutando cada movimiento, dejando que los gritos del público le pongan la piel de gallina y absorbiendo cada segundo de este partido que sin duda recordará toda su vida. Su rival es irrelevante a pesar de que sea Leire; ni siquiera logra ser consciente del todo de cada fallo torpe que comete la española. Kate está tan concentrada que incluso da la impresión de saber dónde va a botar la siguiente bola antes de que su rival la devuelva.

Leire pierde el primer set casi sin oponer resistencia. Su revés, otra de sus joyas, por ahora no le está sirviendo de mucho, porque si no la tira larga, la potencia con la que lo devuelve no es suficiente como para hacer sufrir a la pelirroja para llegar.

Su nivel de desconcentración es tal que hay un momento durante el segundo set en el que recibe una bola fácil, una dejada que solo tiene que empujar para que caiga al otro lado de la red; si lo hace, es imposible que Kate llegue. Pero en lugar de mirar donde debe y concentrarse en calcular la fuerza y la distancia que necesita, se dispersa y en el último segundo mira a su examante y no a la pelota, golpeándola con tan poca fuerza que esta prácticamente resbala por su raqueta hasta botar a su lado.

Kate no celebra el punto absurdo que acaba de ganar; solo se da la vuelta para volver al fondo y seguir jugando del mismo modo, como si cada decisión que toma sobre la pista le estuviera saliendo del mismo sitio del que le salió la de dejar a Leire, la de vivir esperando a que otra persona se atreviera a apostar por ella. Se merece ser feliz, y si no es con la española tendrá que buscar su propio camino para lograrlo.

Mientras pelotea para sacar, piensa, con una serenidad sorprendente, que a pesar del dolor que le produce, ha hecho lo correcto. Se siente ligera, como si su cuerpo ya no cargara con ese

peso invisible que sentía que le hundía los pies en el asfalto y le dificultaba avanzar.

Es consciente de que frente a ella no tiene a la mejor versión de Leire, de que lo que ve al otro lado es una mujer intentando devolver pelotas. Está ganando con facilidad en el partido que más debería costarle, pero el deporte no es solo físico, es muy mental, y en esta final la mente de Kate ha vuelto a su sitio y es imparable.

El último punto, el que le da la victoria, llega a través de un saque directo que envía con tanta potencia que la pelota pasa por el lado de Leire sin que esta se mueva a tiempo.

El estadio estalla y Kate se queda quieta en el fondo de la pista, con la raqueta en la mano mientras mira al otro lado como si no terminara de creérselo. Después deja caer la raqueta y se lleva las dos manos a la cara, encogiendo el cuerpo hasta ponerse en cuclillas. Las lágrimas le llegan de golpe, no solo de alegría, sino de la tristeza de saber que acaba de jugar el último punto de su vida.

El público no deja de gritar su apellido, coreándolo hasta estremecerla. Haciendo un gran esfuerzo, logra levantarse, se seca las lágrimas con la muñequera y empieza a caminar hacia la red.

Leire ya está allí, esperándola con la cara también empapada en lágrimas, y no precisamente porque haya perdido el partido, sino porque sabe que la ha perdido a ella.

Se encuentran en el centro y lo que tendría que ser un saludo de diez segundos donde se estrechan la mano y se felicitan, se convierte en otra cosa en cuanto sus dedos se tocan. Kate nota el suave tirón de la española y deja que su cuerpo avance hasta que se funden en un abrazo como si una hubiera caído sobre la otra después de que las hubieran soltado del cable que las sujetaba. Las dos están temblando cuando Kate se rompe de nuevo, y ahora ya no sabe ni por qué está llorando; solo sabe que necesita seguir haciéndolo y que las manos de Leire en su espalda y su nuca le proporcionan la calma que buscaba, como si ese fuera el único lugar donde se siente a salvo y también el único que no puede tener.

—Enhorabuena, nena —susurra Leire contra su oído, con la voz tan quebrada que Kate hipa más fuerte al escucharla—. Te lo mereces, has jugado muy bien y... —se interrumpe porque no puede pensar con claridad—. Necesito hablar contigo, Kate, por favor. Solo eso, hablar.

La australiana se separa lo justo para poder mirarla. Tiene los ojos rojos e hinchados y se limpia con la palma de las manos antes de encontrar la serenidad suficiente para responder.

—No creo que quede nada más por hablar, Leire. Esta es mi despedida de todo esto —murmura, mirando hacia la grada de reojo —, y también de ti.

Le dedica una última sonrisa y se da la vuelta para caminar hasta su zona para refugiarse en un abrazo con Diane antes de seguir el protocolo de la ceremonia.

—Ya está, cielo —la mujer también está llorando, y Kate sonríe mientras asiente.

La ceremonia es como un borrón para Leire, que recoge su trofeo de finalista y lo sostiene para la foto sin apenas verlo. Cuando le acercan el micrófono para que diga unas palabras, solo consigue dar las gracias al público y a su equipo con una voz que no le parece suya, porque ella solo puede pensar en la última frase de Kate, que se le ha atravesado en el centro del corazón y la siente ahí como si tuviera clavado un alfiler. Se retira a un lado y deja pasar a Kate mientras siente que en su cabeza ha comenzado una cuenta atrás, una que la aleja de esta mujer para siempre y que la tiene cada vez más aterrorizada.

Kate alza el trofeo y lo levanta primero hacia el público y después hacia Diane, que ha sido su mayor pilar para llegar hasta aquí. El estadio ruge y se va callando poco a poco cuando le acercan el micrófono, que ella mira asustada como si fuera a atacarla.

—Gracias —dice, y tiene que detenerse para tragar saliva—. No se me dan bien estas cosas, así que voy a intentar no llorar más de lo que ya he llorado —se escucha un murmullo general de apoyo que le permite unos segundos para tragar otra vez—. Este ha sido mi último partido y me voy con el corazón roto porque esto ha sido mi vida durante los últimos años y siento que no sé hacer otra cosa, pero otra parte de mí se marcha feliz. Este deporte me lo ha dado todo: alegrías, disgustos, aprendizaje y también amor. En una pista como esta conocí a la mujer de la que estoy enamorada y, aunque no ha salido como esperaba, disfruté cada segundo que pasé a su lado. Ahora empieza una etapa nueva para mí, y solo quiero dar las gracias por todo lo que he recibido.

Kate levanta el trofeo hacia el público de nuevo, sonríe ante los aplausos y se gira para desaparecer por el túnel y no volver, con la

cabeza baja y los hombros hundidos. Es ese gesto de la pelirroja dándole la espalda mientras se marcha para siempre el que activa algo dentro de Leire que hace que de pronto lo vea todo con una claridad que la deja sin aliento: Kate se va. No es una discusión más ni una mala racha en su relación que después arreglan en la habitación del hotel. La australiana va a salir del estadio y, cuando lo haga, lo que hubo entre ellas habrá terminado.

Todo lo que Leire ha pasado años protegiendo —el contrato, la marca y su identidad— no es nada comparado con el terror puro y físico que le sube por la garganta al imaginarse el resto de su vida sin Kate formando parte de ella. Y, por primera vez, lo que le aterroriza no es exponerse, sino callarse y no hacer nada para detenerla.

Leire deja su trofeo en el suelo y da tres pasos hacia el presentador, arrancándole el micrófono de las manos mientras el hombre la mira boquiabierto.

—Yo también estoy enamorada de ti, nena.

La voz le sale alta y quebrada, pero tan clara que es imposible no entender lo que ha dicho. El estadio explota a su alrededor, pero Leire no lo escucha porque lo único que hace es mirar a Kate, que se ha quedado parada justo en la entrada del túnel, de espaldas, como si se hubiera congelado.

El corazón de Leire late muy deprisa, sus labios se mueven temblorosos y necesita dar bocanadas bruscas para intentar respirar. Suelta el micrófono cuando el hombre se lo coge de la mano mientras transita por los segundos más largos de su vida, que son los que Kate necesita para reaccionar, para entender que lo ha escuchado de verdad y que no ha sido ninguna invención macabra de su mente diciéndole lo único que necesitaba escuchar.

Se gira despacio, con un zumbido en los oídos que viene de su interior y no de los aullidos del estadio. Leire está ahí, expuesta, esperando su reacción en medio de una pista donde la están viendo millones de personas a través de las cámaras y, sin embargo, nunca le ha parecido tan segura de sí misma como ahora. La española tiene los hombros rectos, la cabeza alta y la mirada expectante porque lo único que le importa es lo que piense Kate, no lo demás, y solo puede rezar para no haber llegado demasiado tarde.

La pelirroja sonríe de repente y Leire suelta un sollozo de alivio que escucha todo el mundo porque el presentador sigue a su lado con el micrófono abierto. Se dobla un momento hacia delante, poniendo

las manos en las rodillas en un intento de serenarse y asegurarse de que no está soñando, pero cuando levanta la mirada, la australiana sigue allí, mirándola con una sonrisa de orgullo que Leire debió provocarle hace años.

Las dos están quietas y el estadio se ha callado de golpe, como si estuvieran conteniendo el aliento a la espera del siguiente movimiento, y la que lo hace es Kate, que simplemente se gira un poco hacia el túnel, pero no avanza; lo que hace es estirar el brazo izquierdo hacia atrás y abrir la mano a la espera de que Leire se una a ella.

La española casi tropieza con el presentador cuando sale corriendo en busca de la pelirroja, cogiéndole la mano incluso antes de llegar del todo, entrelazando sus dedos antes de desaparecer por el túnel junto a Kate.

Capítulo 23

Caminan por el túnel sin decir nada, tensas, con las manos unidas con una fuerza desmedida y los ojos vidriosos. Otras jugadoras que todavía no se han marchado del torneo las interceptan antes de llegar al vestuario para felicitarlas, también algunas personas a las que no conocen y personal que hay por la zona. Kate está en una especie de nebulosa, es incapaz de decir nada, solo de asentir y tratar de sonreír mientras avanzan, agradecida de que Leire no la haya soltado porque está un poco mareada con todas las emociones que acumula un cuerpo cansado y una mente exhausta.

Cuando al fin entran en el vestuario, agradecen estar solas y Leire suspira de alivio mientras cierra la puerta. Sabe que tienen que hablar de muchas cosas, que confesar que está enamorada de Kate no hace borrón y cuenta nueva como si nada hubiera pasado, pero ahora no puede sacar ningún tema, ni contarle lo de su padre ni hablar de ellas, porque la australiana tiembla de arriba abajo sin saber cómo gestionar tantas emociones en un día.

—Vamos a sentarnos un momento antes de que te desmayes —susurra Leire, guiándola hasta un banco de madera.

En cuanto se sientan, Kate se rompe de nuevo y empieza a hipar como si no tuviera oxígeno. Es el final de su carrera y todavía necesita un poco más de tiempo para procesarlo, para convencerse de que ha ganado, de que el público la ha adorado hasta el final y de que Leire está con ella sin esconderse.

—Deja que salga, cariño… —susurra la española, abrazándola con fuerza cuando Kate se dobla hacia ella.

La mantiene pegada a su cuerpo mientras le masajea la espalda con una mano y le va besando el pelo. Kate llora durante minutos hasta que al fin su cuerpo dice basta y comienza a calmarse. Cuando se incorpora, tiene la cara empapada, el flequillo pegado a la frente y algunos mechones de la coleta por el cuello, además de los ojos rojos e hinchados.

Leire se asegura de que está bien y se levanta a por pañuelos de papel.

—¿Quieres agua? —pregunta, agachándose frente a ella.

Kate asiente y Leire coge la botella de su mochila y se la entrega.

—Toma, bebe despacio y a sorbos cortos para que no te entre hipo.

La pelirroja obedece, da un par de tragos y le devuelve la botella, levantando la mirada hasta que sus ojos verdes conectan con los marrones de Leire por primera vez desde que han salido de la pista.

Hay tanta intensidad en su mirada que a Leire se le escapa el aliento y el corazón se le desboca.

—¿Cómo estás? —pregunta, y Kate solo asiente para indicarle que está bien.

En ese momento alguien llama a la puerta, lo hace de forma sonora y espera unos segundos antes de abrir.

—¿Puedo pasar un momento? Solo quiero ver cómo está —dice Diane, que conoce tan bien a Kate que sospechaba que iba a derrumbarse.

La entrenadora cierra la puerta a sus espaldas y se acerca a las tenistas, sentándose al lado de su protegida mientras Leire se mantiene agachada con las manos sobre sus rodillas.

—¿Todo bien, cielo? —pregunta Diane, y la barbilla de Kate sufre un ligero temblor antes de que las lágrimas vuelvan.

De nuevo, pasan unos minutos hasta que logra calmarse, y esta vez se pasa una muñequera por la nariz y la otra por los ojos.

—Estoy muy nerviosa —dice al fin, levantando un poco las manos, que le tiemblan como si estuviera vibrando.

—Es normal —asegura Diane—, demasiadas emociones para un solo día —dice, y mira de reojo a Leire, que no aparta la vista de Kate —. ¿Qué necesitas? ¿Quieres salir ya y te duchas en el hotel?

Kate niega con la cabeza.

—Estoy hecha un desastre —se pasa los dedos por los ojos y traga saliva—. Me ducho y nos vamos.

—Bien —Diane le da un beso en la mejilla y se levanta—. Solo por tenerlo claro, ¿os vais juntas o…?

—Juntas —responde Leire como un disparo—, si te parece bien —añade mirando a Kate.

—Sí.

—De acuerdo, ¿adónde? —sigue Diane.

—Mi hotel —esta vez es Kate la que habla primero, y Leire asiente sin más.

Diane se marcha y cuando se quedan a solas, Leire le coge las manos.

—Tenemos que hablar de muchas cosas, pero cuando estés lista. ¿Nos duchamos y nos vamos?

Kate afirma con la cabeza y ambas se desnudan y se meten en la misma ducha solo porque Leire necesita asegurarse de que, si vuelve a romperse, ella estará ahí para abrazarla.

Cuando el vehículo que las ha llevado se detiene frente a la entrada del hotel, hay casi tantos periodistas como había cuando han salido del estadio, y Kate no puede evitar mirar a Leire una vez más, todavía sorprendida por su entereza.

Al salir del coche, la española la espera y le tiende la mano, y entran al hotel con los dedos entrelazados, igual que cuando han salido del estadio.

—¿Estás bien? —pregunta Kate, que ahora está más serena.

Acaban de entrar en el ascensor y es como si ahora empezara a ser consciente del todo de lo que significa lo que Leire ha hecho, y le preocupa que se venga abajo o incluso que se arrepienta.

—Perfectamente, nena, estoy donde tengo que estar. Donde debería haber estado desde hace mucho tiempo.

Le aprieta más la mano y las puertas se abren. Kate tiene que inspirar con fuerza para que sus pulmones se llenen de aire tras sentir un estallido de mariposas diferente invadiendo su pecho al escucharla. Está acostumbrada a experimentarlo tras un roce o un beso de Leire, pero no por escucharla hablar.

Al entrar en la habitación, deja su bolsa de deporte en el suelo y va directamente hacia la cama, donde primero se sienta y después se deja caer hacia atrás, con los pies en el suelo y la espalda en el edredón. Leire se tumba a su lado, girada hacia ella con la cabeza apoyada en la mano y el codo en el colchón.

—No quiero hablar de nada ahora, Leire —murmura mirando al techo—, no creo que pueda recordarlo bien, no consigo concentrarme.

—No pasa nada, lo entiendo.

La española le pasa el dorso de la mano por la mejilla y sube con un dedo hasta su ceja, repasando la cicatriz muy despacio.

—¿Por qué no intentas dormir un rato? Pareces exhausta.

Kate no puede decir que tenga sueño exactamente, pero sí hay una flojera instalada en todo su cuerpo y tiene los ojos tan hinchados de llorar que mantenerlos abiertos hace que le piquen.

—¿Te quedarás? ¿Estarás aquí cuando…?

—Despiertes, sí. Estaré aquí siempre que me dejes.

La pelirroja traga saliva, todavía incrédula, y se arrastra por la cama hasta poner la cabeza en la almohada. Leire la sigue y se tumba a su lado, encajando sus rodillas detrás de las de Kate, que se ha acurrucado de lado.

—Duérmete —susurra Leire pasándole un brazo por la cintura.

Kate busca su mano, sus dedos vuelven a unirse y cierra los ojos, soltando el primer suspiro de tranquilidad de todo el día.

Se despierta con el olor a comida y cuando parpadea y logra abrir los ojos, Leire no está en la cama, está destapando las bandejas de comida sobre la mesa, que al parecer acaban de llegar.

—¿Te he despertado? —los ojos de la española se desorbitan de golpe cuando ve que Kate se está sentando, porque se ha esforzado mucho por no hacer ruido.

Ha salido de la habitación con sigilo y bajado al restaurante para pedir en lugar de llamar para no tener que hablar y molestarla, y ha esperado en el pasillo hasta que llegara el servicio para evitar que llamaran a la puerta.

—No, no creo —responde Kate, que es incapaz de saber qué es lo que le ha hecho abrir los párpados.

—Lo siento, he intentado no hacer ruido, pero quería que tuvieras comida cuando te despertases. ¿Cómo estás?

Leire se acerca a la cama.

—Hambrienta —sonríe Kate, que todavía está algo desorientada—. Pensaba que no me iba a dormir, ¿qué hora es? —pregunta, frotándose los ojos—. Joder, siento que tengo dos globos en la cara.

Leire se ríe, le pone una mano en el mentón para mirarla y hace una mueca divertida.

—Los tienes, están hinchados y rojos. Ve a lavarte la cara con agua fría para despejarte y termino de preparar la mesa.

—No me has dicho qué hora es.

—Has dormido cuatro horas más o menos.

Kate, que acababa de ponerse en pie, se gira en redondo hacia ella.

—¿Cuatro horas? —su cara de sorpresa es tan cómica que Leire no puede contener su carcajada mientras asiente—. ¿Por qué no me has despertado?

La seriedad vuelve al rostro de la española.

—Porque lo necesitabas. El día ha sido… —Leire mira un momento hacia arriba mientras busca la palabra—. Intenso, has pasado por mucho hoy. Despedirte del tenis por una lesión tiene que ser muy duro, Kate, y yo últimamente no he ayudado mucho —su expresión se vuelve sombría—, en realidad, no he ayudado nada, solo he hecho que todo esto sea más duro para ti.

Kate la mira y se muerde los labios mientras asiente.

—Sí, ha sido duro —confirma la pelirroja.

—Lo siento mucho.

—Lo sé —Kate se frota los ojos y se gira para ir al baño.

Comen sin sacar los temas importantes, hablando de detalles del partido y de lo que han sentido mientras jugaban.

—Probablemente ha sido el peor partido de tu carrera —comenta Kate antes de dar un sorbo a su agua con gas.

—Lo sé, no podía concentrarme. Te juro que lo intentaba, pero era imposible. Te miraba y me quedaba absorta, con un miedo instalado en el cuerpo que no me dejaba reaccionar.

—¿A qué tenías miedo? —pregunta Kate, intentando entenderla.

—A que llegara el final del partido. Lo he vivido como una cuenta atrás jodidamente angustiosa, como si hasta ese momento no hubiera sido capaz de valorar la situación, de entender la magnitud de lo que había perdido. Me he visto ahí, sabiendo que era la última vez que iba a estar tan cerca de ti, y el miedo se me ha metido en las entrañas. De repente lo he visto todo con una claridad que hasta ahora no me había permitido —Leire no puede comer porque el estómago se le ha cerrado.

—¿Qué has visto? —Kate come por las dos, como si su cuerpo llevara días en ayuno.

—Que mi vida sin ti no tiene ningún sentido. Que te quiero, Kate, sé que te lo he dicho otras veces, pero nunca hice nada para demostrártelo; al contrario, todo lo que he hecho ha sido apartarte.

La pelirroja deja las manos quietas por primera vez, porque Leire se ha llevado las suyas a la boca y se está tomando unos segundos para serenarse, pero los ojos le brillan tanto que Kate no está segura de que pueda detener el llanto.

—Lo siento…

—Deja de pedir disculpas, Leire.

—Si me dejas, me voy a pasar la vida entera haciéndolo —asegura la española—. Nunca debí dejar que el miedo me dominara de ese modo, ni firmar con Costel ni escuchar los consejos de mi padre, ni permitirle que… —se detiene, con una ráfaga de rabia atravesando su mirada oscura.

—Leire…

—Tengo que contarte algo —la española se rellena el vaso de agua y bebe un par de tragos—. Intenté hablar contigo estos días, pero no respondías mis llamadas y tampoco sabía muy bien cómo empezar.

Traga saliva y se queda un momento mirando su plato.

—Leire, ¿qué pasa? —pregunta Kate, moviendo la silla para sentarse a su lado.

—Me cambié de hotel porque discutí con mi padre, y porque no tenía claro que mi habitación fuera segura.

Kate frunce el ceño, descolocada.

—¿A qué te refieres?

—¿Sabes quién es Candela Valle?

—La periodista, sí, pero ¿qué tiene que ver ella con mi pregunta? —la pelirroja empieza a estar impaciente.

—Vino a hablar conmigo y me enseñó dos fotografías que alguien le había enviado de nosotras.

Kate saca la lengua y se la muerde con suavidad un segundo y, por un momento, Leire pierde el hilo de lo que explicaba.

—En una se nos veía en el vestuario, y en la segunda —la impotencia atraviesa a la española de repente—, se nos veía en mi habitación, contra la pared, a punto de…

—¿Qué coño? —Kate se pone de pie y da unos pasos por la habitación, alucinada—. ¿Cómo las consiguió?

—Mi padre.

La pelirroja la mira boquiabierta, segura de que Leire ha debido equivocarse.

—No hablas en serio.

—Ojalá.

Durante los siguientes minutos, Leire le detalla la conversación completa con Candela, la que tuvo después con su padre e incluso la charla con Isaac en la cafetería. Kate se ha sentado porque, por un momento, se ha sentido mareada por la rabia y la impotencia, no

solo porque le afecte, sino por Leire, porque no puede imaginarse lo que tuvo que sentir la española al descubrir que su propio padre había traspasado esa línea que debería ser infranqueable.

—Debí contártelo cuando nos vimos ese día, pero joder, no podía, Kate, no me salía. Estaba tan bloqueada que ni siquiera cuando me dejaste pude reaccionar.

—No pasa nada —Kate le pone una mano en la rodilla.

—Sí que pasa. Debí ser más valiente, tragarme el miedo y hablar contigo para que las dos pudiéramos decidir lo que hacíamos como un equipo. Sé que no éramos nada oficialmente, que te he mantenido en la sombra y que…

Leire rompe a llorar, girándose hacia ella e inclinándose hacia delante, apoyando los codos en las rodillas mientras Kate le sujeta las manos. La australiana sigue dolida por todo lo que ha pasado y estaba segura de la decisión que había tomado, pero Leire al fin ha dado un paso al frente y se ha enfrentado al peor de sus miedos frente a millones de personas por ella, porque no quería perderla, y le parece suficiente muestra de amor como para permitir que se siga martirizando por lo mismo.

—Oye —susurra, inclinándose también para pegar su frente a la de Leire—, para ya de castigarte. Sé que estás arrepentida, que te hubiera gustado actuar de otra manera y que no querías que llegáramos a ese punto, pero ahora ya está.

—Te hice daño.

—También te lo habías hecho tú. Creo que de las dos, tú eras la que peor lo llevaba porque tenías que lidiar con lo que sentías y con lo que temías. No te dejé para provocarte ni para ponerte entre las cuerdas, Leire, quiero que eso lo tengas claro. No buscaba que te vieras obligada a elegir entre tu privacidad o lo nuestro; yo solo necesitaba respirar. Me estaba asfixiando en una relación en la que no podía expresar lo que sentía y…

Leire se incorpora y le acuna el rostro.

—No lo he hecho por obligación, nena —susurra—, ni porque me viera contra las cuerdas. De haber sido así, lo habría hecho el mismo día que me dejaste. Lo hice porque sentí que ese era el momento, porque de repente ese miedo a la exposición que he sentido siempre me parecía completamente absurdo y ridículo al lado del que estaba experimentando al saber que todo era real, que te ibas del tenis y de mi vida. No me arrepiento de lo que he hecho, y joder, me siento más

ligera, como si pudiera volver a flotar después de pasar años nadando hacia la superficie sin poder llegar del todo. Sé mi novia, por favor, oficialmente.

Kate se ríe y ella estira un poco los labios.

—Hablo en serio. Si sigues creyendo en nosotras, quiero estar contigo para todo. Haré una declaración, una rueda de prensa donde explicaré que llevo años queriéndote.

—Vas un poco embalada, ¿no? —sonríe Kate—. No necesito que le expliques nada a nadie. Esto es tuyo y mío y a nadie le importa; lo único que quiero es vivirlo sin esconderme, sin pedirle a Diane que vigile los pasillos para poder colarme en tu habitación, sin tener que salir a hurtadillas…

—Eso se acabó, pienso pasearme contigo por todo el puto planeta. Quiero que todos me vean a tu lado, que sepan que eres mi chica y que estoy muy agradecida por ello — Leire coge una servilleta y se seca la cara—. No entiendo cómo pude ser tan estúpida y estar tan ciega para no valorar lo que tenía.

—Para ya, Leire. Ahora estamos aquí, las dos —le coge una mano entre las suyas—. Y seremos imparables.

—Gracias —la española la abraza y le da un beso en el cuello.

—Ahora que hemos aclarado esto, hay que hablar de lo que ha hecho Bruno —dice Kate—. Sé que es tu padre, Leire, pero ha violado nuestra intimidad y eso no puede quedar impune.

—Lo sé, no pretendo que lo haga. Le dije a Isaac que se informara sobre las opciones, pero quería hablar contigo antes de denunciarlo. Necesito que las dos estemos juntas en esto o no podré soportarlo.

Se miran unos segundos, perdiéndose en los ojos de la otra.

—Me tienes aquí, cariño.

—Tú también. Te juro que no volveré a fallarte —Leire se inclina y la besa.

Capítulo 24

—¿Estás bien? —pregunta Leire mientras Kate jadea intentando recuperar el aliento.

La australiana todavía siente la resaca del orgasmo tambaleándose entre sus piernas, donde todavía sufre pequeños espasmos.

Cuando ha abierto los ojos, Leire estaba mirándola, tumbada a su lado con una sonrisa tímida mientras acercaba los dedos a su hombro desnudo para trazar líneas entre sus pecas. A Kate todavía le cuesta describir lo que ha sentido al despertarse y verla ahí. Se acostó sintiéndose inquieta porque cada vez que lo hacía junto a Leire, sentía la ansiedad anudarse en su estómago ante la idea de huir en medio de la madrugada. Anoche no tenía que hacerlo, podía dormir sin preocuparse de no escuchar el despertador o de quién la podría ver al salir, y se quedó tan pasmada ante la idea que Leire se dio cuenta.

—¿En qué piensas? —preguntó acercándose a ella en la cama.

—En mañana, en que no tendré que…

—Huir —completó Leire, y la sombra volvió a su expresión unos segundos antes de que lograra apartarla a un lado porque, después de horas hablando de muchas cosas, se habían prometido centrarse en el futuro a partir de ese momento—. Tengo muchas ganas de despertarme contigo.

Kate le sonrió y movió los hombros, porque sabía que no hacía falta que dijera todas las que tenía ella.

Ayer no tuvieron sexo porque no era eso lo que necesitaban la una de la otra, así que se acurrucaron juntas y se durmieron casi de inmediato, pero esta mañana pensaban una cosa diferente, sobre todo la española.

—¿Has dormido bien? —le preguntó mientras Kate se frotaba los ojos.

—Sí, como un tronco. ¿Y tú?

—Genial.

—¿Por qué me miras así? —el pulso de Kate se aceleró ante su sonrisa traviesa.

—Porque siempre me he preguntado cómo sería hacerte el amor por la mañana, sin prisa, y ahora voy a comprobarlo.

Para cuando los besos de la española llegan a su sexo, Kate está tan receptiva que apenas tarda un minuto en correrse, y como le parece que ha ido demasiado rápida, presiona la cabeza de Leire para que siga ahí hasta que se corre una segunda vez.

Leire se arrastra por la cama, le da un beso en el hombro, otro en la mandíbula y se tumba para contemplarla.

—No hemos hablado de nosotras —susurra mientras traza círculos suaves sobre su pecho, todavía agitado.

—Creía que ayer lo habíamos aclarado todo —dice Kate.

—Ayer quedó claro que no me odias y que estás dispuesta a darnos una oportunidad, pero no hablamos nada sobre lo que pasará a partir de ahora con nosotras.

Kate se cubre un poco con la sábana y se gira hacia ella para quedar de frente, cogiéndole la mano para llevarla al centro de su pecho.

—¿Qué quieres que pase, Leire?

—Quiero que tengamos todo lo que no hemos tenido y que disfrutemos de todas las cosas que hace una pareja. Quiero salir contigo, tener un montón de jodidas citas. Y viajar —añade pensativa —. Visitar los sitios que elijamos sin tener una agenda detrás que nos impida ver poco más que el hotel.

—Creo que eso se puede arreglar; ahora solo una de nosotras tendrá agenda, yo voy a tener mucho tiempo libre.

Las cejas de Leire se arrugan y le besa los nudillos.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer ahora? Hay otras opciones que te pueden dejar en el mundo del tenis, Kate.

—Lo sé, pero de momento me voy a tomar unas semanas, tal vez unos meses. No quiero precipitarme y quiero centrarme en recuperarme, en seguir trabajando para que la espalda no me duela y me permita hacer una vida relativamente normal mientras decido, así que este tema lo dejamos para otra conversación; ahora volvamos a nosotras. Sigue, por favor.

El rubor inunda las mejillas de Leire de golpe.

—¿Qué? —Kate entorna un poco la mirada.

—Quiero que vivamos juntas —deja caer la española, observando con atención la reacción de Kate, que no logra evitar que sus ojos se conviertan en dos platos ante la sorpresa—. No ahora mismo. Tú tienes cosas que gestionar y yo también, pero no me gustaría tardar mucho si tú estás de acuerdo.

—Pareces muy lanzada —los labios de Kate se alargan en una sonrisa socarrona.

—Ya —admite sofocada—, pero mejor o peor, llevamos tres años juntas, Kate. Puede que no nos hayamos visto fuera de aquí como pareja, pero te quiero, y quiero seguir despertándome contigo cada día. De hecho, no comprendo cómo he podido sobrevivir sin esto tanto tiempo.

—Supongamos que acepto —Kate se hace la interesante y su mirada brilla con ese destello de diversión que tenía cuando Leire la conoció—. Quiero vivir en mi casa de la isla. Es tranquila y tiene todo lo que necesitamos, creo que te gustaría. Puede ser nuestro domicilio permanente y tu casa de Madrid la que usemos cuando vayamos a la capital.

—¿Y la tuya? ¿Vas a venderla?

—No. Mi familia se aloja allí cuando vienen de visita. Tendremos dos casas en Madrid y punto.

Leire se ríe.

—Entonces, ¿es un sí?

—Si no te importa vivir en una isla.

—Me da igual dónde, Kate, solo quiero estar contigo. Dicho esto, podemos seguir —la española se acerca para besarla y Kate cierra las piernas como un cepo cuando siente su mano subirle por el muslo.

—Espera, deja que me recupere —suplica entre risas, inclinándose hacia ella para tomar el control—, además, yo todavía no te he escuchado gemir sin contenerte, y estoy loca por hacerlo.

—¿Quieres que grite tu nombre mientras me corro? —la sonrisa de Leire se tuerce, pero se le borra la expresión chulesca cuando Kate le sube las manos por encima de la cabeza y se pone a cuatro sobre ella, mirándola con esos ojos verdes que se están volviendo oscuros.

—No es algo que harás porque yo te lo pida; lo harás porque vas a suplicarme que pare… O que siga, ya veremos.

El sexo de Leire da una sacudida de necesidad solo de pensarlo.

—Joder, nena, creo que voy a suplicarte ahora mismo.

La comisura de Kate se curva un poco y se acerca para susurrarle al oído.

—Date la vuelta, pienso devorarte entera.

Capítulo 25

—Espero que tengas tiempo de sobra, porque no pienso marcharme hasta que me lo hayas contado todo —dice Marta, aceptando la cerveza sin alcohol que Leire le entrega antes de sentarse junto a ella en las sillas de mimbre de su terraza de Madrid.

La tenista se queda mirando a su amiga unos segundos antes de sonreír y darle un apretón afectuoso en la rodilla. No solo no le contestó todas las llamadas que le ha hecho, sino que tampoco la llamó cuando le prometió.

—Gracias por estar siempre aquí —dice con sinceridad—. Soy muy afortunada de tenerte y creo que durante mucho tiempo no he valorado a todas las personas importantes que tenía a mi alrededor.

—No digas chorradas, nunca he considerado que menospreciases mi amistad, solo has tenido una racha un poco mala, pero ahora estás aquí por fin, así que habla.

Leire llegó hace un par de días a Madrid. Se despidió de Kate en la salida de su hotel cuando un taxi vino a recogerlas a ella y a Diane para llevarlas al aeropuerto, donde cogerían un vuelo hacia Melbourne porque Kate pasará allí tres semanas con su familia antes de viajar a Madrid.

Después de dos días en que solo salieron del hotel una vez para ir a cenar, tuvieron mucho tiempo para hablar de todo. Kate ya tenía planificada una visita a su familia de un par de semanas, pero decidió alargarla un poco más en vistas de que ahora tenían planes de mudarse juntas y no sabía cuándo iba a volver.

Leire aprovechará estos días para descansar una semana antes de volver a entrenar. También ha quedado con Isaac para ir a ver a una abogada especializada en temas de acoso que su agente ha contactado y, según lo que salga de esa visita, hablará con Kate y ambas empezarán la denuncia contra su padre, contando con el apoyo y las pruebas de Candela Valle, que ya ha mostrado su interés en colaborar entregando su móvil si hace falta.

—No sé por dónde comenzar —dice Leire, saboreando la cerveza sin alcohol que pocas veces se permite.

—Pues empieza por esa salida del armario apoteósica —Marta da una palmada, eufórica—. Joder, siempre supe que lo harías, pero no delante de medio mundo.

Las dos sueltan una carcajada.

—¿Qué pasó? Porque todo fue muy raro. Cuando Brogan habló parecía hundida y decepcionada, pero después dijiste eso y, joder, fue tan perfecto —asegura con una mueca dramática mientras se lleva una mano al centro del pecho.

—No lo fue tanto. Antes de eso habían pasado muchas cosas, aunque la más dolorosa fue que Kate rompió conmigo días antes. Jugué ese partido sabiendo que era el final de su carrera y de mi historia con ella, y no pude soportarlo.

Marta se inclina hacia delante, intrigada.

—¿Qué pasó?

Leire exhala y se frota las manos con nerviosismo antes de contarle todo lo que pasó con Kate y lo que ocurrió después con su padre.

—No me jodas, será cabrón de mierda —Marta se levanta, inquieta y enfadada—. No puedo creérmelo, y encima tiene la cara dura de decir que lo hace por ti, para salvar tu carrera —añade indignada.

La tenista siente la congoja estrangularla y se toma unos segundos para beber un par de tragos y serenarse.

—Y encima confiando a ciegas en que Candela no iba a hacer nada con las fotos. Si esa mujer las hubiera sacado a la luz, no sé, creo que me habría vuelto loca —confiesa Leire—, no por mí —dice sorprendida de sí misma—, sino por haber expuesto a Kate así, dejando que otros le robaran su intimidad.

—Tú no expusiste nada, fue tu padre.

—Lo sé, pero por una situación que yo he tensado demasiado. Si no hubiera sido tan cobarde, si hubiera luchado más por lo que quería y apartado de mi camino a cualquiera que no estuviera de acuerdo con quien soy, todo esto no habría pasado.

—¿Pues sabes qué? —pregunta Marta—. Que ahora me alegro de que tardases tanto, porque eso ha permitido que tu padre muestre su verdadera cara y descubramos el tipo de monstruo que es.

Leire vuelve a frotarse las manos, incómoda.

—Perdona —Marta se vuelve a sentar—, sé que es tu padre y eso debe ser muy jodido de encajar.

—Lo es —afirma la tenista.

—Pero no puedes dejarlo pasar. ¿Qué ha dicho Brogan?

—Está bastante mosqueada, y llámala Kate, ¿quieres?

—Aaaah —una ceja perfectamente definida de Marta se levanta mientras esboza media sonrisa—. Así que Kate, ¿eh? Vamos a dejar este tema de tu padre para después porque me pone de mal humor. Háblame de ella, imagino que ya habéis arreglado las cosas.

La mirada de Leire se ilumina y Marta suelta un silbido.

—Me alegro un montón, en serio —dice, inclinándose para abrazar a su amiga.

—Gracias —susurra la jugadora—. Hemos hablado mucho estos días, le he pedido perdón por todo y hemos decidido comenzar de cero, centrarnos en el presente y no en lo demás.

—Me parece una idea genial —apoya Marta.

—Sí, pero no sé, siento que le debo algo más, que pedir perdón no es suficiente para compensar todo lo que le hice pasar.

—¿Y qué quieres hacer, Leire? Si te ha perdonado…

—Estoy pensando en dar una exclusiva con Candela Valle, abrirme al mundo para que todas aquellas personas que sienten el mismo terror que yo sentía sepan que no pasa nada, que el mundo no se acaba cuando te aceptas y que si alguien tiene algún problema con eso, lo mejor es alejarlo. Y sobre todo, quiero contar cómo comenzó mi historia con Kate, que sepan la paciencia que tuvo, el apoyo que me dio durante tres años y lo egoísta que fui durante ese tiempo, exprimiéndola hasta dejarla vacía y apagada.

—Eso suena muy profundo —opina Marta—, y está bien que quieras hacerlo, pero es importante que entiendas por qué lo haces, Leire, porque Kate no te lo ha pedido y exponerte de ese modo…

—No me lo ha pedido ni lo hará. Esa es Kate, siempre dando sin esperar recibir. Ahora se habla mucho de nosotras, la gente especula e inventa porque no sabe nuestra historia. La mayoría piensa que nos enamoramos durante este torneo y otros que ha sido una estrategia de marketing para mantener a Kate en la palestra ahora que se retira. Quiero contar la verdad, que sepan el tipo de persona que es ella y la que soy yo, o la que fui; solo así me sentiré en paz.

—En ese caso, hazlo —Marta le coge una mano con cariño—. No te he preguntado cómo te sentiste después de confesarlo. Siempre

pensé que si lo hacías delante de alguien te desmayarías de la impresión.

Leire le da un empujón y se ríen.

—En serio, ¿cómo estás? ¿Te arrepientes? ¿Lo habrías hecho de otra manera si no hubiera sido un arrebato del momento?

—No me arrepiento en absoluto, y ni siquiera pienso en cómo lo habría hecho de haber sido una decisión premeditada —Leire sonríe con cierta socarronería—. Estaba acojonada, Marta, pero no por lo que pensaran los demás; en ese momento, mientras esperaba la reacción de Kate, me di cuenta de lo poco que me importaba lo que opinaran de mí por ser lesbiana. Lo único que me interesaba era ella.

—Así se habla —Marta la mira con orgullo—. ¿Y Costel? ¿Qué va a pasar con esa marca? ¿Se han pronunciado?

Leire deja salir el aire por la nariz.

—No lo sé, Isaac no me ha dicho nada de momento, así que supongo que no se han pronunciado todavía, pero también he tomado una decisión respecto a eso.

—¿Y es? —las cejas de Marta se levantan.

—Voy a pedir la rescisión del contrato, a llegar a algún tipo de acuerdo con ellos y dejar de patrocinar su marca. No quiero seguir fingiendo ser quien no soy, y si sigo con ellos, es como si el trabajo no estuviera hecho del todo. Si quiero que de verdad todo empiece de cero con Kate, necesito hacer todo lo que te he dicho.

—Pues adelante, fiera, sabes que me tienes aquí si me necesitas.

—Gracias.

El teléfono le vibra y Leire se pone tan nerviosa que casi tira la botella de cerveza mientras lo busca, escondido entre sus piernas. Desbloquea la pantalla y los ojos se le agrandan y una amplia sonrisa le ilumina el rostro cuando ve el nombre de Kate en la pantalla.

—¿Me das unos minutos? Es Kate…

—No me digas —se burla Marta, haciendo un gesto con la mano para que se aleje, aunque Leire ya camina por el césped con el aparato pegado a la oreja y una cara de boba que hace suspirar a su amiga con ternura.

Capítulo 26

—¿Lista? —pregunta Isaac cuando salen del ascensor y empiezan a avanzar por el pasillo.

Leire lo mira de soslayo y asiente, aunque es incapaz de ocultar su nerviosismo e incomodidad y la delata la expresión tensa con la que lo mira. El hombre se detiene en un mostrador, da el nombre de Leire, que parece desconectada de la realidad, y la chica lo introduce en el ordenador.

—La señora Solano ya les espera, les acompaño.

—No es necesario —dice Isaac con amabilidad—, si me dice la puerta.

La chica duda, pero al final asiente y mira hacia el otro pasillo.

—Segunda puerta de la izquierda.

—Gracias.

Isaac pone una mano en la espalda de Leire y la anima a caminar, pero ella se detiene antes de entrar al despacho de la abogada.

—Si necesitas más tiempo para pensarlo, le puedo decir que cambiamos el día, no pasa nada si estás agobiada. No le deseo a nadie tener que hacer lo que vas a hacer, pero es lo correcto, Leire.

—Lo sé, y estoy bien, solo un poco nerviosa.

—Vale, entramos, ¿entonces?

Tras su asentimiento, Isaac golpea la puerta un par de veces con los nudillos y se asoma.

Patricia Solano es una mujer alta y esbelta, de pelo castaño como el de Leire y rasgos afilados. Tiene cuarenta y cinco años y una larga trayectoria batallando casos de acoso contra figuras públicas.

—Es un placer, señorita Cobos —dice la mujer, extendiendo un brazo firme hacia ella.

—Solo Leire —responde ella, fijándose en la palidez de su piel.

—De acuerdo, solo Leire —la abogada se gira hacia el agente y le estrecha la mano—. Hola de nuevo, señor Melero. ¿Nos sentamos?

Los tres se sientan alrededor de una mesa redonda situada en un rincón del amplio despacho y la abogada abre su portátil y se pone

las gafas de lectura.

—Bueno, el señor Melero ya me ha puesto al corriente, Leire, así que nos saltaremos la parte que te obliga a contarme los detalles incómodos y nos centramos en lo que sé. ¿Te parece bien o quieres comentarme algo?

—Así está bien —Leire, que lleva un polo y unos vaqueros, se desabrocha el primer botón porque siente que le falta el aire.

—Según lo que me ha descrito —empieza Patricia, mirando un momento hacia Isaac y después hacia ella—, los hechos se pueden atribuir a al menos tres delitos. El primero y el más claro es el descubrimiento y revelación de secretos del artículo 197 del Código Penal. La instalación de dispositivos de grabación en un espacio privado sin consentimiento es delito, independientemente de si las imágenes llegaron o no a difundirse —Patricia se sube las gafas con el dedo y Leire llega a la conclusión de que la mujer es elegante y sofisticada sin pretenderlo—. El segundo es la difusión de imágenes íntimas sin consentimiento, incluido en la sección 197.7, que en este caso sería tentativa porque la periodista no llegó a publicarlas. Y la tercera, dependiendo de cómo construyamos los hechos, podría ser coacción, siempre que podamos acreditar que el propósito era presionarte para que modificaras tu conducta.

Leire ha puesto las manos planas sobre la mesa en algún momento y se está mirando los dedos mientras absorbe toda la información.

—¿Estás bien? —pregunta la abogada—. ¿Quieres que te traiga agua?

La tenista levanta la mirada y parpadea.

—No, lo siento. Estoy bien. ¿Todo eso es suficiente para denunciar?

—Por supuesto, pero tienes que entender cómo funciona esto en la práctica —la mujer abre una libreta y anota una palabra que subraya con el bolígrafo.

Es una costumbre, detallar los puntos clave en una hoja que después le entrega a su cliente como una especie de mapa mental para que no olvide ningún detalle.

—Una vez interpuesta la denuncia, la instrucción puede durar entre uno y tres años, no es un proceso rápido —Leire no se sorprende, siempre ha tenido muy claro lo lenta que es la justicia en España—. Lo que sí ocurre con relativa rapidez es la orden de preservación de pruebas, que solicitaremos desde el primer día: que

los dispositivos y las imágenes queden bajo custodia judicial. Eso es importante porque le quita a él la capacidad de usarlas.

—¿Y si lo ha borrado? Estoy segura de que lo ha hecho —aporta Leire.

—Eso ya se verá, siempre se podrán recuperar datos, pero si no fuera así y no se pudiera sacar nada de su teléfono, en el hipotético caso de que se haya deshecho de él, nos queda el de la periodista —Patricia busca su nombre en el portátil—, Candela Valle, aunque esto complicará el caso, porque habrá que demostrar que el número del que recibió las imágenes era de tu padre. En cualquier caso, esto ya lo iremos viendo.

—Vale —dice Leire, que se siente como una niña de seis años a la que le están explicando la lección.

—Por otro lado, necesito saber si la otra parte, Kate Brogan, también quiere denunciar o si lo harás tú sola.

—Ella también —responde la tenista, y la abogada anota algo en la hoja—, pero no está en el país ahora, no vuelve hasta dentro de un par de semanas.

—No pasa nada, lo que haremos será preparar su parte de la denuncia y dejarlo listo para que lo firme cuando regrese. No es algo que podamos presentar por correo, necesita ratificarlo en el juzgado, pero el trabajo previo lo podemos hacer ya —Patricia cierra el portátil y anota algo más en la libreta—. Mi recomendación es que presentemos las denuncias de forma conjunta, tiene más peso y simplifica la instrucción, pero esto es decisión vuestra.

—Está hablado, lo haremos juntas —aclara Leire.

—Bien —Patricia vuelve a escribir—. Una cosa más: este proceso va a requerir que en algún momento habléis de vuestra relación, de las circunstancias en que se produjeron las grabaciones. ¿Estáis preparadas para eso?

—Sí, no hay problema —contesta con determinación.

—Estupendo, pues entonces lo voy preparando todo y cuando Brogan regrese me contactáis y nos ponemos de acuerdo para presentar la denuncia. ¿Tienes alguna duda?

Leire se toma unos segundos para pensar, pero la mujer se ha explicado perfectamente.

—No, todo claro.

Patricia se levanta y los acompaña a la puerta.

—Estamos en contacto, Leire.

Cinco minutos después, Isaac y ella salen a la calle y se detienen en la acera. Leire mira hacia el cielo y aspira con fuerza mientras el sol de última hora de la tarde le calienta las mejillas.

—¿Todo bien? —se interesa Isaac.

Ella asiente, le dedica una sonrisa y se despiden cuando la tenista rechaza que la lleve hasta su casa. Ha decidido que le apetece pasear para despejar la cabeza y, cuando se canse, cogerá un taxi para volver.

Pasea con el móvil en la mano porque ayer, cuando habló con Kate —como cada tarde—, acordaron que la australiana la llamaría en cuanto saliera de fisioterapia para saber cómo había ido.

Cuando el teléfono comienza a sonar, la tenista está pasando por delante de un parque y decide sentarse en un banco vacío para hablar con ella.

—Hola, nena —saluda en un susurro mientras se acomoda.

—Hola. Entiendo que has salido ya, ¿cómo ha ido? —pregunta Kate con tono suave.

—Bien, creo que Isaac ha elegido bien. La abogada parece muy competente. Ha dicho que presentar las dos denuncias juntas tiene más fuerza, así que lo preparará todo y cuando vuelvas lo firmaremos.

—De acuerdo. ¿Tú cómo estás? Siento no haber estado ahí para acompañarte.

Leire sonríe para sí, pero es una sonrisa amarga porque, por mucho que hayan hablado de ello, no puede evitar pensar en todas las veces que Kate necesitó tenerla a su lado y ella no estuvo, y es una culpa con la que sabe que cargará siempre.

—Estoy bien, Isaac ha venido conmigo. Se está portando genial.

—Me alegro, cariño. Te echo de menos.

—Y yo a ti. ¿Qué tal la espalda?

—Bien, Thomas me ha cambiado algunos ejercicios y vamos ajustando sobre la marcha. Cuando nos instalemos, tendré que buscar a alguien de allí, pero él me ha dicho que no me preocupe, que se encargará de explicarle bien mi situación.

—Irá bien, Kate, puedo decirle a Isaac que tire de sus contactos y nos haga un listado de los mejores disponibles. Si es necesario, podemos pasar una temporada en Madrid antes de mudarnos a la isla, al menos hasta que dejes de necesitar tantas sesiones.

Kate no lo había pensado, pero Leire tiene razón, porque será mucho más fácil encontrar profesionales en la capital que en un pueblo pequeño y alejado como el suyo.

—Buena idea.

Leire sonríe.

—¿Qué tal tu familia? Deben odiarme ahora que saben toda la historia.

—Están bien. Puede que te odien un poco —bromea Kate—, sobre todo mi hermano Conor, pero se les pasará cuando te conozcan, no te preocupes.

La española nota que el estómago se le encoge, pero asiente, dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa.

—Leire… —susurra Kate—. Venga, háblame, te noto apagada y conmigo no tienes que hacerte la fuerte.

La garganta se le cierra un segundo, después traga y asiente esbozando una sonrisa.

—Me siento rara después de esto, como si no dejase de hacer cosas que he estado posponiendo durante demasiado tiempo y ahora no supiera que hacer con las manos, no sé cómo explicarlo mejor.

—Te explicas muy bien, cariño. Es duro, son muchos cambios de golpe y asumir que denuncias a tu padre es complicado.

—Sí, pero estoy decidida y no me arrepiento. Si lo hizo conmigo, ¿qué podría hacer con otra persona que no le importe?

—Exacto.

—Tengo muchas ganas de verte, nena —murmura de repente, y Kate, que está sentada en su coche aparcado, siente que el vientre le burbujea de deseo.

—Y yo a ti, pero son dos semanas, pasarán rápido.

—Lo sé. Escucha, quería comentarte algo.

—Dime.

—¿Qué pensarías si le concedo una entrevista en exclusiva a Candela Valle?

—¿Para? —Kate no entiende nada.

—Hablar de mí, y de nosotras, quiero contarlo todo desde el principio —explica Leire, que se levanta y reanuda su paseo.

—¿Por qué?

—Necesito que antes me digas si te molestaría que lo contase.

—Mientras no expliques los detalles de lo que hacíamos en tu habitación, a mí no me importa —bromea la pelirroja, tratando de

aligerar la tensión que percibe en su chica.

La española suelta una risita.

—Sabes que no lo haría, pero ¿lo demás? ¿Estarías cómoda con ello?

—Yo no tengo problema con eso, cariño, pero necesito comprender por qué quieres hacerlo. Siempre has sido muy reservada con esas cosas, Leire, y si lo haces por mí…

—Lo quiero hacer por mí, Kate, lo necesito, pero no haré nada si a ti te incomoda.

—Entonces adelante —responde la australiana.

—Gracias. Te quiero —dice Leire antes de despedirse.

Continúa caminando durante una hora más antes de dirigirse hacia una parada de taxi, utilizando ese tiempo para pensar en lo que Kate le ha dicho, que han sido muchos cambios en su vida de repente, y tiene razón. Todo ha llegado de golpe, pero no se arrepiente de ninguna de las decisiones que ha tomado porque, desde que hizo público que estaba enamorada de Kate, se va a la cama todas las noches sin sentir ese destello de culpa atravesado en su pecho que la asfixiaba cada día. Se siente libre y feliz, y solo quiere que la australiana regrese para demostrarle cada día que no se equivocó al darle una oportunidad.

Capítulo 27

—Gracias por venir —dice Leire, haciéndose a un lado para dejar pasar a Candela Valle.

—Gracias a ti por llamarme —responde la mujer.

Leire cierra la puerta y se queda quieta unos segundos, sin saber muy bien cómo continuar.

—¿Estás nerviosa? —pregunta la periodista.

—Un poco, en realidad, bastante —admite la jugadora.

—¿Por qué no empiezas contándome cómo te va con Brogan? Así te relajas, y si me das un vaso de agua te lo agradezco, tengo la garganta un poco irritada.

—Sí, claro.

La expresión de Leire cambia por completo al escuchar el nombre de Kate. Le pide a Candela que la sigua hacia la cocina y le sirve un vaso que llena con la jarra.

—Nos va bien —responde, apretándose la goma de la coleta—. Kate ha pasado unas semanas con su familia, pero regresa esta noche.

—Pareces feliz —observa Candela—, nada que ver con el día que hablamos. Me alegro mucho.

—Gracias. También quiero agradecerte lo que hiciste, venir a avisarme y sobre todo no publicar las imágenes, eso fue… Creo que nunca podré agradecértelo del todo.

—No has de darme las gracias, era lo correcto y punto. Y me alegro de que hayas decidido tomar acciones legales, estos actos jamás deberían quedar impunes. Se lo dije a tu agente, pero te lo repito a ti: cuenta conmigo para lo que necesites.

—Probablemente tu teléfono —Leire se rasca el pelo un poco abochornada—. Cuando firmemos la denuncia, lo más probable es que te lo pidan.

—No hay problema, pero está bien que me lo digas con tiempo. Iré comprando otro —sonríe Candela—. ¿Empezamos? He quedado con mi hermana para cenar y no me gustaría llegar tarde.

—Sí, claro. ¿Te parece bien aquí mismo? —propone la jugadora.

—Claro.

Ambas toman asiento una frente a la otra y Leire la observa sacar la grabadora junto a una libreta y un bolígrafo.

—¿Te importa si grabo la entrevista? Así iremos más rápido y la repasaré con tiempo en casa.

—Adelante.

—Bien, ¿cuándo supiste que eras lesbiana?

Leire tose y se da un golpe en el pecho ante la impresión.

—Perdona, ¿he sido muy brusca? —Candela coge la grabadora para apagarla, pero Leire le hace un gesto con la mano para detenerla.

—Tranquila, es una pregunta que esperaba, aunque no sé si en primer lugar —sonríe sonrojada.

—Puedo invertir el orden, no necesito seguir ninguno aquí, esto lo editaré con tiempo y puedo…

—En serio, no pasa nada —Leire bebe un par de sorbos de agua e inspira antes de responder—. Vale, creo que lo supe pronto, aunque quizá demasiado pronto para saber qué hacer con ello. A los dieciséis ya lo tenía bastante claro, aunque no lo llamara así todavía. En mi mente, solo era confusión, intentaba convencerme de que solo era una fase, de que era normal a mi edad no tener claras las cosas; en definitiva, lo llamaba de cualquier manera menos por lo que era. Supongo que era mi manera de no enfrentarme a algo que me daba mucho miedo.

—¿Y en el tenis? ¿Cómo es ese segundo mundo para alguien que está pasando por eso?

La tenista se toma unos segundos para buscar la palabra más adecuada para describir cómo lo vivió.

—Silencioso —dice al fin, sin un atisbo de duda—. No es que haya hostilidad abierta en ese sentido, pero al menos en mi entorno, era algo de lo que nadie hablaba, aunque ahora que lo pienso, quizá era yo la que evitaba ese tipo de conversación. Y cuando llevas años en un circuito sin escuchar a nadie hablar de esto con normalidad, el silencio se vuelve algo parecido a una ley. Aprendes que hay cosas que incomodan a otros y simplemente no las dices.

—¿Cuándo comenzó a pesarte más? Han sido muchos años de silencio —sigue Candela, que toma alguna nota de vez en cuando para prestar especial atención a ciertos detalles de la entrevista, pero

sobre todo la escucha con atención y procura no interrumpirla porque sabe de sobra lo difícil que es.

—Cuando deja de ser solo algo tuyo —Leire hace una pausa, pensativa—. Mientras era algo que solo me afectaba a mí, podía con ello. Estaba centrada en el tenis y todo lo demás me parecía secundario, pero cuando hay alguien más, una persona que te quiere y a la que te das cuenta de que tú también quieres, y aun así le pides que se esconda... —deja la frase a medias y se toma unos segundos—. Ahí es cuando de verdad empieza a ser más complicado.

—¿Qué sentías cuando terminabas un partido y no podías mirar a esa persona en la grada como la mirarías si las cosas fueran distintas?

—Que estaba haciendo trampa, que no era sincera, no con el público ni conmigo, sino con ella. Cada vez que salía a la pista y actuaba como si no existiera, o solo le dedicaba una mirada como la que le podía dedicar a cualquier otra persona, lo único que le estaba diciendo era que no valía lo suficiente como para que yo me enfrentara a mi miedo por ella. Y no era eso, era lo contrario: tenía tanto miedo que me paralizaba.

—¿Puedes definir ese miedo? ¿A qué era exactamente?

—A todo —Leire se mira las manos un momento, sintiendo por un segundo la misma angustia que experimentaba en esos momentos—. A los patrocinadores, a la prensa, a mi padre o a cualquier cosa que la gente pudiera pensar de mí desde que tenía dieciséis años —la tenista sonríe con amargura—. Tenía miedo de decepcionar a gente a la que ni siquiera conocía, a la que yo no le importaba, y mientras tenía miedo de todo eso, ella me esperaba. Seguía ahí, queriéndome, y yo seguía pidiéndole que se mantuviera a oscuras un poco más. Siempre tenía una excusa, la temporada, el contrato con la marca, cualquier cosa servía para no tener que enfrentarme a mí misma.

Candela escribe algo en la libreta y toma un sorbo de agua.

—Todo el mundo sabe que esa persona que esperaba tiene nombre, ¿lo podemos decir?

Leire sonríe.

—Sí, claro. Kate Brogan —la nombra con orgullo y algo parecido a la adoración.

—¿Cuánto tiempo mantuvisteis la relación escondida?

—Alrededor de tres años. Cuando la conocí —Leire vuelve atrás en el tiempo, sonriendo al recordar—, era como mi antítesis. No

ocultaba su sexualidad y tampoco le importaba si la veían con alguna chica. Vivía su vida sin esconderse y sin preocuparse por nada que no fuera ser feliz, y yo no entendía cómo podía hacerlo. Empezamos a vernos en secreto, al principio como algo sin compromiso, solo para divertirnos, pero con el paso de los meses se convirtió en otra cosa y, cuando me quise dar cuenta, me había enamorado de ella.

—En la final del US Open decidiste dar el salto, ¿fue premeditado?

—Para nada. Cuando me levanté aquella mañana tenía muchas cosas en la cabeza, pero hacer públicos mis sentimientos por Kate no estaba en mis planes —asegura la tenista.

—¿Y qué pasó para que te lanzaras de aquel modo?

—Que entendí que le había pedido que esperara demasiado, y que Kate ya no podía seguir a mi lado conformándose con las migajas que le daba. Eso sí que me dio pánico de verdad —Leire sonríe, sintiendo una burbuja de nervios aletearle en el estómago—. Me dio igual todo en aquel momento, salté y resultó que tenía un paracaídas enorme atado al cuerpo, tan grande que ni siquiera sentí vértigo.

Tras varias preguntas más que ayudan a Leire a contar toda su verdad, llegan al final de la entrevista.

—Una última pregunta y acabamos: ¿te arrepientes de haber saltado? —Candela la mira fijamente.

—En absoluto, me arrepiento de no haberlo hecho antes.

La periodista apaga la grabadora y las dos se quedan un momento en silencio.

—¿Qué tal? Al final parecías relajada, ¿estás bien? —pregunta la periodista.

—Sí, genial, gracias por permitirme hacer esto.

—Gracias a ti, me permites cerrar esta etapa de mi carrera con una de las mejores entrevistas que he hecho —comenta Candela.

—¿Lo dejas? —Leire se sorprende—. ¿Dejas el periodismo?

La mujer asiente, cerrando su libreta.

—Dejo este tipo de periodismo. Llevo tiempo dándole vueltas y he llegado a la conclusión de que el periodismo deportivo tiene una lógica que ya no encaja conmigo. La velocidad, el titular, el siguiente partido... Me apetece probar algo más calmado.

—¿Y ya sabes qué es? —indaga Leire.

—Quiero escribir biografías de deportistas que han tenido que elegir entre lo que hacen y quienes son. Hay muchas historias que nadie ha contado porque ninguna persona se ha sentado a

escucharlas de verdad, sin un micrófono y una fecha de cierre de por medio.

Leire la escucha con atención.

—¿Tú lo harías? —pregunta Candela de repente—. ¿Contar tu historia entera, no como entrevista, sino como un libro?

La tenista silba.

—Suena importante —sonríe—. Probablemente sí lo haría, pero cuando me retire.

—Tomo nota entonces —Candela se levanta y le tiende la mano—. Gracias de nuevo, supongo que nos veremos. Dale recuerdos a Brogan de mi parte.

—Claro —Leire le estrecha la mano y la acompaña hasta la puerta.

Cuando Candela se va, ella vuelve al interior, comprueba la hora y ve que tiene tiempo de llegar al aeropuerto para recoger a la australiana, así que coge las llaves del coche, su teléfono y una chaqueta fina, y corre hasta el garaje con el pulso acelerado.

Kate está agotada cuando baja del avión, apenas ha podido descansar y en parte sabe que no solo ha sido por despedirse de su familia y de Diane, sino porque empieza una etapa completamente nueva para ella y le inquieta no saber cómo le irá. Pasa por la cinta de recogida de equipaje y coge su maleta para salir. A pesar de llevar una gorra y mantiene la mirada baja, alguien la reconoce mientras camina y lo que iba a ser una sola fotografía se convierte en un montón de sonrisas que esboza al lado de personas a las que no conoce sin mostrar ni rastro del cansancio que arrastra. Cuando logra seguir avanzando, otro tipo de sonrisa aparece en su expresión cuando ve que Leire está a unos metros de ella. También lleva una gorra, pero cuando se acerca a ella y ambas se abrazan y se besan, más personas las reconocen y de pronto se ven envueltas en otra ronda de flashes en la que las dos jugadoras posan junto a una persona tras otra.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Kate, sujetando el asa de la maleta con una mano y entrelazando los dedos de la otra con Leire, que camina orgullosa a su lado—. Te dije que cogería un taxi, no tenías que venir.

—La entrevista ha sido rápida, y tenía muchas ganas de verte.

Se detienen junto al coche y la española coge la maleta y la mete en el maletero y, cuando cierra el portón, se gira y pasa los brazos

por detrás del cuello de la australiana, acercando sus labios hasta que la besa primero y le sonríe después.

—Demasiadas ganas, en realidad —confiesa en un susurro, volviendo a besarla una vez más—. ¿Qué tal el vuelo? —pregunta cuando se suben al coche.

—Largo y aburrido, ya sabes. ¿Y la entrevista? —Kate la observa fijamente, porque no estaba muy segura de que Leire estuviera lista para enfrentarse a algo así, pero la ve mejor que nunca.

—Ha sido increíble, liberadora —la española se gira hacia ella antes de poner el motor en marcha—. Al principio estaba nerviosa, pero después se me ha pasado y cuando Candela se ha marchado, me he sentido eufórica, como si fuera más fuerte, ¿sabes? Creo que te gustará, nena.

Kate la corta con un beso.

—Por supuesto que sí, aunque me gustas más tú, eso seguro. Vámonos, por favor, necesito una ducha y cenar, tengo mucha hambre.

Leire quiere preguntarle si no le han dado de comer en el avión, pero en lugar de eso sonríe y pone el coche en marcha, porque una de las cosas que ha aprendido de la pelirroja desde que están juntas sin esconderse y dedicándose todo el tiempo que pueden es que Kate siempre tiene ansiedad de comida cuando está nerviosa, aunque después apenas come porque se le cierra el estómago. La española sabe que esta nueva etapa será complicada para Kate, pero piensa estar ahí y convertirse en su roca siempre que la necesite.

Capítulo 28

Dos meses después.

—No cierres los ojos, nena, por favor —suplica Leire, con una mano en la nuca de Kate y la otra entre las piernas de la australiana, que está sobre ella a horcajadas con dos dedos en su interior.

Kate parpadea y jadea al mismo tiempo, cabalgando sobre su mano con una cadencia lenta y suave que tiene a la española hipnotizada.

—¿Te he dicho ya cuánto me gusta verte así?

La pelirroja intenta sonreír mientras se mueve, pero solo logra que los hoyuelos se le marquen en las comisuras antes de soltar un resoplido.

—Voy a correrme… Me corro, cariño —jadea antes de que su cuerpo se tense, la espalda se le arquee y su cuerpo se doble hacia delante segundos después.

Leire la abraza y reparte besos por su hombro y su cuello mientras recupera la respiración.

—Vamos a llegar tarde —susurra Kate, todavía con la flojera en el cuerpo.

—Tenemos tiempo, tranquila.

Kate se incorpora para mirarla. Tiene las mejillas muy rojas, la cara pálida y los ojos verdes brillando como dos esmeraldas.

—Llevas media hora diciendo que tenemos tiempo.

—Eres preciosa, joder —suelta Leire, atrapando sus labios antes de intensificar un beso que deja a Kate jadeando de nuevo—. Vale, ahora ya podemos ir a la ducha.

Se duchan juntas, turnándose bajo el chorro con unos movimientos que llevan casi dos meses realizando como si formaran parte de una danza que solo conocen ellas. Se visten rápido y en menos de quince minutos están subiendo en el coche.

Leire es la que va al volante mientras Kate abre su bolsa de deporte y se asegura —por quinta vez desde anoche cuando la preparó— de que tiene todo lo que necesita.

—Parece que mi plan de sexo matutino ha sido un fracaso —bromea Leire, y Kate levanta la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Quería que estuvieras tranquila y relajada, pero por lo visto no ha servido —le pone una mano en el muslo—. Relájate, cariño, lo vas a hacer bien.

Kate se gira para dejar la bolsa en el asiento trasero y sus ojos se convierten en dos rendijas cuando mira a la española.

—¿Estás diciendo que el sexo de esta mañana era solo una tarea programada?

La carcajada estalla en la boca de Leire y pone el intermitente para girar a la izquierda.

—Hacer el amor contigo nunca es una tarea programada, podría hacerlo a todas horas sin cansarme —asegura con un brillo de deseo en la mirada que seca la garganta de Kate—, es solo que no quiero que estés tan nerviosa. Eres profesional, Kate, no dejas de serlo solo porque te hayas retirado.

—Lo sé.

Leire estira la mano y busca la suya, entrelazando los dedos antes de llevárselos a los labios y besarle los nudillos, haciendo que Kate exhale una sonrisa.

—Esos padres tienen suerte de que hayas aceptado.

La pelirroja sonríe y se acomoda en el asiento. Desde que se retiró, le han ido llegando ofertas de trabajo, algunas de comentarista, otras de clubes de alto nivel como entrenadora y una como copresentadora en un programa deportivo. Kate las valoró todas junto a Leire, pero las iba descartando porque ninguna le despertaba lo que ella empezó a llamar esa chispa, la que le provocaba cada partido cuando ponía los pies en la pista. Hasta que hace una semana un vecino de la urbanización llamó a su timbre. Es un empresario que vive en la isla, con dos hijas gemelas de diez años que entrenan en un club de tenis de la zona desde los seis. Le suplicó que fuera su entrenadora personal y Kate sintió ese burbujeo por el cuerpo ante la posibilidad de dar forma a dos pequeñas estrellas igual que se la dieron a ella. Acabó aceptando y tras esa petición le vino otra de una mujer viuda que quería que le diera clases a su hijo de dieciocho, un joven que estudia por las tardes y entrena por las mañanas. Y hoy es el primer día: pasará dos horas con él esta mañana y otras dos con las niñas después de comer.

—Gracias —dice, mirando a Leire de reojo.

—De nada. ¿Sabes? Quizá más adelante podríamos montar nuestro propio club —comenta Leire, haciendo que los ojos de Kate la miren con atención—. Algo pequeño, unos pocos críos a los que podamos moldear desde la base, enseñarles lo que sabemos como harás ahora, pero en nuestra propia pista.

—Suena genial, cariño.

—Sí. Si todo va bien, estoy pensando en retirarme el año que viene, hacer una temporada más y dejarlo.

—Leire…

La española la mira y le sonríe.

—Tendré treinta y dos, no me parece un mal momento. Ya sabes que tengo un poco de molestia en la rodilla últimamente, y le estoy dando muchas vueltas a eso. Creo que prefiero ser sensata como tú y parar a tiempo antes que terminar en el quirófano. No sé —murmura y la mira—, solo es algo en lo que pienso.

Kate se inclina hacia el lado y le besa la mejilla.

—Me parece genial siempre que sea lo que quieres, Leire. Tómate tu tiempo para pensarlo.

La española le guiña un ojo justo antes de aparcar delante del club.

—Bueno, ya estamos aquí —dice, levantando las cejas.

La australiana suelta un suspiro profundo y se mira las palmas de las manos.

—Joder, no debería estar nerviosa, pero me está sudando la espalda.

—Tranquila —sonríe Leire, poniéndole una mano sobre el hombro.

—No tenías que haber aplazado tu vuelo para esto, Leire, pero te agradezco que estés aquí.

—Es un día importante para ti. Tu nuevo trabajo, quería traerte y recogerte después, quiero estar aquí para saber cómo te ha ido.

Kate asiente, sintiendo que se le aflojan las rodillas junto a esta mujer. Leire nunca estuvo cuando la necesitaba mientras estaban escondidas, pero desde que lo suyo se hizo público, la española le ha demostrado que es la mujer que ella sabía que era. Atenta, cariñosa y paciente.

El móvil le vibra sacándola de su sopor, con dos mensajes que llegan prácticamente a la vez. Kate sonríe al ver los nombres: uno de

Diane y otro de Rachel, y cuando los lee, ambos son muy parecidos.

—Me desean suerte en mi primer día —dice con una amplia sonrisa, girando el móvil hacia Leire.

La española ve el nombre de Rachel y no consigue detener la leve punzada de celos que la recorre. Sabe que ella y Kate son amigas, que suelen hablar una vez a la semana y que quedarán cuando la exnadadora venga por la zona. No le molesta, se alegra de que su chica encontrara apoyo en esa mujer, pero no puede evitar sentirse un poco celosa de ella.

—No necesitas suerte, pero me alegra que estén ahí.

—Echo de menos a Diane —dice Kate de pronto, cuando termina de responder a su antigua entrenadora.

La mujer, que había decidido retirarse, tampoco lo ha hecho del todo porque no pudo resistirse cuando le ofrecieron ser entrenadora en un club de Melbourne, donde da clases de lunes a viernes.

—Podemos ir a verla en Navidad —propone Leire, y sus mejillas comienzan a arder cuando Kate la mira con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres ir a Australia?

—Contigo, sí —afirma sofocada—. Sé que no soy muy popular entre los Brogan todavía, pero me gustaría conocerlos, ver la casa donde te has criado, el colegio al que fuiste y los rincones donde seguro que besaste a muchas chicas —bromea, y Kate se olvida de sus nervios—. Y de paso vamos a ver a Diane.

—Me encantaría —Kate se inclina hacia ella—, lo hablamos después en casa, ahora voy a salir. No quiero llegar tarde el primer día.

—Claro, nena. Te quiero —dice cuando la besa.

—Y yo a ti.

Kate sale del coche, coge la bolsa de deporte y se aleja corriendo hacia la entrada mientras Leire la mira desde el interior, viendo cómo su coleta pelirroja danza de un lado a otro con el movimiento de su cuerpo.

Para su sorpresa, la australiana llega cinco minutos antes de la hora y cuando sale a la pista que tienen reservada, está completamente vacío. En cuanto pisa la hierba sintética con la raqueta en la mano, algo se le destensa en el pecho de golpe, como si su cuerpo reconociera el lugar antes que su mente y de pronto todo estuviera en orden. Sonríe y se mete dos pelotas en el bolsillo, manteniendo otra en la mano mientras se coloca en el fondo. Se pone

en posición, bota la bola tres veces y la golpea, y el sonido le provoca una corriente por el cuerpo que la hace sonreír con más fuerza.

Epílogo

Dos años después.

—Tranquila —susurra Kate, apretando la mano de Leire mientras caminan por el pasillo hacia la salida del juzgado.

—Estoy bien.

Kate le suelta la mano y le pasa el brazo sobre los hombros, atrayéndola hacia ella.

—Estás temblando, cariño —dice, dándole un beso en la sien.

Leire se agarra a su cintura y se aprieta contra ella.

—Solo quiero salir de aquí.

Patricia, la abogada que camina junto a ellas, las mira de reojo.

—Lo has hecho muy bien, Leire; las dos. Ahora ya está.

Atraviesan la puerta y varios flashes se disparan sobre ellas. A Leire le gustaría que esto fuera solo por su relación, porque son dos extenistas profesionales que están juntas, pero están ahí porque la noticia de la denuncia contra su padre acabó filtrada hace unos meses.

—Es muy posible que haya sido él mismo —dijo Patricia cuando se enteraron—, un intento de vender una imagen de víctima de su propia hija que lo ayude a librarse.

Leire sintió que se le revolvía el estómago, preguntándose todavía si era la pena por la muerte de su madre la que había hecho que su padre perdiera la cabeza o si siempre había sido así.

Las preguntas llueven sobre ellas, pero Patricia les hace de escudo, poniéndose frente a los micrófonos para hacer una breve declaración mientras ellas esperan detrás a que todo termine. Varios policías les abren paso entre la multitud hasta que llegan al coche que las espera, donde la abogada se despide de ellas.

—No es un mal resultado, Leire; dada su falta de antecedentes, no podíamos esperar mucho más, pero a partir de ahora tendrá que andar con pies de plomo porque ante cualquier denuncia parecida, nada lo librará de la cárcel.

Le tiende la mano primero a la española y después a Kate.

—Si me necesitáis, ya sabéis dónde encontrarme.

—Gracias —responde Kate por las dos, y Patricia continúa su camino mientras ellas se suben al coche.

Tal y como predijo la abogada en su momento, el proceso podía alargarse hasta tres años; al final han sido dos. Lo peor ha sido esto de hoy, la vista oral y el careo con su padre, al que no había vuelto a ver desde que regresó del US Open hace algo más de dos años porque él se mudó al pueblo de su hermano y ha permanecido allí desde entonces. Al final, lo han condenado a dos años y medio por delito de descubrimiento y revelación de secretos, con el agravante de parentesco más una pena adicional por la tentativa de difusión de las imágenes enviadas al teléfono de Candela, que se ha despedido de ellas en el interior del edificio.

Bruno no entra en prisión debido a que es su primer delito y, como ha dicho la abogada, no tiene antecedentes, pero esto quedará en su historial.

El camino en taxi hasta la casa de Leire en Madrid —a la que llegaron ayer y donde se quedarán un par de días más antes de regresar a la de Kate en la isla— lo hacen en silencio, pero en cuanto el taxi las deja en la entrada y Kate cierra la puerta al entrar, Leire se derrumba y deja salir toda la tensión que ha estado soportando las últimas semanas desde que Patricia les dijo la fecha de la vista y la ansiedad comenzó a devorarla.

—Ya está, cariño —susurra Kate, que la mantiene pegada a su cuerpo hasta que Leire se desahoga por completo.

Después la coge de la mano y la guía hasta la cocina, ayudándola a sentarse sobre el mármol antes de entregarle un vaso de agua.

—Voy a hacer algo de comer; tienes que meter comida en el estómago —decide la australiana, porque Leire estaba tan nerviosa esta mañana que no ha podido desayunar.

—Gracias.

—De nada —responde la pelirroja, abriendo la nevera y arqueando una ceja—, aunque no esperes nada copioso con lo poco que compramos ayer.

Leire esboza una sonrisa.

—La verdad es que tengo ganas de volver a casa; podríamos mirar si hay algún vuelo para esta tarde.

Kate la mira de reojo. Habían planeado quedarse un par de días para salir un poco por la capital, pero lo cierto es que a ella también

le apetece volver. Se ha acostumbrado tanto a la tranquilidad de su casa que el caos de Madrid la estresa enormemente.

—¿Segura? —pregunta, cerrando la nevera para situarse frente a ella, entre sus piernas.

Leire le pasa los brazos sobre los hombros y entrelaza sus manos detrás de su cabeza, mirándola con los ojos hinchados y rojos, pero sonriendo.

—Sí. Además, acabamos de abrir el club y no me fío mucho de Tom y sus pocas habilidades sociales.

Kate suelta una pequeña carcajada que le sacude los hombros, y Leire, embobada, le pasa un dedo sobre las pecas de las mejillas.

—Es verdad, se le da bien enseñar, pero la comunicación no es su fuerte —admite Kate.

Tom es el chico al que ella dio clases por las mañanas durante un año y medio. Al muchacho se le daba bien el tenis, pero no lo suficiente como para pensar en ser profesional; así que, cuando Leire se retiró el año pasado y ambas invirtieron para montar un club pequeño en la isla, lo contrataron como ayudante de Kate en la pista y es al que han dejado al frente estos días que están fuera.

—Anoche hice números —empieza Leire, que aprovechó que los nervios no la dejaban dormir para abrir el portátil y trabajar un poco.

La idea principal era montar el club y que ambas ejercieran de entrenadoras, pero cuando comenzaron con todo el papeleo, Leire descubrió que le gustaba mucho toda la parte de la gestión y, como estaba cansada tras un último año muy intenso en el circuito, le dijo a Kate que prefería encargarse de eso y descansar un poco de la raqueta, así que la única entrenadora del club es la pelirroja.

—¿Y?

—Deberíamos invertir en otra pista cubierta y contratar a Tom a tiempo completo para que haga los entrenamientos de los que se inician y tú puedas ocuparte solo de los que tienen más nivel. Tus horarios se han comenzado a llenar y, si no hacemos algo antes, tendremos que empezar a meter a gente en lista de espera, y cuando la gente tiene que esperar mucho lo que hace es irse a otro club. No nos podemos permitir perder clientes.

—Vaya, eres una gran empresaria —sonríe Kate—. Entonces, ¿no te planteas ayudarme? ¿Quieres seguir en el despacho?

—Me gusta eso, nena —Leire se encoge de hombros y le arrastra un mechón de pelo con los dedos antes de darle un beso—. Quiero

seguir con la gestión si te parece bien.

—Me parece genial, y lo estás haciendo muy bien, así que, si quieres invertir en una pista más y hacerle una nueva oferta a Tom, adelante.

—Gracias.

Leire la besa, y lo que empieza como algo tentativo escala muy rápido en un beso profundo y cargado de deseo que termina con las dos en el sofá, desnudas, agotadas y sin comer, pero rabiosamente felices.

—¿En qué piensas? —pregunta Kate tras un par de minutos observando a Leire, que tiene la mirada fija en el techo mientras traza formas indeterminadas con el dedo sobre su hombro.

—En nosotras, en que fue duro y complicado el principio, pero nos ha traído hasta aquí —se gira para mirarla—. Gracias por esperarme, Kate, por estar ahí, paciente, y por darnos otra oportunidad.

—Ofrecerte la mano aquel día fue la mejor decisión que he tomado jamás —asegura, mirándola a los ojos.

Leire le sonríe con ternura y le pone una mano cálida en la mejilla, y como no es capaz de ponerle nombre a todo lo que siente, se acerca y la besa despacio, suspirando contra su boca mientras sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas, aunque estas son de felicidad.